

Armen Naranjo

A

C.R.
863.6
N218e

En partes



FARBEN
GRUPO
EDITORIAL
norma

Carmen Naranjo

En
partes

88877



1991 010 31

FARBEN
GRUPO
EDITORIAL
norma

C-R
863.6
N218e

863.4

N218e Naranjo, Carmen

En partes / Carmen Naranjo Coto

-1ª. ed.- San José, CR.; Ediciones FARBEN,
1994.

204 p. ; 18 cm

ISBN 9977-986-54-1

I. Cuento costarricense. I. Título

77888



Copyright © 1994

Farben Grupo Editorial Norma

Teléfono (506) 257 36 20

Apartado 799-2050 San Pedro

De la Bosch, en La Uruca, 200 m al norte

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso en Costa Rica-Printed in Costa Rica

16 DIC 1994

Directora editorial: Mabel Morvillo F.

Directora de arte: Vicky Ramos

Diseño: Luis Diego Parra

Diagramación: Guilá Imprenta Litografía S.A.

Producción: Marta Lucía Gómez

Corrección de pruebas: Guillermo Fernández

Fotografía de portada: Jorge Albán

ISBN del libro: 9977-986-54-1

Una mujer llamada palabra

Aún guardo la enorme impresión que me causó Carmen Naranjo una noche del ya venturoso año de 1975. Aunque yo sabía de quién se trataba nunca la había visto, pero después de lo que les voy a contar comenzó una admiración que, desde entonces, no ha hecho más que crecer y crecer.

Recuerdo que sintonicé por televisión la entrega de los Gatos de Oro, unos pintorescos premios dirigidos a la farándula y a las artes del espectáculo. El popular cine Central, en el bullicioso centro de San José, se había convertido en un club nocturno de oropel y en medio del "chou" oí que reclamaron la presencia de la Ministra de Cultura para recoger la estatuilla más importante de la noche.

Como un relámpago surgió de la multitud una mujer de pelo corto, impecable traje de dos piezas, tacones y cartera que avanzó con paso certero y definido entre los aplausos y las expresiones de júbilo.

El maestro de ceremonias presentó con bombos y platillos al personaje del año y Carmen Naranjo se acercó directamente al micrófono, aclaró su voz poderosa y espetó con una brevedad, una sinceridad y una justicia casi desconocidas en Costa Rica: "Muchas gracias, porque me lo merezco".

Durante los siete años siguientes, basta que la conocí en persona, busqué con fascinación a aquella mujer valiente, decidida y lúcida cuya imagen fugaz había tratado de

completar por medio de sus palabras, de sus hechos, de sus libros maravillosos, de su estela luminosa perceptible a través de todas las cosas que ha frotado con un inconfundible "toque de genio".

Carmen Naranjo es una fabulosa hacedora. Es imposible definirla con una sola palabra que explique simultáneamente su talento y su curiosidad innatas, su disciplinada imaginación y su maravillosa laboriosidad, su tozudez para llevar a cabo lo posible y para soñar lo imposible, para juntar los presupuestos administrativos y la poesía, los informes de labores y la magia, la más documentada actualidad y los orígenes, lo probable y lo utópico, la línea recta y el círculo.

Carmen no es sólo una de las narradoras más importantes de Costa Rica y posiblemente la mejor de Centroamérica, en la segunda mitad del siglo XX y sin duda una de las más interesantes de Latinoamérica; sino también uno de los dinamos y administradores culturales más potentes y audaces de la región: hay pocas tareas importantes que, al menos en este campo, no haya cumplido con pasión y sabiduría en los últimos 20 años.

¿Qué no ha hecho Carmen Naranjo, qué no ha inventado o concebido?

Pero ninguna de éstas y otras responsabilidades ha hecho a Carmen apartarse del ser esencial que constituye, sin duda alguna, su aporte más valioso a la cultura costarricense y latinoamericana: su literatura, su extraordinario don de transmutar el mundo en palabras, en imágenes, en percepciones.

En palabras de su amadísima predecesora Virginia Wolf: "Nada es real si no lo escribo". Para entenderlas mejor, para desmenuzarlas y triturarlas, deglutirlas y rumiarlas, Carmen ha vuelto las cosas palabra: los enredos humanos, los miserables melodramas y dramones y dramillas que todos los días hacen al hombre y a la mujer.

Con constancia y perseverancia, desde hace 35 años ha ido construyendo su obra, uniendo las partes de sí misma en esos espejos de significado que son sus novelas y fábulas,

*transmigra*ndo solapadas bendijas de luz hasta su mundo interior por el que puede asomarse el asombrado lector a contemplar el carnaval de la humanidad.

Al igual que su obra, Carmen Naranjo es una y muchas, es la otra y la misma, siempre igual y siempre distinta.

Muchas veces la visité en su antigua oficina de EDUCA que era como una especie de central telefónica de la literatura hispanoamericana en Costa Rica, y me la encontraba ordenando imperturbable el inmenso desorden de su escritorio, como quien ordena el infinito caos de los ires y venires humanos.

Nunca me la encontré sin hacer nada, sin estar a punto de acometer una nueva empresa y salir corriendo en su busca, sin estar en el instante mismo de pronunciar una palabra recién nacida y convertirse ella misma en palabra, en imagen, en signos tras el permanente diálogo con otros signos y con otros ojos que son los acuciantes del lector, del hombre y de la mujer, del ser humano que siempre nos mira y escucha atentamente la palabra del otro, del otro que somos nosotros mismos.

En ese escritorio, a la vez ordenado y desordenado, como su vida y su obra; en sus gestos inevitablemente armoniosos; en su conversación cada vez comenzando de nuevo, he visto yo el destino luminoso de Carmen Naranjo: en viaje y fuga hacia sí misma y hacia los otros, que en realidad somos los mismos.

Hace diez años clausuró un solemne y magno y ceremonioso congreso literario -al que habían asistido Isabel Allende, Luisa Mercedes Levinson, Luisa Valenzuela, Siria Poletti y otras grandes escritoras- con estas graves y tiernas y dulces palabras: "Y ahora, ¡pongámonos a cantar! ¿Quién me trae una guitarra?". Y en ese momento una golondrina inundó el silencio de la sala y nos dejó mudos en su vuelo interior.

Carmen Naranjo tiene una guitarra adentro para cantar sus canciones y lo seguirá haciendo muchos años más.

Carlos Cortés

Ficha de autora

Carmen Naranjo nació en Cartago, en 1928.

Estudios :

Realizó estudios de filología en la Universidad de Costa Rica y estudios de postgrado en la Universidad Autónoma de México y la Universidad de Iowa City.

Ocupaciones :

Asistente de la Gerencia del Instituto Costarricense de Electricidad

Subgerente Administrativa de la Caja Costarricense de Seguro Social

Consultora de la O.E.A.

Embajadora de Costa Rica en Israel

Ministra de Cultura, Juventud y Deportes

Asesora Técnica Administrativa de la Gerencia de la Caja Costarricense de Seguro Social

Vicepresidenta de la Asociación de Escritores de Centro América y el Caribe

Vicepresidenta de la Asociación Mundial de Escritores y Periodistas

Coordinadora Técnica-Administrativa del Instituto Centroamericano de Administración Pública

UNICEF. Coordinadora del Programa de Estimulación Precoz para Centroamérica y Panamá

Representante de la UNICEF en México

Directora del Museo de Arte Costarricense

Directora de la Editorial Universitaria Centroamericana. EDUCA

Bibliografía

Cuento

Hoy es un largo día

1era. ed. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 1972.

Ondina

1era. ed. San José, Costa Rica: EDUCA. 1983.

Nunca hubo alguna vez

1era. ed. San José, Costa Rica: Editorial EUNED. 1984.

Otro rumbo para la rumba

1era. ed. San José, Costa Rica: EDUCA. 1989.

Ensayo

Por Israel y por las páginas de la Biblia

1era. ed. San José, Costa Rica. Fotorama de Centro América S.A. 1976.

Cinco temas en busca de un pensador

1era. ed. San José, Costa Rica: Depto de Publicaciones, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. 1977.

Mujer y cultura

1era. ed. San José, Costa Rica: EDUCA. 1989.

Novela

Los perros no ladraron

1era. ed. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 1966.

Memorias de un hombre palabra

1era. ed. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 1968.

Responso por el niño Juan Manuel

1era. ed. San José, Costa Rica: Ediciones Conciencia Nueva. 1971.

Diario de una multitud

1era. ed. San José, Costa Rica: EDUCA. 1974.

Sobrepunto

1era. ed. San José, Costa Rica: EDUCA. 1985.

El caso 117.720

1era. ed. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 1987.

Novela corta

Camino al mediodía

1era. ed. San José, Costa Rica: Imprenta Lehman. 1968.

Poesía

Canción de la ternura

1era. ed. San José, Costa Rica: Ediciones Élite. 1964.

Hacia tu isla

1era. ed. San José, Costa Rica: Artes Gráficas. 1966.

Misa a oscuras

1era. ed. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 1967.

Idioma del invierno

1era. ed. San José, Costa Rica: Ediciones Conciencia Nueva. 1971.

Mi guerrilla

1era. ed. San José, Costa Rica: EDUCA. 1977.

Homenaje a don nadie

1era. ed. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 1981.

Teatro

La voz

1era. ed. San José, Ed: Obras breves del teatro costarricense. Tomo II. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 1971.

Relatos

Estancias y días

Moreno, Graciela y Carmen Naranjo. 1era. ed. San José, Costa Rica. 1985.

Ventanas y asombros

1era. ed. San José, Costa Rica: EDUCA. 1990.

Galardones

Premio Aquileo J. Echeverría 1966

*Concedido por la novela **Los perros no ladra-
ron***

*Accésit en los Juegos Florales Centroamericanos y
de Panamá, celebrados en Quetzaltenango,
Guatemala, 1967*

*Concedido por la novela **Camino al mediodía***

*Segundo Premio de la Novela en los Juegos Florales
de Guatemala 1968*

*Concedido por la novela **Responso por el niño
Juan Manuel***

*Premio Nacional de Novela Aquileo J. Echeverría
1971*

*Concedido por la novela **Responso por el niño
Juan Manuel***

*Premio de Novela del Consejo Superior de
Universidades Centroamericanas*

*Concedido por la novela **Diario de una multitud***

Carmen Naranjo

Premio Editorial Costa Rica 1983

*Concedido por el libro de cuentos **Hoy es un largo día***

Premio Narrativa Certamen Latinoamericano Educa 1982

*Concedido por el libro de cuentos **Ondina***

Orden Alfonso X El Sabio

Concedido por el gobierno Español. Noviembre 1977

Premio Nacional de Cultura Magón 1986

Miembro de la Academia Costarricense de la Lengua 1988

En partes

Y pasa la vida como un enigmático juego de palabras: nacer, vivir, morir. Todo es parte de otra parte en un crecimiento constante de más divisiones. Este mundo en que vivimos depende de un universo más grande y complejo que se va descubriendo poco a poco.

La parte de la parte se descubre con esa misteriosa energía que fluye por la luz. Un lote de otro lote se mece en un tiempo que se olvida de cabalgar en los relojes descompuestos. Una porción de una porción se desmaya en los olvidos, en las desmemorias y se queda para siempre en las tinieblas.

Un poema está hecho de pedazos, que a veces se juntan y otras se desatan. Surgen de las sensaciones que nos acosan de rato en rato.

Las piezas se articulan en un permiso débil que no facilita el orden ni fertiliza los aciertos.

Las etapas se emplean en ese triste fin de acabarse, se emprenden para dejarlas atrás, se encaminan para buscar una meta que se esfuma. Envueltos en la mirada fina del microscopio, no

alcanzamos la perspectiva que nos ayuda a distinguir equivocaciones.

Las vueltas enredan las posiciones hasta hacernos entrar en laberintos, en donde no sabemos cuál es la izquierda, cuál la derecha y en dónde desaparecieron los puntos cardinales.

Parte de otra parte es la novela, con sus causas y efectos que se embarcan en el río de los sucesos y sucesiones, como si fueran interrupciones de visitas y llamadas telefónicas.

Costuras, remiendos, parches son composiciones parciales que no llegan al todo en los quilt ni en los rompecabezas.

Las divisiones no aparecen como obras maestras del capricho, tienen su razón de ser sin piel y sin sangre. De lo que se divide algo se va y algo se queda como en la escena de los negocios.

En los cambios la lógica suma experiencias, pero roba con descaro las presencias. El cambio del cambio relata una historia morosa enamorada de lo lento.

La versión de las versiones acumula incongruencias y enriquece confusiones, para que surjan las intrigas espesas, las equivocaciones inútiles y las mentiras vanas.

Cada afirmación nace de un no, cada negación tiene una máscara de sí. Cada paso lleva a otro paso en esa ambición de hacer caminos, en que se tropiece y caiga.

Estoy hecha de partes, como usted, como cualquiera otra persona. Me sumerjo en la imaginación para desarticular mi vida y buscarme entre los pedazos, en los cambios, en las porciones,

en las divisiones y en los caminos. También en las sumas que engrandecen cantidades pertenecientes a los agregados, sabios contadores de capitales y miserias.

El cuento también se construye en partes, como usted, como yo. Tiene un principio que se transforma en un medio y acaba en un fin. Se pueden alternar, jugar con las partes, anteponer el final, empezar con el medio, tal como las cartas que se barajan en solitarios que no siempre se logran.

Si usted encuentra en estas partes algo muy suyo, me sentiré plenamente satisfecha.

En cero

Todos los relojes tienen algo de amarillo. El tiempo tiene color, además es una persona que sabe de números y de sus operaciones, especialmente de restas. Eso lo fue pensando mientras sintió que se disminuía. Así de simple.

Comprendió muy claro su destino: recibidor de ofensas, de sádicas humillaciones. No se le concedió nunca una ventaja y lo pusieron a correr por la calle de la amargura con zapatos que siempre le maltrataban. Se consideró la fotografía de una injusticia.

Claro que era buen abogado y publicista de sí mismo. En cada oportunidad un hálito de elogio, un repetir la loa que nunca le dijo alguna famosa figura pública, una seguridad en sí mismo que lo hacía temblar de orgullo, un fuerte don de presencia que no se le veía.

Por supuesto, como todo ser furiosamente meticuloso llevaba un inventario bastante detallado de sus disminuciones: el corte de las uñas bajaba definitivamente su estatura y no entendía por qué crecían y por qué se cortaban; las peladas

qué necesidad la misma cosa. Los resfríos le recordaron siempre las miserias humanas, eso de ser líquido y gelatina. Las diarreas el constatar que no nos salvamos de lo químico y del patético laboratorio. Cualquier dolor, aún el más leve, lo encogía dentro de ese calvario que resulta del padecimiento mortal. En la puerta de la agonía se iba a situar si oía algún comentario desfavorable a su persona o se encontraba una sonrisa burlona después de buscarla por todas las partes que podía.

Tuvo un entendimiento muy cierto de que la vida no valía la pena, precisamente porque ofrecía demasiadas penas. Pero por si acaso y sólo había eso, no dejaba de tomar las vitaminas ni de hacer los ejercicios recomendados, no es cosa de descuidarse ni dejarse ir así no más. Aferrado al poder en síntomas de encogimiento.

Su oficio no le ayudó mucho. Como psiquiatra, siempre encorvado, escarbador de almas, contaminado de mecanismos, de evasiones, de regresiones, de infinitos escondidos, de intrincados complejos, algo de su altura se le fue de las manos. Cuando murió su cuerpo eran tan pequeño que nadie lo encontró para sepultarlo como era debido.

Una parte

Le tiraron las cinco cartas, las que juntó en un paquete cuadrangular y sólido para abrirlas en silencio, una a una, y medir con avidez cómo estaba de suerte. Venía de una mala racha, a pesar de sus amuletos, que se le hizo demasiado larga y le alteró la paciencia. Bueno, se dijo en silencio, la vida es así, una de cal y otra de arena, además todo acaba por pasar y el peligro se evade cuando menos se piensa.

Miró su baraja: dos reyes y dos quinas, se podía arriesgar con un bluf y no pedir cambio para que los demás pensaran en la posibilidad de un full, de una escalerilla o de cuatro cartas iguales. Observó a los otros muy ocupados en sus cálculos sobre posibilidades. Después notó que también se estaban fijando en la serenidad de sus manos frente al secreto. El naípe tiene un lenguaje enigmático, cuya lectura puede prever victorias o derrotas, frente a los otros jugadores que se han convertido en temporales enemigos.

El repartidor preguntó por los cambios y las apuestas, el primero a su derecha puso en el

centro mil y pidió dos cartas nuevas mientras ponía abajo las desechadas, lo que hacía posible pensar en un trío, lo que desterraba a la pérdida sus dos parejas. El siguiente aportó la apuesta y dijo me quedo así. Ahora estaba frente a su turno un tanto indeciso, pero eso no le impidió proponer el cambio de una carta en busca del full. El que estaba repartiendo se dejó en la mano dos y cambió tres. Iba sin duda tras un trío.

Ya cada uno con su descubierto o cubierto juego, volvieron a apostar otros mil. A pesar que el cambio no lo había favorecido, se apuntó el derecho de ver con el pago las cartas que tenían los otros y así de fácil perdió los dos mil pesos. Definitivamente no era su día de suerte y la mala racha lo seguía acosando.

Después de perder con igual facilidad una y otra vez, decidió levantarse con el pretexto de tener un compromiso a esa hora. Sintió que los ojos de los compañeros se habían pegado a su espalda con cierto alto grado de lástima, pero a él no le importaba ser un perdedor porque sabía muy bien que la suerte a veces se desgasta por tanto tocar a su puerta, para saber si estaba presente o brillaba por su ausencia. Lo mismo le pasaba con la ruleta, con el 21 y con la lotería.

En espera de lo que ha de venir vendrá, hipotecó su casa, hizo un pagaré sobre su automóvil que no pagó y por lo tanto perdió, pidió préstamos a parientes y amigos que llegaron a rehuirlo para que no suplicara por nuevos sablazos.

Ya casi sin fondos para sus más elementales gastos vendió su reloj y cuanto adorno comprable

había en su cuarto de hombre solo, únicamente acompañado por la mala suerte que se afincó de manera estable entre la puerta y la ventana, el piso y el cielo raso. Se confesó que su joda era eterna, pero no se dio por vencido, pues las oportunidades se presentan cuando menos se piensa. Distráido en su permanente convocatoria a la suerte, un día lo atropelló un carro y estuvo hospitalizado largo tiempo. La indemnización que le dieron se le fue muy rápido en un casino y ahí sorprendió hasta a los orientales, tan asiduos a los juegos de azar, por el desacierto precipitado de cálculos y de apuestas. Nunca entendieron que no buscaba la ganancia, estaba acostumbrado a perder, sino que seguía tocando la puerta de la suerte, con la gran esperanza de encontrarla frente a frente.

De nuevo con los bolsillos vacíos, lo que no era novedad para él, tropezó con el desengaño. Se había fijado en una joven esbelta y con la cara llena de seguro orgullo. Ella no era fácil de abordar porque andaba siempre acompañada con jóvenes que hacían gala de su sexo a través de pantalones muy ajustados. Cuando logró conocerla, ella le ofreció un rato de placer a cambio de un cheque al portador por miles de pesos.

Más tarde, un poco amargado porque no podía salir de la racha y la suerte se le esfumaba cada vez que meditaba sobre ella, se topó con la desilusión. Le dio la adhesión a un político, que le pareció claro y honesto, y lo hizo sin condición alguna, sin pedirle empleo ni granjería de ninguna especie. El candidato ganó las elecciones y muy pronto se hizo público y notorio que se trataba de

un gobernante oscuro y deshonesto, sólo empeñado en enriquecerse cada vez más.

Alguien generoso le regaló unas fracciones de la lotería millonaria, la que se juega en navidad, con tan buena suerte que el número pegó con la serie y la terminación del mayor. Cuando iba a cobrar el premio, sintió que alguien lo estaba siguiendo por lo que tomó la precaución de cambiar constantemente de rumbo y buscar la compañía de personas con aspecto inocente. Encontró a un adolescente con cara de ángel y le rogó que fuera con él, pues temía que lo atracasen para robarle. Ante el asombro de cómo el joven sacaba una pistola y le disparaba sin consideración alguna, apenas tuvo tiempo de recostarse en un portón para caer lenta y mortalmente, mientras le robaban el billete premiado.

En dos

I

La lluvia azul bañó la casa al tiempo que la iba pintando. Azul oscuro se puso el cielo, azules las montañas, azules las calles, hasta azul salió la luna.

Ella se alegró y pensó en un poema, una canción, un cuento, una pintura. No pensó todo al mismo tiempo y no hizo nada, se quedó contemplando el color desde la ventana.

Hay momentos en que descender al infierno es bastante posible y hay momentos en que ascender al cielo parece un camino abierto. Estaba en este último estado con las manos azules, azul la cara y especialmente su espíritu.

No era oportuno ahora hacer recuentos, inventariar la vida. Cada quien tiene puntos favorables y algunos negativos. Se vive con la capacidad que en cierta forma se reviste de destino. Muy pocos pueden superar sus límites y otros ni hacen el esfuerzo por alcanzarlos.

¿Esfuerzos? Siempre tantos esfuerzos y casi todos ellos se esfuman con inmensa facilidad sin dejar rastros de utilidades. Pero, ¿se debía medir la vida por resultados, tal como se hace con las cosas materiales? Suena bastante mal hasta pensarlo.

No, no debía tocar ese campo velado de los sentidos, de los signos, de las sumas y de las restas. Ese síntoma maligno de por qué yo, de por qué usted y de por qué los otros. Debía más bien examinar las limitaciones y su engarce con las torpezas.

El mundo es siempre muchos mundos paralelos y totalmente diferentes. Poco sabía de cómo se vive en China, en Oriente, en Africa, en Europa. En algunos lugares preveía algo primario y en otros una extremada sofisticación. Y en todas partes la vida semejante en los puntos esenciales: nacer, crecer, decrecer y morir. Además lo común de las historias personales, la soledad, la angustia, la incertidumbre, el juego que de repente enseña la sangre, el trabajo con su eterno ciclo de lo mismo, el desafío con la enseñanza inmemoriada de que era mejor el silencio y hacer sólo lo indispensable.

Pensó que también por dentro estaba azul como el ambiente y esa lluvia con tantos sonidos azules. Algo en ella había cambiado y eso tiene relación con la otra.

II

La normalidad y el buen humor reinaban por aquellos días. Surgió como un pacto familiar para

facilitar la vida. Los niños estaban dispuestos a ayudar, el marido también. No había quejas, ni regaños menos voces reclamantes. Atrás quedaron los rencores, las riñas por nada, las cóleras internas, las rabias de por qué yo y no ése, las estrategias de las peleas como juegos para combatir el aburrimiento. Pero el pacto de reconciliación había traído cierto signo muy marcado de indiferencia, de apatía, de cierta resignación a no ser como se era. Entonces casi no se veían y se hablaban apenas lo necesario y si no era indispensable hacían los signos de sí y de qué vamos a hacer. El lenguaje se empobreció, cada uno se metió dentro de su silencio a pedalear su ánimo, a medir incansablemente su sacrificio.

Por esos días comenzó a llover constantemente y la lluvia caía azul azuleando los árboles, los pájaros, las flores, sus manos y hasta sus almas. Fue entonces que la otra tocó la puerta y se las agenció para entrar en la casa con una urgencia imperativa como de vida o muerte. Llevaba una encuesta en mano y debía ver enseguida a la señora de la casa. La pasó solemne y desconfiada a la sala. Siempre desconfió de los extraños y de no haber sido sorprendida, le hubiera negado la entrada.

La otra habló sin parar de democracia, derechos humanos, la situación de los países vecinos y la suerte de estar en un territorio de libres elecciones y de respeto a las decisiones mayoritarias. Gracias a Dios, pensó ella, no vende nada y sólo quiere que le responda a unas cuantas preguntas.

La primera fue ¿es usted feliz? Pero, ¡qué rabia!, ¡qué inmensa rabia! Deshechó las ganas de ponerla puntitas en la calle. Era educada y siempre existe la alternativa de responder mentiras. Su enorme timidez se concentró en bajar la cara, especialmente los ojos, y hablar con una voz automática y apagada.

¿Siente que la ama su esposo? Me quiere y me estima. Pero ¿amar? No entiendo la diferencia. Ajá, esto pinta mal. ¿Cuántas veces le hace el amor en la semana? No sé, con frecuencia confundo una semana con otra.

La rabia le iba creciendo y su única defensa era bajar más la cabeza y evitar, como si estuviera construyendo una muralla, encontrarse con los ojos de la interrogadora.

¿Le da placer hacer el amor? No, prefiero dormir tranquilamente. ¿Por qué? A veces siento la necesidad de encontrar esa inocencia que abundaba en mi infancia y juventud. ¿Qué le da placer? Quedarme quieta hasta que una luz azul me ilumine por dentro. ¿Qué le da displacer? Preguntas como las que me hace usted.

Hubo una pausa y se oyó la lluvia agobiante. La otra se avergonzó y quiso disculparse. Mire, no la quise hacer sufrir, es sólo una encuesta anónima al azar, su nombre nunca se sabrá. Además, le juro que habría contestado lo mismo que usted, la historia personal de las mujeres es siempre triste, las mujeres sólo servimos para sufrir.

Ya no pudo más, la rabia la hacía temblar. Levantó la cara decidida y sus ojos transparentaban la furia. Se encontró que había perdido

su seguridad de mujer toca puertas y entra casas. Lágrimas corrían por sus mejillas y estaba también temblando de congoja. ¡Váyase, por favor, con la intimidación no se juega! La otra se levantó torpe y derrotada. Nunca busqué angustiarse, perdone, perdone.

Ella sólo encontró la salida y cerró la puerta tan levemente que pareció haberse quedado adentro.

La otra se levantó de su asiento, buscó su viejo chal, la lluvia había enfriado el ambiente y se sentó en su silla preferida para caer en una profunda vejez de tantos y tantos años acumulando sólo desperdicios. Recordaría siempre a la otra entrando intempestivamente, bochornando su intimidad, quitándole tanto velo de manera muy dolorosa e impactante. Llegó a pensar en ella sin pena alguna y se convenció de que si volviera a entrar la abrazaría muy fuerte y se pondría a llorar en su hombro las lágrimas azules que había escondido desde mucho tiempo atrás.

Tres partes sobre la quiebra de una idea

I

La rodea como si se tratara de una pileta redonda en que el agua, transparente y de azul claro, invitara a penetrar en ella. La perfuma, es necesario crearle un ambiente especial, una sensación tranquila que provocara el estímulo que se requiere al meditar y al profundizar. Coge doce camelias y de manera despaciosa las sumerge en el agua, aspira con delicadeza ese aroma húmedo de flores jóvenes, acabadas de brotar. Como si fuera un rito inédito y ceremonioso se sienta sobre el pasto y espera que surja la idea, que al fin y al cabo es una semilla capaz de germinar y crecer. No ha sido torpe, tampoco brillante, pero se deslumbra con la originalidad con que alguna gente le da un nuevo toque y un giro diferente al lenguaje cotidiano. Es, siempre creyó, una forma de crear una magia que armonice con la realidad y consiga engrandecerla. Una especie de género que desemboca en otro sin perder sus características y su propio rumbo. Vida hay en todo lo

vivo, ya sea el insecto más insignificante, en la hierba más débil, en la persona grande o en la pequeña, y acaso en lo que se cree muerto, ya sea el polvo, la roca o la madera del árbol cortado sin piedad y sin respeto.

II

Dicen que la gente repite, reescribe, ordena y plantea las mismas cosas, porque a estas alturas no hay novedades, todo está dicho, pensado y expuesto, la única diferencia puede residir en las circunstancias que rodean a los hechos y a los seres. En esa forma lo único original es el estilo, tan cercano al designio en que cada uno se expresa desde la estrategia que orienta su propia vida. Siente la necesidad de afinar sus oídos y por eso busca entre sus discos fugas, himnos, sonatas, cuartetos, sinfonías, oberturas y arias. Con ese poder que exige la concentración deja de oír la música y por su mente pasan imágenes que nunca antes vio como ríos, calles, casas de países desconocidos, así como caras de árabes, chinos, franceses, indios, que le resultan extrañas. Como las imágenes aturden entra en un vértigo desplomante, en que aparecen muchas cosas menos las ideas envueltas en palabras. ¡Qué inútil vacío es el que me sumerge en la esterilidad del ejercicio abstracto, creativo, de la invención intelectual!, se comenta en silencio.

III

Sabe que está quebrándose por dentro, eso le duele y el martirio se le presenta inmerecido, una larga, larguísima jornada hacia la infelicidad. Debe haber otra alternativa, la del silencio y la de la soledad, la de la página en blanco que incite a plagarla con letra despaciosa y sabia, la que deja recorrer la pluma como si fuera un terciopelo que se puebla de originales trazos, la que no enturbia el pensar en perspectiva de relieve ese idear lo novedoso.

Pero la herida de la quiebra le duele más que la imposibilidad de la esperanza, la mortificación de lo inalcanzable lo rompe en pedazos incogibles, la seguridad de su derrota parece denunciar lo inútil de sus esfuerzos y esa forma fácil y mecánica con que el reloj anuncia indiferente la muerte de lo que más se quiere.

Frente a un espejo inicia su autorretrato, con cinco instrumentos básicos: a, e, i, o y u. Pega su dibujo en una hermosa página blanca, casi linosa, y le pone ese nombre que tanto detesta: fracasado. La sogla la coloca en la viga más alta de su casa, ahí donde con mucha torpeza nunca supo saber que era una persona brillante y de avanzada, un punto de partida en el arte de lo nuevo.

Sus piernas se movieron como péndulos hasta que un vecino de buen olfato descubrió su rastro.

Cuatro partes sobre el designio del mal genio

I

Nunca ha confesado que se enfurece cuando menos se piensa, porque amanece en blanco, en el neutro de las iras olvidadas, en el centro de los sueños que no se recuerdan y en la mitad de los temores a las opiniones ajenas, así como a la evidencia de que la furia encendía sus ojos y estiraba su boca hacia un gesto de expresiva cólera. No insultaba, no decía malas palabras, de hecho no tenía afinidad alguna con las groserías. Sin embargo miraba recto con actitud de lanza hacia el blanco y empezaba con su discurso de verdades, muy lúcido y congruente, en que sin disimular nada citaba cosas ciertas y justificadas que se habían cosido con bastante justeza a otras imaginadas, infundadas en su vehemente reclamo y a sus supuestos derivados, desprendidos de mucho olvido y poca paciencia para emprender el repaso de los buenos y gratos recuerdos que había en su pasado. Tampoco padecía de gestos iracundos, esos que llevan a romper platos o tirar

las puertas con ademanes de sanseacabó, porque la discreción y la prudencia merecieron siempre su admiración.

II

Ante sus inesperados momentos de enojo, siempre opté por oponerme con ese incómodo y largo silencio, que surge como un arma defensiva pues tiene espesos velos donde se esconden pensamientos y reacciones. Así no me encuentra y empieza a buscarme por la vía de repasar las causas de sus regaños, y ya con un grado de tranquilidad intenta conversar sobre algo que me interese. Me encierro en el círculo de la desatención y de la indiferencia, porque veo con el rabillo del ojo que aún los desmanes corren por los suyos, detrás de argumentos que justifiquen su actitud colérica. La rabia nace siempre de algo que se había planeado y salía mal porque varios estorbos atrasaron el ritmo de su ocupado tiempo, desde luego medido y afanoso. Un sentimiento hiperactivo de pronto paralizado por razones fuera de su control, le traían regalos de enojos que le iban creciendo sin control alguno.

III

No le gustan las sorpresas, menos las decisiones en que se excluyó su consulta y no se esperó su consejo. Después se enoja muy adentro

de su espíritu porque descubre que en ese momento era inoportuno su reclamo e injusto su enfurecimiento. Claro, tardaba tamaño rato en tranquilizarse y en darse cuenta de sus errores inútiles. Es cierto que el exceso de actividades constantes y continuas, a velocidades que niegan el sano descanso, debilitan la prudencia objetiva que mucho ciega en la tendencia al arrebató. Nunca le di consejos ni le exigí un cambio de actitud, pues bastantes y graves defectos me aguantaba. Además cada relación humana no es un balance de méritos y aciertos, en ella cabe la más variada gama de carencias, errores y fallas. En la medida de que seres y cosas son como el cristal con que se ve, hay que ayudar un poco para dar prioridad a las virtudes y en segundo término colocar defectos graves y leves. También resulta prudente respetar el espacio de cada quien, como lo hacen los animales, porque sin ese derecho las personas pierden su necesaria intimidad y el adecuado ingrediente de su libre tendencia a encerrarse solitariamente, en especial los que son muy sensibles, gustan de oír música y la disfrutan en un concentrado silencio. Le pregunté si me quería, me contestó que me adoraba, lo que para mí representa un fundamental estímulo que me facilita continuar con mi obra y permite la perfección de la suya. No somos gente que deja inconclusos sus trabajos y quehaceres, más bien nos empeñamos en su terminación en la forma perfecta que puede alcanzar una persona crítica, consciente de sus limitaciones y que objetivamente las reconoce, aunque se empeña en

superarlas. ¿Qué hago yo, se preguntará usted, estimado lector, si ha llegado a esta tercera parte de las cuatro? Me parto, me divido, me hiero, me cuido, me curo, me doblo y desdoblo, me enrolló y me estiro, trato de parar el viento y me matriculo en toda labor imposible. Es muy concluyente el resultado: escribo para enamorarme de las páginas repletas de palabras, frases y oraciones, largos párrafos nutridos con algunas experiencias personales, observaciones logradas en ratos de descuido, meditaciones aparecidas en esos interminables insomnios y confidencias que nos invitan a conocer al ser humano y entender el mundo que nos rodea. Es un oficio que se logra en el convivio con el silencio y en ese espacio íntimo que favorece el escarbar ideas, así se me va la vida en un juego de principios y finales. Su obra es completamente distinta a la mía, porque la mayor parte la realiza a campo abierto, ya sea un jardín o una finca en donde observa el comportamiento de árboles y plantas, de animales y de insectos, en que entrelaza conocimientos especializados de historia y economía, así como autodidácticos aprendizajes biológicos, en que combina observación para investigar comportamientos, con prácticas que enriquecen sus experiencias. Lleva con el mayor orden una serie de apuntes y ha organizado resúmenes densos y claros de sus múltiples lecturas científicas. Es comprensible que cualquier estorbo en esa labor sin fin incomode, que al alterarse su plan de trabajo se enoje, que al interrumpir su faena de observaciones realmente se irrite, y que el olvidar sus logros y su

contribución, como pasa conmigo en frecuentes ocasiones, lleve a hilvanar su cólera que, como ya lo escribí, enfrento con un hostil silencio.

IV

Le rogué que me contara su vida desde el principio o sea lo que recordara de su infancia. Accedió porque sabía, al igual que yo, ese hecho indiscutible de que la amistad entre creadores o inventores era un largo cuento en que se mezclan recuerdos, vivencias, sucesos, experiencias, fracasos y victorias, frustraciones y logros. Cuando en esa conversación continua no hay un trasplante de la vida de uno a la del otro, se ha perdido el poder de comunicarse en esa forma creciente de la germinación. Le pregunté por sus enojos, sus irritaciones, sus cóleras, de dónde venían, cómo los justificaba y qué esfuerzos hacía para superarse en esos repentinos designios. Me confesó que se habían instalado a su lado desde siempre, quizás heredó esa tendencia al enfurecimiento y no quería desatarse porque representaba una manera sana de gastar esa fuerza abundante que le sobraba. Me pidió que no me preocupara y siguiera defendiéndome con el arma de mis silencios, pues muy acertadamente conseguían apaciguar sus furias. Entonces descubrí que me había descubierto con esa habilidad tan suya de observar el comportamiento animal.

Cuento en cinco

I

Con los ojos fijos en el plato de sopa, veía moverse las gotas amarillentas de grasa en el caldo. Casi embrocado, buscó el reflejo de su rostro en ellas. De pronto, rechazó el plato como si un movimiento instintivo le hiciera huir de alguna obsesión.

Recordó agudamente algo que no podía olvidar: su fealdad. Esa fealdad estaba tan presente en sus ojos que al encontrarse con otros ojos, prefería huir con los suyos para no conocer la observación de que era víctima. También tan presente en su boca, que al hablar deseaba que nadie supiera de donde provenía su voz. Hasta al caminar contraía los hombros queriendo esconder en ellos su cara y sus pensamientos. Andaba por el rincón de la acera, casi recostándose en la pared.

Cualquiera que se hubiera detenido a observar sus ademanes huidizos y huraños, habría encontrado el esfuerzo de un espíritu por

castrarse y esconderse a los demás. ¡Cómo le dolía verse a sí mismo en los otros! Prefería huir a comprobar su fealdad en el espejo de la mirada ajena.

Se levantó lentamente. Abrió el horno con desgano. Vio la torta y el arroz. Lo cerró. Recogió los platos y los acomodó en la pila. Después apagó la luz.

Ya en su cuarto, pensó el destino es irónico. Hay momentos, en que estando entre muchos, se desea estar solo. Hay otros, en que estando consigo mismo, se busca con desesperación compañía.

¿Por qué salieron hoy sus padres? ¿Por qué hoy precisamente? ¿Por qué hay silencio cuando el alma habla con fuerza y está diciendo cosas de tanta importancia? Él, acostumbrado a esconderse y huir, se sentía molesto en la soledad. ¿Para qué desnudarse si pronto tendría que vestirse de nuevo? ¿Qué de gestos repetitivos siempre repitiéndose!

Se acercó al espejo para confirmar su inventario. Con ojos muy abiertos constató su nariz demasiado larga y afilada, su boca demasiado grande apenas deteniendo dientes saltones y disparejos. ¿Por qué Dios pone en sus obras un demasiado?

Sus dedos torpes y chatos tocaron, casi con cariño, el muy ondulado pelo que le salía desde las cejas, dejando sin frente su rostro verdusco.

Después de ese recorrido, cerró sus ojos con fuerza, como queriendo hundirse en su propia alma.

Pensó en su infancia. No sabía entonces de su fealdad. De niño no supo leer la mirada de la gente, ni le cohibió el pensamiento de los otros.

Algo extraño movió su sangre, despertando la presencia de deseos y de recuerdos.

Sí, recordaba la diferencia; de niño corría, corría, nada lo detiene. Busca la bola con libertad, sube al árbol, toma las naranjas, pide lo que quiere, juega o no juega según las ganas y ve las puertas siempre abiertas. Quizás oyó alguna vez ¡qué niño tan feo!, pero no comprendió, tal vez sonrió ante esas palabras como también sonreía cuando alguien lo acariciaba. Aquella carrera sin meta en un momento determinado acabó. Algo creció hasta dejar de crecer. Algo despertó.

Despierto ya vio sin interiorizar su cara alargada en punta, sus ojos saltones, su boca grande, sus orejas enormes, su sonrisa carriada de múltiples defectos. Miradas frías detuvieron su mirada pura. Descubrió en ellas su fealdad. Se volvió a ver a sí mismo y confirmó con espanto lo que otros ojos acusaban.

Quiso conformarse, pero era mejor luchar, vencer y...

II

Tere. Tez blanca, cabellos pajizos, alta y seria, bellísima. Se acercó a ella porque le atraían sus ojos oscuros y serenos. Le gustó su silencio huraño, su porte aristocrático, su simplicidad de ropa, su estilo colmado de dignidad. Dentro de la clase vulgar y bulliciosa era nota acogedora.

Alguien habló un día de que el espíritu es lo que vale, de que la carne es despreciable. Invitaba a buscar personalidades, inteligencias. Tere, entusiasmada, afirmaba silenciosamente.

Crejó en eso por ella. Se esforzó en los estudios hasta que ella, respetándolo como a una autoridad, lo consultaba y pedía ayuda. Él se inflamaba con el menor gesto de interés.

Pero, veía a su alrededor balanceos de brazos, intercambios de miradas, manos entrelazadas, besos interminables. Esperaba confiado, ya tenía algo, sabe que lo admira y la admiración es un paso hacia otro paso, tal vez si se esforzaba más.

La espera se hizo larga y lo impacientaba su sangre joven. Buscó una confidente, la amiga de Tere.

Habló. Su laconismo encontró frases vehementes y hermosas. Perdido en su propio hilvaneo, no vio la sonrisa medio lastimosa y medio burlona que despertó su historia.

Primero fue un murmullo. Después un co-deo. Al final la risa, hasta llegar a la ruidosa orgía de la burla por aquello del monstruo y la bella, el sapo y la princesa, King Kong y la modelo. Tere también se reía y celebraba el inusitado, insólito equívoco. Su caso de amores imposibles se convirtió en un chiste y quizá era eso porque iba en contra de lo racional, no era lógico que tanta fealdad aspirara a una persona bella.

Había topado de nuevo con las miradas que lo acechaban, pero ahora lo están señalando burlona y fríamente.

Se dijo a sí mismo con furia: ¿para qué luchar si estoy vencido de antemano? Es la misma naturaleza la que me vence.

En la clase esperó con paciencia estoica que pasaran risas y bromas. Buscó el último pupitre y calló.

Ese voluntario y esforzado silencio algo hundió, pero la vida es una extraña raíz que más crece al podar sus apéndices. El se escondió y escondía, se acumulaban hondas pasiones. ¿Por dónde iban a salir? ¿Encontrarían caminos ocultos? ¿Seguirían su orientación profunda o se estirarían hacia afuera?

Sí, se hizo muchas preguntas, se planteó diversas posibilidades. Un grito de agonía lo desgastaba. Un fuerte orgullo temeroso de las miradas agudas, detuvo el alarido. No hubo lágrimas, hubo dolor seco y ganas de vomitar.

III

Abrió los ojos frente al espejo. ¡Cuántas veces había soñado con esconder su fealdad! Corría a mirarse con la esperanza de encontrar una sonrisa dulce en que ocultar el horrible conjunto de su boca. Ensayaba, pero desesperado encontraba muecas, muecas que destruían la ilusión de unos ojos ya con miedo de ver. Se dejó barba y bigote, fue peor porque se acentuó más la desarmonía y sus rasgos de animal nervioso y acechante.

IV

¡Basta de espejos y reflexiones!, se dijo a sí mismo. Me llegó la hora de soñar.

Sí, que con el sueño se calla la vida. Hay un sueño extraño, forzado. Es sueño de consuelo, en que se esconde lo real. Sueño de anulación y muerte porque se sumerge cada quien en cosas inexistentes y se encuentra placer en su misma irrealidad.

Apagó la luz y se tiró en la cama.

La cama, el cuarto, su cara, ya nada de eso importa. Como por una pantalla ve una serie de sucesos, en ellos concentra su atención.

Sí, Tere viene hacia él. Su vestido blanco, su cabello suelto. Se acerca sonriendo. Ya está junto a él. La toma de la mano, la lleva al sitio solitario. Caminan, las gentes sonríen, ¡qué hermosa pareja!, las sonrisas los alcanzan y los dejan en su maravillosa soledad.

Después los labios se acercan. Él la besa con fuerza y pasión. Recorre su boca, sus ojos, su cuello. Ella le deja hacer, casi inmóvil, como si estuviera muerta.

Tere está entre sus brazos, sus manos recorren su cuerpo, su boca entreabierta absorbe sus labios. Cruje la cama como si dos cuerpos inquietos y apasionados en realidad se reunieran.

No se oye nada más... Después un sollozo.

V

La soledad se le llenó de caras, de pechos, de iluminados ojos que lo amaron muy dulcemente. Él empleaba la mayor parte de su tiempo en el esforzado trabajo de la seducción.

En seis

I

Una conversación se plantea en el horizonte y yo la capto para que sea de todos. Sé que eran dos mujeres que se encontraron después de mucho tiempo de no verse. La transcribo tal como la oí. No sé si eran madre e hija, dos hermanas, dos amigas o dos personas que se habían alejado de los lazos familiares para enrumbar sus destinos diferentes dentro de un país que aplasta, una ciudad que enjaula y un ambiente que desperfila. Tal vez se trate de dos grandes mujeres que nunca se conocieron, simplemente se imaginaron.

Ahora nos encontramos: abrazos y preguntas. Hablaremos mucho desde el balcón viendo apagarse las luces del día, con esa rapidez violenta que asusta a los extranjeros. Vienen recuerdos, asociaciones desordenadas, diálogos que hemos repetido muchas veces y confidencias. Me preguntás por qué y te respondo suavemente porque sí, seguro entenderás a tu manera mi respuesta. Ese es el gran problema: el tamiz

subjetivo que corre entre las palabras y las verdades. Siempre se miente un poco, siempre se ejerce la abogacía en favor de alguien, especialmente sobre uno mismo.

Seguimos hablando hasta que el sueño vence las palabras y se cierran los ojos para alumbrar con la luz interior los laberintos inconfesados, miedos y deseos, tan vinculados entre sí. En el sueño surgen los olvidos con cara exigente, tropezamos, nos desnudamos, nos acariciamos y quedamos como prisioneros de los vacíos que aparecen en súbitas absorciones. Caemos lentamente, vamos cayendo, nadie nos salva de esta realidad mortal, salvo el despertar con menos vida, menos tiempo.

Hemos hablado muchas veces porque la amistad es una larga conversación, una entrega permanente de ideas y de dudas. Sobre las verdades, ninguna absoluta en la relación humana, surgen sospechas porque nada es tan claro como el amanecer pleno ni tan oscuro como una noche sin luna.

Venimos desde los más extraños rincones en que nos desnudamos lentamente y venimos con los trajes que nos pusimos con la rapidez del disfraz. Nos encontramos desde los escondites que se ocultan tras el esbozo de una sonrisa triste. Vano nos parece por un momento todo intento de comunicación. Cómo confiar esa impresión y ese sentimiento de que nos acercamos con violento ademán hacia la decadencia. Cómo atribuir a una situación dada el peso de nuestra propia tristeza. Cómo confesar que por una dignidad muy íntima,

muy incomprendida, te han sacrificado los demás. La gente detesta las columnas rectas, los pasos firmes, el siempre saber lo que se quiere, el trabajo honesto en que se doblan las horas, el volver la vista atrás y repasar las pequeñas y tal vez torpes siembras.

Una mirada se cruza insuficiente, quería escudriñar más allá de la otra mirada que sostiene su fuerza con la debilidad de perderse en un objeto que ni siquiera ve.

Leemos una poesía que nos ha dicho tanto y nos seguirá diciendo más sobre ese misterio que nos acerca y aleja la vida. Apenas un día atrás encontraste que una palabra cambió el sentido del poema porque lo habíamos memorizado diferente, para encontrar nuestro propio significado en el significado del otro. Sabemos que la memoria nos apoya en ese alegato interno de robar sentido al sinsentido.

Ahora callamos y el silencio se incendia en frases que arden sobre un paisaje en que el viento manosea los ecos.

II

Hay una patria que se acaba y otra que empieza. En la patria que se acaba han quedado muchos muertos vivos. En la patria que empieza también hay muchos muertos vivos. Era una patria pequeña que me cabía en la mano, hecha toda de rincones, de murmullos, de sueños. La recuerdo campesina y limpia, capaz de levantarse

al inicio de la madrugada y de exponer su pobreza en la ropa tendida. Había un vestido de domingo y de fiesta, una larga caminata hacia el parque, una conversación confidencial sobre los secretos de la vida, un juego de ilusión-desilusión que no golpeaba, los imposibles de una soledad con pandilla, la carcajada que corría montada en travesuras. Hay caras de esa patria que se acabó y no recuerdo, a veces se asoman por los teléfonos con un soy yo, no te acordás, y un muerto vivo te cruza la mente, a veces son los periódicos que te traen la noticia y así te enterás de que ayer murió quien quisiste mucho, tu compinche a los once, y no volviste a ver desde los trece. En las conversaciones sobre otros años desfilan tus muertos vivos con los muertos reales en ese cementerio de los recuerdos.

En la patria que comienza las cosas se multiplican y complican, porque cada vez somos menos vida y más y más documentos, cédulas, pasaportes, licencias, declaraciones, testimonios, constancias. Los muertos vivos son personajes de teatro que abren una puerta y salen por otra, siempre distintos, con otras ropas, con otras parejas, con nuevas amistades, incluso hablan en extrañas palabras, cada vez más confusas y atropelladas, menos claras, carentes de fuerza, apagadas. Un teatro que representa un aeropuerto en donde nadie se despide ni nadie se saluda, todos están en tránsito contando sus valijas y constatando sus documentos. El apuro priva sobre la vida, lo cotidiano carcome, el ganarse el pan de cada día te roba tiempo y fuego, el sermón de la excelencia

te destroza tu esfuerzo y la recomendación de que hay que creer en alguien y en algo roba valor a tu espíritu.

Hay veces que enterrás a alguien a la fuerza, no se podía soportar más la agonía del engaño y de la farsa. Lo sepultás porque huele a muerto, a feo, a mentira que termina en terremoto, y ya sin piso ni paredes sólo queda presente la enorme desolación de tantos años vividos en vano, en "correr tras el viento".

También tropezás a veces con los muertos-muertos que te aparecen en un sueño y te hablan como si estuvieran vivos, a lo mejor te aterrorizan pues se ven pálidos y huesudos, a punto de descomponerse, y te confiesan cosas terribles del más allá, o simplemente te devuelven un tiempo perdido y empezás a vivir una onda antigua que se aferró a tu memoria, entonces te refrescan y te alivian.

Y a la vuelta de la esquina te encontrarás con un muerto medio vivo, que te recuerda con una fijación como si estuvieras completamente viva y no te hubieras ido muriendo parte por parte en el despojo de un siglo que termina y de una ceremonia que también se está acabando sin saber cuándo y por dónde empezó.

III

Estoy triste y lo entendés. Algo detrás tuyo te quita libertad. Algo delante tuyo te quita libertad. Cada vez el ambiente se cierra, el aire se enralece

y la altura tiene la angustia del vértigo. Es como si la meta se hiciera más larga frente a tu paso corto, torpe, cansado. O quizás no haya meta ni nota y la calificación sea la tiranía de los otros.

Somos juzgados siempre, los más severos son los más cercanos, los que esconden detrás de su sonrisa cotidiana el rigor de por qué esto y no lo otro.

Ganamos el odio, la duda, el engaño más pronto de lo esperado, o tal vez sea el tiempo el que nos conduce de espejo en espejo para encontrar la cruda realidad de que nos han vaciado. No hay nada que deje más vacío que la página blanca ya llena o la página blanca que otros están llenando o esa aterradorante que nunca podrás escribir.

Nos picotean en ese bosque de calles, casas, ventanas, cafés, pasillos. El picoteo es el ejercicio cultural de un psicoanálisis aprendido en revistas y en negadas experiencias personales. Te atribuyen, nos atribuyen, egoísmos que no conocemos, vedetismos que nos resultan alérgicos, monopolios en un trabajo que deseamos compartir, pretensiones que no soñamos. Una máscara cubre el rostro según quien lo vea, un letrero según quien nos comente y somos personajes de algún comentarista que habla con el objetivo desequilibrado del desconocimiento.

Nos engrandecen o nos empequeñecen según las circunstancias y las vueltas de esa rueda de la fortuna, que muchas veces sólo es de infortunio, unas veces más, otras veces menos, las necesidades de los otros te persiguen sin aliento y

satisfechas esas necesidades si te vi no me acuerdo. Algunas veces sos la sombra benigna y otras el cartelón de peligro.

Una vida digna se vive en soledad y en silencio, sin teatro, sin público, pero alguien se entromete, investiga, observa, entonces alarga el defecto, profundiza la cicatriz, te ahoga en comentarios crecientes que te desvisten desnudeces que no son las propias.

El signo de la confusión te despeina la quietud de un espíritu joven y todavía inocente, para hacerte fluir en el torbellino de lo revuelto, con toda tu vejez a costas. Náufrago, absolutamente náufrago, quieren ver lo tuyo, tu casa, tus amigos, tus amores, tu familia, ese mundo de libros, de pájaros, de plantas. Pero, ¿de qué vale? Lo único que vale es la letanía que inventás para la fortaleza de constatar la vida tan cercana a la muerte.

IV

Hemos empezado a coleccionar billetes con leyendas de sus poseedores momentáneos. Algunas de ellas se refieren al valor de la moneda, pero otras hacen reflexiones anónimas sobre los grandes y eternos temas: la vida, la muerte, el amor, la soledad. Lo más curioso de esta colección es que los billetes obtenidos provienen de la feria de agricultura, esos sábados en que paseamos entre frutas, cereales y verduras por el cementerio de Alajuela.

Cuando se piensa que por los cajeros de los bancos pasan todos estos y más mensajes escritos

en los billetes, los vemos reírse de los recados. Y recados se mandan siempre, los recados rompen el silencio y la soledad. Con ojos abiertos y atrevidos confesamos cosas que no diríamos con palabras. Con enredadas misivas nos acercamos a los otros, a veces con culpas inventadas, con remordimientos inconfesables, con resentimientos hechos de monólogos lastimeros en que nos hemos convencido de nuestra inocencia, con la verdad en los labios y no en el corazón, con la curiosidad aventurera de las intuiciones, con la mente despejada en el anclaje de los pretextos, con la sonrisa del quizás seamos distintas a las que siempre nos hemos imaginado. Recados se dejan en las conversaciones a los ausentes, recados que ofenden, que ponen en duda los sentimientos, que van destrozando relaciones, que desafían el equilibrio del universo y los pequeños mundos puertas adentro. Cuando hay recados algo de la comunicación se ha perdido para siempre y ya la armonía es imposible de restablecer.

Los recados de los billetes son bien diferentes. Son recados testimonios que van desde escribir el nombre con letra firme, completo el nombre compuesto y los dos apellidos, hasta filosofar sobre lo humano. En la colección aparecen los típicos sobre el dinero: Buelve a mí, ¡qué rápido te fuiste!, ¿cuándo te recuperaré?, con lo que me costaste, bandido, oportuno-inoportuno, ¡mi chavalazo!, mi ojo de la cara, lo gasté con placer, güevón de mierda no me duraste, se lo doy sin ganas, de por sí era de cien, tal vez me gane la lotería, ¡qué cavanga!, ni que me lo hubiera robado, va y

ven, ¡que le caiga mal!, las deudas no se olvidan, triste adiós, pegadito a mí, regresa. ¿Y habrá un billete que regrese a su dueño que tan triste lo dejó irse?

Las reflexiones son muy gráficas: el amor es angustia, la vida no vale nada, hoy lloré, pienso y existo, sólo errores soy, ¡qué gusto ser mujer!, todos los políticos son unos cuenteros, el tiempo te desviste, la enfermedad es una vaina, qué jodido está uno cuando ama y no es correspondido, la suerte no me quiere, salud y dinero: son indispensables, si te llega esta lapa descubrirás que te ama Ana.

Los recados van y vienen con sus firmas y letras difíciles, ortografía dudosa. Los recados que así y todo se disparan en el enorme anonimato.

V

La luna llena y abierta multiplica el trabajo de las hormigas, impide el sueño de las codornices, espanta el silencio sobre la hierba, desvela a las abejas, hace cantar a destiempo a los gallos, llena de miedo a los coyotes, pinta perfumes de azahares en las ramas secas, crea sombras en las lajas, perfila habitaciones en los árboles, evapora la lucidez de las luciérnagas, mutila la placidez de los caballos, siembra espejos en los ríos, aumenta el salto de las olas, aterroriza al mar con los desbordes, enloquece a los gavilanes, entorpece el perfil de las flores y llega hasta tus manos que dejan de envejecer tranquilas esa noche. El tiempo se hace notar, suena por todos lados, repica,

tictaquea, tu corazón lo cuenta en latidos acelerados, se mete en los oídos, es lo único que oís, ese péndulo que no se para nunca, no acaba la cuenta, obsesivo avanza y avanza, sin retroceder jamás.

Y con esa luna que nace gigante mi desvelo camina por el firmamento. Descubro con ella los trastornos que hace. ¡Qué bárbara! Enamora más a los enamorados, alumbra a los ladrones, aumenta los celos, engrandece las dudas, trae recuerdos de otras lunas y otros tiempos. Un perro ladra incansablemente a ese farol que le espantó la oscuridad del patio. El reloj se mete con la fuerza de sus tuercas, imposible dormir y es necesario. ¿Por qué diablos hace tanto calor? Su mano me trae paños de agua con azahares. ¡Qué buena mano su mano! Está llena de luna y me alivia. Entonces me cuenta una historia en que yo misma habito en colecciones de sueño y de tanto soñar lo ya soñado me voy durmiendo, mi cama no es mi cama, es una tina fresca en que nadan lechugas.

Despierto tarde, siempre despierto tarde cuando la luna llena me desvela tanto como al perro que le ladra, a las hormigas, a las codornices, a las abejas, a los coyotes, a las luciérnagas, a los gallos, a los gavilanes, a los caballos, al mar que se hincha más y más. Despierto tarde y no me encuentro con la madrugada que siempre me asusta con su orfandad cósmica.

VI

¡Ojo! Lista la puntería. Aparentá que ves de un lado para ver profundamente por el otro.

Descubrí lo perdido en lo encontrado. Adiviná lo que ocultó la sonrisa. ¡Ojo! Quitá la sábana de un golpe y espantá la serpiente. Abrí la puerta y da la bienvenida al desconocido. Gritá en silencio. No dejés que el sobresalto tiemble en tu mano. Dejá al levantarte toda la niebla en el sueño. Soñá con valentía cada uno de tus miedos. No pisés un pie ajeno ni levantés tu mano contra otra mano. ¡Ojo! Doblá tus curiosidades en miles de curiosidades pero no las confiés porque el silencio es la curiosidad máxima. Construí una baranda para recostar tu tristeza y dejála ahí para caminar con alegría. Remendá tus heridas con puntada tan fina que no se note. ¡Ojo! No entrés en la casa de los ojos amargos porque la amargura es enfermedad contagiosa. No entrés tampoco donde te echaron como un trapo viejo. ¡Ojo! Callá más, no soltés el comentario tan gratuitamente, el silencio es un pozo profundo que lima conceptos y los ahonda. Pero no callés cuando la palabra solidaria se necesita. ¡Ojo! No te juntés con los que se burlan de todo, en eso hay que ser menos nacional y más internacional. El respeto por el otro es lo más esencial e importante, no aja la relación humana. ¡Ojo! Hay que saber distinguir a tiempo lo que vale, hay que apoyarlo, darle lo que se pueda y pensar que en sus múltiples caídas requiere esa hermandad del amigo. ¡Ojo! El estado de alerta en estas circunstancias debe ser el máximo. Si en los otros se ven miradas de desconfianza, porque están detrás del negocio y de la oportunidad, no los mirés con tu constante ingenuo gesto, inventáte unos ojos que digan: ya sé de la jugada. ¡Ojo!

No purgués las culpas ajenas, las propias son parte de tu conciencia y la lucidez las aclara y disipa. La oración resulta un ejercicio imprescindible cuando te sale desde dentro. Hacé tu obra, nadie la puede hacer por vos. Caminá más rápido de lo que la gente piensa que podés y no te parés nunca para contemplar el camino recorrido, adelante está tu casa permanente. ¡Ojo! Huí de las generalizaciones, siempre son injustas y miopes. Ayudá a que cada quien alcance su propia estatura. Hacé tus notas con el orden de una receta de cocina, pero nunca perdás ese ritmo superior del desorden. Nunca dejés de sentirte aprendiz y siempre combiná los trabajos intelectuales con los manuales. ¡Ojo! Seguí asombrándote de las noches perfumadas, de la inteligencia animal, de los árboles catedrales, de las flores que no necesitan lazos, de tu pie descalzo por el corredor del sueño. ¡Ojo! Que no te desanime nada, ni te lastimen los rumores. Ante las amenazas y los anónimos oí con cuidado al viento, ahora sopla huracanado, la hora del refugio se acerca.

Vuelve un silencio hostil y aparece una mujer, una mujer sola que estaba hablando con su sombra.

Siete partes de la mala suerte

I

Después de muchos años de jugar y de probar un albur de combinaciones y presagios, me tocó la suerte, cinco pedazos del mayor los que apenas cambiados me embargaron por intereses de deudas no pagadas ni abonadas.

II

Siempre fui objetivo y comedido, por lo que pensé mucho antes de casarme, no la quería ni muy ni tanto, apenas bonita para que no la apetecieran los demás, apenas abundante para que no me la quitaran los otros. Me resultó dictadora, celosa, egoísta, gastona, desconsiderada, miedosa, profesional en darle mala vida a los demás. Una verdadera plaga que se saca en la rifa de lo peor. Apenas la soporté dos años y me largué al infinito adonde llegó con un alegato de pensión alimenticia por abandono injustificado. Desde entonces soy deudo de ella.

III

Conseguí un empleo puro tuanis, custodiar una casa que era un sueño para dormir en una cama con las piernas sueltas y la espalda resguardada en las almohadas blandas, cual caderas de una mujer bien alimentada. El primer día, apenas entrenándome, alguien se robó las hamacas, sé que tengo un sueño pesado y me paso al más allá sin conectar alertas, pero prevenido de que por ahí pasaban cosas inauditas pude advertirme a mí mismo la necesidad de estar atento. Al día siguiente, la casa vacía de muebles y aparatos, le pareció muy acogedora y cálida. Después desaparecieron los sanitarios, la cocina y la refrigeradora. Se sintió libre y casi humano, lo estaban liberando de responsabilidades, no así pensaron los patrones cuando regresaron de sus vacaciones a las trece paredes libres de adornos y de mobiliario. Coincidieron con la policía, que lo detuvo de inmediato aunque él sólo alegó que nunca en su vida había dormido tan bien, aun cuando se llevaron la cama y no le quedó más remedio que acurrucarse en el piso, en esa madera tan olorosa a árbol fresco. Lo condenaron a dos años de prisión con derecho a visita domiciliaria cada fin de semana, de la que no disfrutó por carecer de cuarto en que quedar muerto de frío y de espanto.

IV

Me fui al sur porque el sur siempre me atrajo, además ahí no se conocía mi mala fama de indolente y de cómplice en robos evidentes de una mala fe absoluta. Limpié el terreno y lo sembré de caña, pero no llovió a tiempo y la cosecha se perdió. Con una mano atrás y otra adelante, me vine hacia el puerto con una tentación inaguantable de hacerme pescador. Me embarqué en la primera lancha de mala cara en que me ofrecieron empleo. En un paraje desconocido anclamos, más perdidos que Caín después del crimen, y nos rescataron unos narcotraficantes que necesitaban rostros inocentes para su comercio. En esa oportunidad me dieron cinco años de cárcel, con obligación de trabajos forzados en que aprendía asear inodoros y a pelar papas podridas y hediondas.

V

Al fin supe lo que era bonito y resultó un fruto de la casualidad que toca cuando menos se espera. Aparece pronta y atarantada, igual que una llovizna en pleno verano. Me contrataron como jefe de cuadrilla y los hice trabajar como nunca se imaginaron que lo podrían hacer, hasta látigo me compré para comprobarles que no había pausa ni descanso. En un descuido casi me linchan, pero mi suerte me acompañó, no había

mecate que pudiera arrollar mi grueso pescuezo. Me despidieron sin derecho a prestaciones, pero me liberaron de órdenes y mandos que tanto me lastimaban por dentro.

VI

En el examen médico resulté con tifoidea y parásitos, cuando de auténticas diarreas me creí desahuciado y listo ya para el dulce morir deshidratado, lo que parecía raro dada mi afición a las aguas combinadas con ron y ginebra. Me recetaron unas píldoras amargas que me daban unas ganas tremendas de vómitos y de eructos, que logré vencer con las hierbas que comía mi perro, mi pobre perro muerto de hambre, que se me fugó apenas encontró una mujer frondosa con olor a carne.

VII

El panorama se me abrió porque en plena selva me cayó un árbol, el más esplendoroso y el que más quería. Felizmente me cubrió por entero, me partió el cráneo, me hizo estacas en el corazón, me aplanó los pies y asentó sus hijos en mi vacío estómago. Ahora sí que estoy alegre, la madera palpita en mí y soy adorno de una casa muy linda, que tiene un librero con mis brazos y con

mis piernas. El tiempo pasa acompasadamente, es el ritual de una danza que se baila en un espacio abierto, en donde se está a solas con toda la soledad en esa espalda que estruja los pulmones, la infancia y el despertar del amor. Fui un afortunado de la mala suerte que tiene cara de incompreensión.

Ocho partes de un recuerdo

I

No fue tan fácil como creí al principio, no una cosa sencilla como cerrar una puerta y seguir adelante creyendo que no existen los tropiezos, las debilidades, las sensaciones de abandono, los tensos miedos de creer que la soledad me duraría eternamente. Me hice un ovillo para recoger, en ése y otros largos momentos, mis escasas fuerzas, mi pobre estimación personal, mi debilitado orgullo, mi enclenque imagen de mí misma, el poco espacio de mi ambiente íntimo y me miré, así enroscada, en el primer espejo que encontré. Le sobraban razones para dejarme porque me había descuidado cara y cuerpo, ropa y pelo, carente de sentimientos gratos y de avivadoras ilusiones las manchas se extendieron por mi cutis como parchones cada vez más oscuros. Además, tenía mínimas ganas de conversar, ni nada de interés que comunicar, salvo ese deseo de transformarme en una gata gorda, amarilla, atigrada, que sólo pensara en dormir y comer, husmear y

soñar como sueñan los gatos cuando completamente dormidos mueven los rabos, ambulan las patas en el vacío y olfatean lo inexistente. ¿Quién en esas condiciones, querría compartir conmigo? Nadie y menos yo porque me detestaba con una sinceridad aplastante.

II

No pude reconstruir su cara, tuve que tomar una fotografía para recordarlo, con la mala suerte de que era muy vieja y lo presentaba joven, atractivo, con una abundante cabellera y una sonrisa repleta de dientes blancos y fuertes. ¡Cómo nos hace cambiar el tiempo! Los últimos días que lo vi, pude notar las amplias y vacías entradas en su cabeza, el abotagamiento de sus ojos, la boca caída con sus múltiples puentes y ese ostracismo de palabras y pensamientos. Callado y distante, especialmente de mí que me atrevía a verlo con mi instinto radiográfico. Cuando me dijo que se iba, no olvidó su cortesía ni sus buenas maneras porque siempre fue todo un señor, un hombre de finos sentimientos, aun cuando había absorbido mis mejores años con su hijoeputa egoísmo. Claro, me echó la culpa a mí, eso es tan cómodo y tan trivial, veía que me estaba haciendo mucho mal porque no lo aguantaba, porque me hería con su presencia, porque en realidad era una mentira que nacimos el uno para el otro y porque ya no quedaban ni cenizas del amor que algún día existió. Pensé que realmente era una experta en fastidiar y cansar a los demás, al punto de capita-

lizar los deméritos, los malos recuerdos, las fallas y los errores. En tono vehemente me insistió que no había otra, lo que me contaron sobre sus deslices eran puras mentiras, falsos testimonios, habladurías irresponsables. El énfasis revelaba, sin mucho pensarlo, esas mentiras piadosas en que insisten los inocentes hipócritas. Esto lo reviví mientras trataba inútilmente de recordar su cara, sus facciones y sus gustos. Entonces pensé que a lo mejor estaba logrando el olvido y pude desovillarme para apoyar mi entera presencia.

III

Las cosas se aclaran en la mente de una manera repentina y zigzagueante, sin necesidad de mucho esfuerzo ni de insistencia. Soñé con él, estaba en otra casa, en otra mesa de comer y en otra cama con una mujer bella y complaciente, quien no tenía semejanza alguna conmigo, hecha ahora un capítulo inédito de la miseria. El sueño en forma alguna me resultó una pesadilla, más bien se trató de una plácida experiencia, pues yo misma participaba como directora de una película en que me atrevía a gozar de las actuaciones de sus personajes. Una amiga me contó que lo veía con frecuencia y le preguntaba por mí, lo usual: cómo está, hace algo, sale, se anima a correr las cortinas y ver para el jardín, me extraña, se ha desovillado, y con ese tipo de preguntas iba confesando, consciente o inconscientemente, mis inti-

midades. Otros parientes y amigos me contaron con lujosos detalles sobre su nueva vida, su nueva mujer y su nuevo vehículo. Esto me dejó la sensación de que le había dado, ya pasadito de años, por los estrenos y los debuts. Las informaciones no me dejaron amarguras, más bien me trajeron una sed de olvidos.

IV

¿Para qué olvidar si realmente no había mucho que recordar?

Lo extraordinario es lo que se empoza en el alma y, en cierta forma nos marca en manifestaciones vitales de actuar y ser. Nada de eso pasó en nuestras relaciones que fueron un hecho cotidiano, apoyado en la costumbre y en la manía de continuar una decisión que al poco tiempo dejó de tener sentido y de alimentar ilusiones y ensueños. Lo he escrito: cuando alguien no te trae la melodía del viento ni alienta tus luces internas, hay que partir rápidamente hacia otro lugar, hacia otro ser humano. Sin embargo, no seguí mi propio consejo, lo hizo él, pero tengo mis dudas porque he viajado a la intimidad de mis caprichosas decisiones, por supuesto llenas de debilidades y de peligrosos vicios. Él salió de aquí para caer allá, en el mismo círculo vicioso del hábito casado con el desgaste del aburrimiento y de la desilusión. Yo me atreví a cruzar la barrera del silencio y a sumergirme en la caricia del ensueño. ¿No es éste el verdadero y más legítimo olvido?

V

Me calificó muchas veces de rara: sos rara, estás rara, será la regla, será la gripe, confío que no estés esperando, ya no te gusta nada, tenés que hacer un esfuerzo y salir de la casa, las lecturas te han jodido la cabeza. Cuando me decía estas cosas y otras muchas más me sentía que no era rara, más bien especial, especial en mis gustos, especial en mis silencios, en mi forma de aguantar dolores, en mi negativa a los reclamos, en mis escondites de dudas y precauciones, en mis resentimientos callados y en esa forma de saber que no existe el futuro aun cuando la humanidad entera se haya empeñado en inventarlo. Luego, recuerdo tus preguntas: te ha venido la regla, ya se te ha ido. La menstruación, la bendita menstruación, que te revoluciona todo el cuerpo, te hincha, te trae dolores de cabeza y de vientre, te llena de malos olores, te mancha la ropa y te hace andar a pasitos cortos. ¡Qué incomprensión! Un hombre que quiere a una mujer no pregunta porque sabe, entonces la entibia, la acaricia suavemente, complace sus caprichos, disimula su mal humor, la deja tranquila para que repose en la penumbra de su cuarto, apaga los ruidos, la vela para que vuelva la tranquilidad ante su parto mensual y paciente la acuna con gesto de madre sabia y buena. Además, le hace un té de manzanilla y no le pide exigente que se lo beba ya, espera que se enfríe y ella tome la decisión de ingerirlo a su antojo. Vuelvo a estar mal, he estado recordando tus horribles limitaciones.

VI

No hubo culpa, hasta ahora lo sé, no hay culpa alguna entre dos seres que se unen, luego se dejan y en cada uno se va borrando la memoria del otro. Ese es el camino natural del olvido, en que se desvanecen paisajes, caras, fechas, conocimientos, nombres y sucesos. El borrar con la insistencia de que desaparezcan errores y desaveniencias, no hace a nadie culpable. Es sólo un esfuerzo en pro de la conquista de un tiempo que nunca más se recuperará, es un inocente juego de olvidos en que cada uno se va olvidando también.

VII

Ahora en el hospital con el suero de la muerte corriendo en mis venas, me han dicho que llamas todos los días preguntando por mi salud. Te deben haber contestado que mal o igual. ¡Cómo te está costando olvidarme, a tan poca cosa como yo! Me prometiste un día, ya no sé cuándo, abrir mi ataúd y besarme apasionadamente en la boca en señal de pasión y de fidelidad. ¡Qué precaria es la vida y cuánto más puede ser la muerte! No me preocupa nada ni espero cosa alguna, salvo embarcarme lo más pronto posible en ese permanente proceso de perder cualquier vínculo con lo vivido.

Fui, lo debo confesar, bastante feliz en este empeño de transformarme en una gata gorda y perezosa, amarilla y atigrada, sin compañero a su

lado, libre y mandona, enamorada del silencio, con que sus patas enguantadas caminaron por los recuerdos y los olvidos.

VIII

Quiero dictar una carta, mi última carta, aunque ya he pedido expresamente que no encarguen mi funeral al negocio del último viaje. Lo de último siempre me pareció un designio revocable. Querido señor, no deseo que cargue mi ataúd, ni siga al carro fúnebre, ni camine conmigo hacia el cementerio, no lo aguantaría, creo que sus devociones serían terriblemente cursis y pasadas de moda. Menos soportaría que ante la sepultura abra mi caja y me bese con pasión en los labios, ese melodrama no encaja con mi figura respetable y respetada. Recuerde, sólo recuerde, que el vigor del alma reside en los huesos, esos huesos ahora totalmente inútiles que me llevo conmigo y son el temporal olvidable de mi ausencia. No sé si siempre lo he querido mucho o sólo a veces.

Nueve partes de un olvido

I

Este cuento nació en otro lugar, que el olvido, ese pasajero a veces tan cómodo, otros tan angustiante, no podía registrar ni recordar. Se trataba, sin duda alguna, de un paraje desagradable, promiscuo, donde no se podía ejercer la intimidad ni la concentración, menos pensar en una idea difusa o concreta. Si cierro los ojos y trato de devolver imágenes como en el retroceso de una película, me veo corriendo por los corredores con una pijama más larga que mi propia estatura, sin zapatos, con los brazos en alto en busca de alguien indefinido que me alzara. Casi tengo la seguridad de que la dispersión me anclaba en la satisfacción de las necesidades básicas: ir al baño, comer e intentar dormir en ese colchón compartido con un bebé que lloraba día y noche. Quizás era un hospital porque olía a alcohol, a merthiolate y a carbolina.

II

El olvido con su poder de borrar buenos y malos momentos, con su vocación de espesar la neblina, con su tendencia a convertirnos en unos superficiales sin memoria y sin afectos, nos encamina entre pasos ciegos y tambaleantes hacia lo desconocido. Faltos de olfato, carentes de tacto, ausentes de guía, somos como una súplica interminable que ya no oímos y cuyo sentido práctico desconocemos. ¿A quién abrazamos las piernas con el propósito de retener para jugar un rato o para que nos saque de este lugar frío y blanco en que se confunde el aseo con el afecto, la constancia de la orden gritada con el afán de comunicación, el atraso en las comidas refritas y tibias con el deseo de la compañía? Vuelven a aparecer las figuras anónimas en retazos que no logro unir, para desvestirnos, meternos en unas tinajas de aguas heladas y enjabonarnos con guantes como si se tratara de seres apestosos. Nadie canta en ese laberinto hostil y oscuro, si lo hubiera hecho lo recordaría porque a tanto no llega mi desmemoria. Tal vez habité algún día una escuela de párvulos, rígida, autoritaria, en que trataban de mejorar los hábitos naturales para que perdieran su espontaneidad y su frescura. Algo me indica imprecisamente que nos consideraban adultos sin serlo, porque no había campo para los niños en su sitio repleto de disciplina y castigos, pero no puedo recordar si verdaderamente estuve ahí o sólo lo soñé.

III

 Mi psicólogo me comenta que es conveniente el olvido porque desaloja sucesos no importantes, hechos que se deben eliminar después de un inventario porque no son significativos ni trascendentes, cada persona normal lo hace como un ejercicio de rutina, pues es sano y conveniente. Lo que no deja huellas en la memoria, no vale la pena, porque se graba sólo la secuencia necesaria para la continuidad de la vida, que en su caso es bastante cómoda y sustantiva. No comparto su opinión porque en los recuerdos hay una cadena de memorias que aglutina una personalidad y un carácter. Además en los sueños aparecen vivencias, gestos, perspectivas, abandonos y soledades que no logro empatar con mi realidad, pero que me cuentan partes de mis olvidos tan frecuentes ahora y que surgen cuando menos lo pienso. Ese quedarse en media clase sin saber lo que seguía, con un deseo exigente de ver por la ventana para que los alumnos no notaran su perturbación, o cuando no tenía idea alguna en dónde había estacionado su carro, o cuando no reconocía a alguien que le hablaba con la familiaridad de un viejo conocido. Sólo se daba cuenta de que alguna vez sintió unas ansias enormes por un rayo de luz, mientras desde un mosaico húmedo se comía las uñas y aspiraba mecerse en un tránsito de espalda a piernas, ese juego de mecedora que no se cansaba de practicar.

IV

La memoria tiene sus tretas y con ellas forma estrategias en que se pierden cosas, desaparecen nombres y caras, incluso se borran sucesos y lugares, eso dijo el psicólogo con un tono monótono que le indicó que su caso no le interesaba, lo había cansado con sus obsesiones y sus historias iguales tantas veces contadas. Cambió enseguida de profesional, escogió una psicóloga que había tenido mucho éxito con una compañera profesional que olvidaba con frecuencia abotonarse sus blusas. Cuando le contó su caso, se reanimó bastante porque ella vaticinó que era muy interesante y complicado, pero que encontrarían el nudo del asunto. Le preguntó si aceptaría un tratamiento de hipnosis y contestó que sí pues entendía que era sin medicina y sin dolor. En la primera sesión se durmió profundamente y sólo lloró con sonoros sollozos. Eso impidió que pronunciara palabra alguna. El hecho impresionó mucho a la profesional, quien se había limitado a preguntarle sobre sus recuerdos de la primera infancia. Se conmovió con lo sucedido, pues se acordó del bebé que alguna vez compartió su colchón y no dejaba dormir con sus lloros y quejas, hasta que un día amaneció frío y pálido por lo que se lo llevaron envuelto en una sábana blanca y nunca más volvió a sentir su compañía, que al fin y al cabo tenía su significado en medio de tanta soledad. Se imaginó que habitaban un largo corredor en espera de un cambio de lugar. Nada de esto comentó a la psicóloga, porque le

pareció que era fruto de un insomnio cuando apenas entraba la madrugada en su dormitorio con olor a muebles de pino y con la sensación alegre entre cobijas gruesas y blandas.

V

¿Cómo fueron sus padres en la infancia?, preguntó la psicóloga. Sin dubitación alguna contestó que fueron buenos, comprensivos, consentidores y amables, y así se mantuvieron a lo largo de mi vida, hasta que murió el primero y ella lo siguió después. Le dejaron una buena herencia que le deparó todo tipo de seguridades hasta el presente. Pudo seguir una carrera profesional y ahora todo iba viento en popa si no fuera por sus regresos a esas perturbaciones de sitios y sucesos sumergidos en la desmemoria. No le confesó porque era obvio y aterrorizaba muchas personas, que aquellos padres podían no ser propios, más bien prestados, que por lástima y solidaridad con la desventura de los otros pudieron seguir los trámites de su adopción. A tales pensamientos con esa velocidad que despliega la mente en determinados momentos, surgió la visión de un orfanato de cemento, repellado de blanco, con largos corredores rojos, con niños tristes y uniformados que se tendían en colchones en busca del sueño y de la esperanza. Calló eso porque no podía ser, jamás pariente o amigo le hizo un comentario sobre su orfandad. Además sólo con un hijo propio largamente esperado,

pudieron sus padres prodigarlo con atención, cuidados, desvelos y sacrificios.

VI

El galope de olvidos intensos se le vino encima, porque al salir de la consulta no sabía en qué lugar estaba su casa, si al norte o al sur, si al este o al oeste. Tuvo que regresar para pedir a la secretaria del consultorio su dirección y teléfono, porque le había dado un ligero toque de amnesia. Frente a su domicilio no lo reconoció, encontró un jardín muy verde y bello, muy bien cuidado con plantas esbeltas y floreadas. Felizmente la llave de su puerta coincidió con la necesaria para abrirla. Se reconcilió con muebles, salas, estudios y dormitorios, por lo que nunca supo que aquella noche durmió en el cuarto de huéspedes para sorpresa de su ama de oficios caseros, siempre tan comprensiva con sus múltiples distracciones pues a veces le pagaba en tres o cuatro oportunidades un salario ya remunerado.

VII

Mire usted, dijo en tono muy agradable, el olvido como técnica tiene la misma de una enfermedad que se arraiga en las plagas, nunca se acaba, más bien se extiende, cuando se cree extinguida brota de nuevo con mayor fuerza y con más insistencia. Es algo así como la gripe o las úlceras, como el acné o el reumatismo. Por eso la

mejor curación es olvidarse del olvido, no hay cura posible para algo tan elemental y cotidiano. Le aseguro que en todas partes a la mayoría de la gente le ocurre lo mismo, algo del presente o del pasado se pierde entre otros recuerdos. La mente tiene un orden de prioridades, aparta lo que no le interesa y retiene con insistencia lo especial, lo formativo, lo que nos ha hecho ser como somos.

La escuchó sin darle importancia a sus conclusiones, porque empezó a recordar el edificio de sus primeros años, el colchón que compartía con el niño llorón, el frío de las madrugadas, las ventanas altas por donde no podía asomarse y las caras anónimas que daban órdenes recobraron sus rostros rígidos, indiferentes, incapaces de sonreír, con ojos sombríos. Recordó que los días de visita, sin zapatos y con los brazos en alto, se abrazaba a sus piernas con la súplica en los ojos y el ruego en el corazón de que le ofrecieran un sitio más cálido en que hubiera oportunidad de tener algo propio.

¿Qué piensa usted de lo que he dicho?, preguntó la psicóloga desde la altura inquebrantable de su diagnóstico. Es verdad, contestó, quien no se acostumbra a vivir con sus múltiples males naturales se deshace en sensibilidades inútiles. Tenemos olvidos y lagunas, debemos aprender a no ahogarnos en ellas.

VIII

Fue al Registro Civil para comprobar con frialdad nerviosa que sus padres decidieron

recoger a esa infeliz criatura, abandonada cuando apenas tenía un año con su hermanito de dos meses, ambos aparecieron en un parque de árboles moribundos de vejez y descuido. Empezó a llorar por dentro, muy silenciosamente, pero se le despertó un hipo que lo fue acompañando a lo largo de los años, en que meditó si eran mejores los olvidos o los recuerdos.

IX

Así es que ese niño llorón era su hermano, llegó a una conclusión que podía no tener memoria pero fue el fruto de una lógica que suma datos, resta posibilidades y no se contagia de ese juego absurdo en que se contabilizan rememorias y desmemorias. Se lamentó de no haber sabido calmarlo para que no llorara tanto, de no haberlo acariciado, de no darle calor, de no impedir su muerte tan temprana con un poco de cariño fraternal, de reconocimiento por aquello de hermano frente a hermano en la más desolada orfandad. ¿Dónde se enterrarían y cómo? No quiso averiguarlo, las fosas comunes son los muros más macabros de la miseria humana. Se preguntó por su madre, la verdadera, y le vio una cara de mujer irresponsable y ligera, con un petate bajo el hombro, dispuesta a abandonar los frutos del descuido en un parque solitario y decadente. A su padre se lo imaginó como uno de tantos con los que se cruza cualquiera en las calles y siempre se voltean para mirar con apetito glandular los

abundantes traseros de las mujeres. No fue fácil conjugar aquellos antecedentes tan turbios y espesos, con la clara tendencia a los olvidos que lo llevó un día de tantos, del que nunca tuvo ni el más leve recuerdo, a dejar abierta la llave del gas y encenderla en la madrugada para preparar una taza de café que alimentara su insomnio, en que repasaba sus frecuentes olvidos y sus insistentes recuerdos. Su casa prácticamente estalló y el incendio contagió a la casi totalidad de su vecindario.

Este cuento nació en otro lugar, en el lugar del incendio, cuando recobró la importancia que en la cartografía de los descuidos y cuidados tienen el recordar y el olvidar.

En diez
(Apuntes para una
biografía inconclusa)

I

La mujer que se mira mucho en el espejo, se llena de vanidades decía mi madre, lo que significa una prohibición de reconocerse lentamente. De reojo, apenas me atrevía, a ver si estaba bien peinada y con la cara limpia. Pero un día de soledad y de silencio el espejo me habló de varias de sus inquietudes.

El odio de Dios, ¡qué espanto! Se siente por todas partes y levanta los vientos, atraviesa las carreteras de esta Centroamérica ensangrentada. Abre tu puerta de repente y se sienta a tu lado, te demuestra con una síntesis sagaz lo de la vida sin sentido, salvo la de joderte cuando ya te habías acostumbrado. Te sirve hiel en el desayuno, una hiel helada que te siembra escalofríos, las heridas acumuladas pierden sus cicatrices y se abren doliendo más y más. Todo se cierra, angustia y ahogo, las luces se apagan, el cielo baja, por la noche surgen cometas que chocan unos con otros, los incendios se vuelven promiscuos, las aguas están creciendo, el mar se enrabia, hay una

cólera que se extiende. Los animales se quejan horriblemente. ¿Por qué? Nadie nació de su propia voluntad, fuimos nacidos, a algunos los engendró el odio. El estuche cuidadoso que cada cosa tiene está a punto de estallar: la cebolla, el ajo, la naranja, el plátano, la guanábana, el colibrí, la paloma, el gavilán, la codorniz, el yigüirro, los cerdos, las vacas, los perros, los gatos, mi piel. Estallan. Ranas, sapos, lagartijas se abren, los peces yacen en la arena golpeados y deformados, los delfines todavía sangran y los tiburones se atacan unos a otros. Se sienten hervir los volcanes, van a vomitar la lava hacia ciudades y sembríos. El odio de Dios, ¡qué espanto!, dos trenes veloces chocan frente a frente, brazos y cabezas reposan sobre los rieles, un autobús repleto se lanza al abismo, la bomba estalla sobre un mundo que no se dio cuenta que hace rato se sembró el holocausto más terrible de todas las épocas.

Sobre el odio brota el miedo y el miedo aumenta el odio, lo hace lujurioso, cada vez más fuerte, más a la deriva del capricho, más inclinado a sobrepasar los límites de cualquier castigo. El odio de Dios, ¡qué espanto! Lo vivió Caín y los Caínes que siguieron, los que no supieron complacer, los castigados desde que abrieron los ojos y la luz los hiriera, los que no encuentran cómo y por dónde ganar el amor. Los malasuerte, los pesimistas, los don nadie, los que tropiezan y se quiebran, los con miedo a vivir, los acomplejados y los pagaculpas, no le gustan, claro que no le gustan. Cuando están cargando la piedra se les viene encima porque sólo se acuerda de ellos para castigarlos.

El odio de Dios, ¡qué espanto! Y se presenta cuando menos se espera, aun después de destruida la tierra. Pobres, entonces, las cucarachas, las tortugas y las hormigas que queden.

II

Estamos hechos de rezos, señales, promesas, cantos, gestos y actitudes. El signo de la cruz para espantar vampiros, demonios y serpientes. La oración de la cruz te puede salvar en ochenta y dos accidentes. Como detesto los lunes, me encanta la siguiente oración:

“San Crispín y San Cipriano,
padres de los zapateros:
dejadnos guardar el lunes
que el martes trabajaremos”.

Nunca he visto una imagen de la Virgen de la Cueva, pero le canté y todavía lo hago:

“Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva.
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.
Que si, que no,
que caiga el chaparrón”.

De rodillas, sobre la cama, no en el piso que para mi papá era de mala suerte y una llamada a morir malamente, me volaba dos avemarías y un padrenuestro, además de encomendar a mis pa-

dres y tres hermanos para que no jodieran tanto.
Siempre se me advertía:

“¡No reces apresurado
porque ofendes al Señor:
Tenle respeto y amor
para que no haya pecado.
Aunque reces sin cesar,
si el corazón no recoges,
siempre el Señor ha de estar
sordo a tus voces!”.

Y para espantar la rayería o para que termine
el temblor, no se me olvida:

“Santo Dios,
Santo Fuerte,
Santo Inmortal.
Misericordia Señor.
Líbranos de todo mal”.

Con flores en la mano, de muy niña, que al
crecer me liberé de ceremonias, canté:

“Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a María,
que Madre nuestra es.
De nuevo aquí nos tienes
purísima doncella,
más que la luna bella,
postrados a tus pies.
También te presentamos

como más gratos dones,
rendidos corazones
que tú ya los posees”.

Recuerdo haber ayudado muchas veces a arreglar la mesa con flores y el más lindo tapete de la casa, para albergar el paso del Dulce Nombre que venía desde 1856, y así alejar la peste. Ahora se podría hacer de nuevo para apartar la cruz de la crisis. Empezaba con un acto de contrición:

“Porque debes ser amado,
mi Jesús que al alma quieres
te amo, mi Dios, por quien eres
sobre todo lo creado:
Pésame de haber pecado,
pésame mi Redentor;
creo en ti, mi dulce amor,
y espero en ti, de tal suerte,
que antes morir que ofenderte,
misericordia, Señor. Amén”.

Después se rezaban tres padrenuestros, tres avemarías y tres gloria patri en honor a la Santísima Trinidad. Luego venían las décimas al Dulce Nombre, que recoge don Carlos María Campos en su libro *Devociones populares. Introducción a su estudio en Costa Rica*. Cito una de ellas, la inicial:

“Centro de inmensa bondad,
Dios eterno y soberano.
El castigo de tu mano
lo sufre nuestra maldad,
Señor, Señor, ten piedad:

Aplaca el justo rigor;
te pedimos por tu amor,
por tu pasión y tu muerte
compadezcas nuestra suerte
de la peste en el horror”.

Luego venía el estribillo:

“Por tu santísimo nombre
misericordia Señor”.

Y al final:

“En los cielos y en la tierra
por los siglos ensalzado”.

Mi hermano Mario se sabía o inventó una parodia muy divertida y siempre la recitaba cuando se anunciaba la visita del Dulce Nombre.

Después todo se me enredó con canciones de Bola de Nieve, con tangos, con boleros y mi cultura de canto que llegó hasta “esta tarde vi llover, vi gente correr”, hasta “may I introduce myself”, “un unicornio azul se me perdió”, esos sonos que repito y repito hasta olvidarlos.

Los gestos nunca se olvidan: el de la plata, el de váyase a la mierda, el de a mí con eso, el de por sí.

Las actitudes supe que se pegan a las palabras y a los actos. Doy fe de mi verticalidad y de mi valerosa forma de ser diferente.

III

¿Te acordás de aquella paisana que nos encontramos en México? No puedo recordar su nombre, pero no puedo olvidar la forma en que se reía. Se abría entera en carcajadas y no dejaba de reírse cuando se le caían los dientes. Con las lágrimas afuera, con la lengua arrollada, con la cara toda roja, se volvía otra. Los esfuerzos que debíamos hacer para entristecerla, que dejara de reírse, le contábamos las historias más negras que encontrábamos. Después de media hora, por lo menos, terminaba la risa y la veíamos cerrarse poco a poco, entre suspiros hondos. Finalmente los dientes volvían a su sitio. ¿Te acordás? La veo como si fuera hoy, hasta oigo su risa, pero no recuerdo su nombre, aunque lo tengo en la punta de la lengua. Ya se vino: Patula, le dicen Tula y Tulita los que la quieren, que no son tantos, y Tulenca los que la odian que son muchos.

¿Te acordás del sueño aquel de Fernando? Soñó con un ruido de tambores tan intenso que amaneció con los oídos reventados y la almohada la llenó de sangre. Desde que me contó ese sueño, que gracias a Dios nunca soñé, le tengo terror a los tambores y los bandidos me persiguen. Llego a un café y a la par se me sienta un niño con un tambor, y con eso se me viene el miedo hasta el temblor. Me voy a la playa a descansar y sobre la arena me llega un ensayo de la banda con los estudiantes reventando sus odios contra los tambores, entonces todo me empezó a sonar a golpe hasta el mar. Casi me enloquezco y no sé cómo pude hacer las valijas para regresar de inmediato.

Después mi vecino compró unos bongos. Tuve que vender la casa y comprar otra, porque los bongazos me fueron encogiendo, jorobando, empequeñeciendo. Parecía un tumulto a punto de reventar. Por eso te aconsejo que no pongás oído a los sueños que sueñan otros.

IV

No basta nada y no basta todo. ¡Qué terrible signo! La insaciabilidad puede ser la regla y de pronto te despertás hasta de cuanto se atraviesa en tu imaginación. No basta el halago, el reconocimiento, la mirada de quien te ama, la seguridad económica, la casa cómoda, el lugar de descanso, las horas libres, la larga y sabrosa conversación con usted, la ventana que te enseña el pino orgulloso porque ese pino que vemos ha crecido con el orgullo de ser lo que es. No basta la música ni sumergirte tanto en ella como si la hubieras creado con la facilidad de un Mozart.

No basta saberte testimonio de una historia que te acompaña y vas escribiendo al galope de los ratos libres, no basta un diálogo y un acuerdo tácito, ese en que me dice que vendrá y viene. Vivo muchas vidas, es cierto, pero tengo una sola y se la entrego junto a una casa en que entran árboles, hacen nidos los pájaros y las flores perfuman el ambiente. No poseo nada, creo que todo es superfluo en la vida, nacemos desnudos y desnudos morimos.

Pero no basta nada y no basta todo. Eso de bastar está en el encuentro con los enigmas que no

siempre desciframos, en esa culpa tan oscura que los contrastes nos crean, las invalideces nos cultivan y las nieblas desfiguran y engrandecen. Hacemos catedrales del miedo, elevamos cúpulas, repicamos campanas y los altares de las cobardías nos aplastan como si fuéramos hormigas impotentes, y en realidad esas hormigas tempraneras y constantes son capaces de acabar con el bosque y con el intento de renacer, lo verde que da vida a la vida.

No bastó con Sócrates, no bastó con Jesucristo, no bastó con tantos asesinados. No bastó con la injusticia y la infamia, la historia criminal tiene millones de páginas y sólo se compara en cifras a la deuda internacional de Latinoamérica. Y no bastaron los legados que dejaron, palabras y testimonios de la sabiduría, de la congruencia, de la fragua entre pensamiento y actitud. A veces se duda, por eso no basta todo, algo falta constantemente en el paisaje, el árbol de siglos que una sierra cortó con la eficiencia de una empresa transnacional.

Lo que no basta es la furia y la furia pierde en sus excesos, se olvida del equilibrio aristotélico que fue la clave del apogeo y de la decadencia de los griegos, una civilización moderada y todavía moderante de este mundo que se acaba no por ser piadoso y humano, como pedirían los cristianos, si por ser excesivos en la acumulación de capitales y de armamentos, dirían Sócrates, Platón y Aristóteles.

V

Alguna vez te dijeron que te dividirías en dos, en tres, en cuatro, en cinco, según las voces que demanden tus opiniones y tus servicios. Si te previnieron, realmente te felicito. Sos precavida y aplicás mejor que nadie la medicina preventiva. A mí me cortaron en pedacitos sin saber por qué ni para qué. Me hicieron mujer y me asignaron mis funciones, pero algo rebelde me convirtió en robot inservible. No cocino, no lavo, no bordo, no coso, me cuesta una barbaridad pegar un botón, no plancho, no me gustan los grupos de mujeres y detesto hablar por teléfono. Soy muy dependiente y terriblemente libre, solitaria, callada, le tengo horror a la policía y a las personas armadas. Cuando me meto en un laberinto es muy posible que me pierda y me meto con frecuencia así es que ando casi siempre perdida. Pero me fascina que me encuentren, me pongan sobre la realidad, no me hablen de laberintos, me vean y acepten con la cara con que amanezco, sin siquiera habérmela lavado. Como estoy dividida se me ve desde varios ángulos diferentes, como se hace con los payasos y complazco con gestos repentinos que apuntan a la risa, al llanto, al hermetismo, al alejamiento, a la confianza, al valor y al miedo en un juego de contrastes en que después me desconozco.

Alguna vez te dijeron que tenías un alma y debías conservarla limpia. Si te lo dijeron y lo creíste, debés estar completamente loca a estas alturas del partido, porque el placer, el verdadero placer, ensucia el alma, la percude a la perfección

y no hay nada que la lave, sin embargo valió la pena conocer lo no permitido que es un tanto tabú, un mucho secreto y un poco la claridad que alumbra a retazos palacios, hoteles, chozas y playas en noches sin luna. Placer es un darse el gusto de vivir como se es y se ha nacido, libre, sin prejuicios, sin limitaciones, sin complejos de culpa por el alma sucia, navegar en la aventura del tiempo con una sensación de que se está habi-tando en el futuro. Adelantarse a tu propia época, sentirse en un sitio donde todo lo que has de- testado ya no existe.

Alguna vez te dijeron que olías mal, porque el ritmo de la mujer que piensa, trabaja fuera de la casa, tiene independendencia económica y hace su propia obra, resulta insoportable para mucha gente, más de la que desearíamos. Y no lo creás, tu olor es humano, legítimamente tuyo, además tenés el derecho a tus propias huellas digitales, a tus rayas de la mano, nadie te puede negar que naciste tal día con ese signo ni lo que dice el tarot que un tanto te obsesiona. Alguna vez te dijeron que si te bañabas un viernes santo te podrías convertir en sirena y si te comías los mocos te saldrían pecas negras. Alguna vez te dijeron que sos horriblemente bella y que si se cruzan dos cuchillos te casarás más pronto. Alguna vez te dijeron que las conchas traen mala suerte y que en un baño en el mar algún pececito te puede robar la virginidad. Alguna vez te asustaron con historias muy feas. Alguna vez te hablaron sobre el ogro que come niños. ¿Alguna vez te enseñaron a amar, a no temer, a vivir sin miedo?

VI

Y el silencio se enlaza fuertemente en el ambiente. Cierra puertas y ventanas, corre cortinas. Entonces hemos pensado que en este momento, en este momento tranquilo de la taza de café, con la pierna cruzada y los codos sobre la mesa, mientras remoja unos bizcochos en las bebidas, una cortina de antaño, de puro terciopelo, se desarruga en el contorno del espectáculo. Hubo una ocasión para el estreno y para el nerviosismo. Vos me explicás sobre las circunstancias y hay tantas y son siempre muy precarias. Me preguntás qué pienso y me topo de pronto con la incapacidad de respuesta, no he tenido tiempo de profundizar y de repensar, hay poco rigor en el ambiente, se improvisa frecuentemente y se confía demasiado en que se saldrá bien sin el esfuerzo y la dedicación que eso exige. Y el silencio vuelve, puede ser que desde mi asiento haya contemplado más el telón desarrugándose que el espectáculo, porque al empezar sólo sentí la necesidad de que terminara pronto. Siempre me gusta como final de todo volver a mi refugio y ya en la cama, con una desafiante hoja blanca, sólo pensé en ese telón entrenándose lentamente para abandonar sus arrugas de empaque y viaje. Y vuelve el silencio mientras un sorbo de café nos reanima en estos mundos aislados que se entrecruzan con opiniones amistosas y buscadoras siempre de los puntos de reconciliación. Te pregunto cómo te va en lo personal y me decís que bien, comprendo que eso significa una visión superficial de algo muy íntimo en que danzan

voces domésticas, angustias domésticas, furias domésticas e inconfesables problemas de una relación clara y capaz de desorganizar esos rencores que sistemáticamente se incrustan porque no se ven y anotan los sacrificios que son en realidad cotidianos. Esas anotaciones rompen el equilibrio de cualquier estabilidad porque van cargando de fuerzas negativas que tienden a inundar los reclamos y se vuelven gritos histéricos en donde el sacrificio se odia y se odia el menor gesto de posible generosidad. Se diagnostica con pericia el dar para reclamar, la falsa bondad y por supuesto el altar que busca el sacrificio. Y vuelve el silencio cabalgado por el adiós y nos vemos pronto, hay tantas cosas que compartir.

Ahora que estoy sola te pregunto ¿qué es la amistad? Una larga conversación mantenida en la intimidad es algo muy relativo. Se sabe, es casi natural que lo que te digo lo comentés con tus otros íntimos, te confieso que me sé un poco personaje de tu relato hacia tus oyentes, ¿no es así la vida?, una simple reserva que en cierta forma se desgasta y se deshila.

Ahora que estoy sola te invito a la controversia. Discutamos, ni todo es blanco ni negro, hay un matiz de individualidades que puede explicar una forma de ser diferente, tal vez fuerte o quizás enfermizamente débil. Es tu turno de alegar lo contrario.

VII

Se siente gemir el otro cuerpo que habita tu propio cuerpo. Habitante extraño con sonido de

tuerca que se traba, se herrumbra, afán repentino que resbala, un río que se devuelve porque no quiere ir al mar, un juego de volcanes que tiran pelotas, un desafío de espadas frente a tu corazón que tiembla de terror, un aire muy frío que se acomoda en tus pulmones, un musgo creciente en tus codos, una alfombra que enreda tu paso, un desasosiego que se llama amor y se siembra en tus ojos, un animal cosquilloso que te recorre las vértebras, una serpiente venenosa que nada en tu sexo, un hormiguero alojado en tu oído, una abeja instalada en tu cerebro, un colibrí perdido en tu sueño.

Se siente invadir tu propio cuerpo por ajenos cuerpos. Hinchazones, colonias, grasas, tumores, paperas, varicelas, eccemas, soriases, microbios, virus, sarpullidos, gérmenes y plagas de arrevesados achaques.

Se siente tropezar con algo muy parecido al mal de ojo, la ojeriza, la ojeada, el inventario de cómo te irá porque tu salario no da para tanto, y por ahí se aparece el ojinegro con mal aliento, el ojituerto con nada de buenos presagios y te dan de repente ganas de meterte en una ojiva o en cualquier escaparate con rótulo de propaganda o de no propaganda y otro de precio o de sin precio. Un maleficio de navajas y alfileres, de fotografía envuelta en tu propio pelo, de tus uñas clavadas al símbolo representativo de tu cuerpo, aparece cuando tratás de arreglar una gotera en el canal de la cañería que se atascó. Un sueño de anotaciones inconclusas en que te amarran a una ventana muy alta y te empujan hacia el abismo que no antecede a tu mejor día.

Se siente llegar porque el día es una jornada de cosechas en que a veces se escribe un poema, se ofrece un café al amigo que te da un masaje de amistosa solidaridad, se tiene una conversación grata, se logra confesar lo que pesa, se ve el cielo tan claro y lúcido, tan compañero, se alcanza un mensaje y se contesta muy cordialmente, se abren las ventanas a la limpieza del viento. Entonces ya no te parece nada absurdo, ni te asustan los ruidos ni te repugnan las miradas pegajosas, estás dentro de tu tino ritual y luminoso, en la soledad de tu propio respeto.

Se siente también que se camina junto a alguien muy bueno, muy noble, por un río perfumado en que no hay sobresaltos ni malos entendidos, sólo un encuentro de ojos directos y francos, incapaces de mentir, de engañar, de aparentar lo que no son, y con esa gracia del árbol mecido por el viento se bendice el momento.

VIII

Adivino, adivinando. ¡Qué juego universal! Y estás adivinando siempre, igual que los niños que te repiten incansablemente la estrofa que se saben para pillarte ignorante:

“Livianito como hoja
capaz de llevar el viento.
Nadie conmigo se enoja;
tengo peso y no lo siento”.

Adivinás los estados de humor, los pasos de otro, el revés de la página, la carta íntima, ese raro perfume, esa soledad de la desfachatez, lo que pasó ayer en tu ausencia, lo que conversan en la mesa de la esquina, lo que esconde el discurso.

“Te la digo
y no me entendés
te la repito
y no me comprendés”.

“Siempre quietas
siempre inquietas;
durmiendo de día
de noche despiertas:
las estrellas”.

“Yo vi cien damas hermosas
en un momento nacer
ponerse como una rosa
y en seguida desaparecer:
las chispas”.

“Blanca nací, blanca fui
pobres y ricos
no comen sin mí:
la sal”.

“Fui al mercado,
me enamoré de ella,
la llevé a la casa
y lloré con ella:
la cebolla”.

El juego de la vida se juega con alegría y con ingenio, sin embotarse de premoniciones menos de prejuicios. El juego en que se mide la capacidad de detenerse en las palabras, dejar de adivinar y pensar en el tablero de la lógica:

“Oro no es,
plata no es,
quien no adivina
bien tonto es”.

Por la anona, la candela, la gallina, el hoyo, el pedo, el aguacate, el huevo, el hambre pasan las adivina adivinando:

“Verde por fuera, blanca por dentro
con unos negritos
bailando en el centro”.

“Una dama muy delgada
de palidez mortal
que se anima y se reanima
cuando la van a quemar”.

“Una señora muy aseñorada,
con muchos remiendos,
ninguna puntada”.

“Cuanto más se le quita,
más grande se hace”.

“Entre peña y peña,
periquito sueña”.

“Agua pasa por mi casa,
cate en mi corazón”.

“Una cajita blanquita
como la cal.
Todos la saben abrir,
nadie la sabe cerrar”.

“Adivina adivinanza
¿cuál es el bicho
que pica la panza?”

¿A que no sabés una cosa?, es muy distinto a la adivinanza, porque en la primera anda montada la curiosidad y en la otra va la sonrisa. No en vano se ve al toro en un lenguaje de lenta observación poética:

“Dos torres altas,
dos miradores,
una quita moscas
y cuatro andadores”.

La adivinanza se extiende como un crucigrama, dispuesta a participar, con una invitación muy abierta al complemento. Un ingenio anónimo de pueblos enteros que crearon mitos, vivieron historias, se reunieron alrededor del fuego, buscaron pasatiempos y crecieron afirmando el lenguaje del entendimiento:

“No tiene alas y vuela,
no tiene dedos
y usa anillos”.

Adivina, adivinando.

IX

¿Existen los finales felices? Creo que sí. En el fondo todo final es feliz, porque coincide con un destino, un diseño, una medida y una transformación dentro del tiempo. Sin embargo nos confabulamos para cambiar un final que no nos parece feliz dentro de nuestros infantiles conceptos de felicidad, introducidos por inventos de adultos frustrados y bastante limitados. Recuerdo que yo cambiaba los finales de las llamadas películas tristes, que viéndolo bien eran las únicas realmente alegres porque a las otras que terminaban con un beso o un encuentro si se seguían rodando iban a acabar con la muerte de alguien, con un accidente, con una traición o con una amistad.

Lloraba mucho cuando el final no era el que quería, pero más que los amantes separados por la muerte, por la traición, me impresionaban los perros víctimas del sacrificio o los hermosísimos caballos que después de grandes hazañas terminaban cargando un carretón en manos de gente desconsiderada. En esos espectáculos yo inventaba mi parte, el caballo volvía a ser el potro juvenil bien cuidado, el perro se sacrificaba pero salía vivo de su hazaña, tal vez con algún rasguño, herida muy curable en corto tiempo.

No puedo negar que lloraba los amores truncados, los entierros de gente sacrificada y buena, los hijos que retornaban cuando ya era demasiado tarde, la historia de los grandes que fueron ignorados por sus contemporáneos, los huérfanos perdidos en los relatos sensibleros,

hechos para no cansarse de llorar. Pero nunca me atreví a cambiar los finales, es más con frecuencia no lloraba porque a la mitad de la película ya se sentía que la tragedia era inevitable.

Por la época de mi fiebre de cine, pues ahora carezco de ella y sólo veo lo que es muy polémico o muy admirado, estuve locamente enamorada de Tyrone Power. Mi cuarto estaba lleno de sus fotografías como pirata, como zorro, como galán, como soldado y nunca pude soportar que le pegaran, lo hirieran, inclusive que lo mataran de enfermedad o de accidente. Le tenía unos celos espantosos a todas aquellas muñeconas rubias o muy blancas pelinegro que lo besaran y lo amaran. Por dicha en esa época la discreción imperaba y no había escenas de cama, apenas un abrazo, un baile y un beso. El argumento, por lo general, empezaba con un rechazo del actor, la tipa del cuento tenía su novio y otra posición social, el pobre felizmente era desdeñado, luego de una serie de peripecias ella descubría que lo amaba, cómo no amarlo con ese garbo y con esa nariz y esos ojos y ese pelo manso, por lo que al final sólo había la toma de un medio beso por sobre rótulos que empezaban con el end y los repartos.

¿Cuál fue el actor que por esa época te gustaba más? ¿Cambiabas los finales?

X

En los espejos, aun en los más íntimos y personales, se mira tanta gente para observar

con cuidado su aspecto, hacer el inventario de su apariencia y denunciar confidencialmente rebeldías y temores. Así logran guardar una gran cantidad de secretos que se comparten en un ceremonioso intercambio de preguntas y respuestas sobre lo que nos da y nos quita la vida.

Frente al espejo de mi dormitorio me confieso aficionada a viajar entre recuerdos y sueños.

Once partes de una obsesión

I

La vio apenas un instante, bella, serena y elegante, y supo que esa mujer sería su perdición. Ella cruzó la calle con un andar que parecía de puntillas, tomó su carro y se marchó a máxima velocidad. ¿Por qué no la había visto antes, en esta ciudad tan llena de conocidos y de parientes cercanos y lejanos? Era una extranjera pensó, el automóvil último modelo le sugirió que podía ser una diplomática o la esposa de un funcionario internacional. No era un hombre aficionado a salir a las calles en búsqueda de caras bonitas o de cuerpos despampanantes. Discreto, comedido, bien equilibrado, ponía su empeño en ser buen padre y mejor esposo porque para él la familia era el centro de su vida.

Quiso olvidar a esa mujer, pero no pudo, se le había metido adentro como una obsesión.

II

El segundo encuentro fue tan fugaz como el primero. Sucedió en un supermercado, él entraba y ya ella estaba frente a la cajera pagando su cuenta. Notó los finos rasgos de su cara, su palidez y aquellos ojos negros de los que se desprendían verdaderos brillos. Su corazón se aceleró y las manos le temblaron. Intuyó que la había conocido en otra vida o en la infancia de la que tantos sucesos se nos olvidan. Ella no lo determinó a pesar de su mirada insistente, casi descarada. Con unas manos largas, muy cuidadas, guardó los paquetes de las compras, con pasos sobrios como si fuera una modelo muy segura de sí misma tomó el camino de la salida. Con un gesto de haber olvidado algo, que nadie percibió ni le importaba, la siguió. Vestida de azul, su color predilecto, en el estacionamiento la esperaba un chofer uniformado quien con suma cortesía le abrió la puerta. Se trataba de un carro diferente, uno de esos que vale un capital, su vestido selecto, sus zapatos de cuero, su cartera sin duda italiana, así como las joyas que llevaba encima, hablaban de por sí sobre su riqueza y holgura. ¿Por qué le gustaba tanto esa mujer y qué diablos tenía que ver con él? Es verdad que no era la tradicional, demasiado elegante para serlo, dueña de un halo misterioso que lo atraía hasta hacerlo olvidar a qué había venido y cuál era su misión más tarde.

III

Mientras ojeaba una revista en el consultorio del dentista para someterse a la limpieza de rutina, apareció ella y se presentó ante la secretaria para enseñar su cita. Sólo dijo buenas tardes y extendió la tarjeta, después se sentó a su lado, lo que le obligó a sostenerse las piernas que le temblaban de nerviosismo y emoción. Ella sonrió, él contestó la sonrisa. Ahí estaba presente su oportunidad de hablarle, pero con la mente en blanco no se le ocurrió tema alguno, salvo el deseo de saber algo sobre su persona, aunque podía preguntar libremente al odontólogo, quien fue su compañero de estudios y le tenía aprecio. La secretaria la pasó al ratito, pues su atención requería prioridad. Cuando ya estaba con el doctor, preguntó quién era esa mujer tan bella, me dijo que no sabía, era su primer consulta, una cliente nueva. Además, se atrevió a comentarme que no le parecía bonita pero sí elegante y de buen porte. Cuando le tocó su turno casi la atropelló por la prisa y por la sedienta curiosidad. Sin saludar siquiera, dijo quién es esa belleza. Tranquilo muchacho, no es una mujer para vos, está casada, tiene dos hijos y vive en su caserón que ni en sueños te lo podés imaginar. ¿Es de aquí? Ni de aquí, ni de allá, se pasa viajando de un lado para el otro, tiene apartamento en Nueva York, casa en Suiza, una quinta en la isla de San Fernando. ¿El marido qué hace, además de adorarla? Inventó cualquier babosada para computadoras y le llueve el dinero a montones, además tiene un laboratorio en Dallas que dedica a

nuevos inventos en diferentes campos, no lo conozco, no viene mucho por estas tierras que no le gustan, le parecemos patanes, ignorantes, gente que cuelga polvo. ¿Quién te contó todo eso? Algunas ella, muy resentida por sus opiniones, pues se siente vinculada a nuestro país y a sus montañas, como mujer de buen gusto prefiere el campo a las ciudades, que por cierto se han hecho muy feas y violentas. ¿No sabés nada más? No y cuidado te vas a engatusar con ella, porque tenés una esposa muy buena. Ahora a sentarse y abrir la boca.

IV

Así averiguó que prácticamente era una mujer separada, que vivía con sus hijos en el campo, por lo que alguna esperanza de acceso se le albergó muy adentro. Se imaginó su soledad, aunque a lo mejor permanecía rodeada de amigos, de fiesta en fiesta, reclusa de una vida social bastante frívola. Pero, no le parecía una señora superficial, más bien la imaginaba profunda, con un libro en la mano, con tareas como la de cuidar flores y la de reparar arreglos de mesa y de rincones.

Por ese entonces había descuidado totalmente a su familia, llegaba muy tarde a su casa, hablaba muy poco, se quejaba constante y agriamente de tanto trabajo, los fines de semana no quería salir salvo que fueran a visitar los alrededores de la capital en su pesquisa de una casa señorial en medio de jardines y bosques.

Su esposa se preocupó por él, le pareció acalenturado, le daba la impresión que se había metido en una especie de delirio dentro del que a veces se despertaba con ojos de loco o de urgencias desconocidas. Había perdido el apetito y casi anoréxico padecía de gripes febriles. Además era alérgico a todo, al polvo, al papel, a los gatos, a los perros, a los pericos.

Dispuso volver al consultorio para preguntar por su nombre, teléfono y dirección. Delgado y pálido apareció frente al escritorio de la secretaria para saciar sus indagaciones. El pretexto: había tenido un accidente de carro con ella, que ni siquiera se dio cuenta de los daños que hizo a su vehículo. Quería arreglar aquel incidente tan desagradable. Así averiguó nombre, teléfono y dirección.

V

Comenzó la historia de los timbrazos telefónicos, que recorrían salas, estancias, corredores, comedores y cocina. Nunca contestan los ricos, se comentó a sí mismo, sin saber que para evitar majaderías y números equivocados la gente acomodada usaba claves de tres timbrazos seguidos para atender el teléfono.

Rondaba la propiedad hasta que logró hacerse amigo del jardinero, hombre lacónico y prudente que se negó a comentar lo que pasaba en la casa de su ama, señora muy callada y celosa de su intimidad, sólo salía para hacer compras y

acostumbraba caminar con sus perros cuando había avanzado la tarde.

Su esposa se puso furiosa cuando dentro del sueño profundo empezó a llamar a una tal Laura, a quien no conocía y tampoco existía pariente alguna en la familia de él y en la suya con ese nombre. A la mañana siguiente con rabia incontenida disparó las preguntas usuales: ¿Quién demonios es Laura? ¿Qué tiene que ver con vos? ¿Dónde la conociste? El, aturdido y nervioso, contestó que no sabía ni la conocía, que ese nombre no le decía nada, podía investigar su pasado para encontrar que nunca hubo una Laura en su vida. Ella, ni corta ni perezosa, indagó entre sus papeles, nada excepto facturas y libros de contabilidad. Visitó su oficina y entre las mujeres que trabajaban no había Lauras.

Preguntó a parientes y amigos, nada salvo algunas menciones a Lauras muy ancianas y muy chiquitas con una reputación a prueba de fuego. Pagó detectives para ahondar el asunto y para que lo siguieran paso a paso, pero no hubo información sobre engaño y otra mujer.

Desalentada por la falta de información y por aquel nombre que mencionaba una madrugada sí y otra no, decidió no volverle a hablar, tratarlo con la mayor indiferencia y crearle el ambiente más frío posible en la casa y en el resto de la familia.

Él no se preocupó mucho, impasible pensó que Laura estaba muy bien escondida en el anonimato del anonimato de un amor oculto y enraizado en el centro de sus pensamientos y sentimientos, donde era dueña absoluta de su corazón.

VI

Sin otro aliento que el de encontrar pistas de Laura y el verla de lejos o de cerca, siguió utilizando las llamadas telefónicas que rara vez se atendieron para informar que estaba ocupada o no quería que la distrajeran por el teléfono. Pensó que quizás leía en ese momento, tal vez escribía sus memorias o acaso pintaba un cuadro. Las mujeres muy profundas no tienen tiempo que perder, siempre están muy ocupadas en sus quehaceres mentales y en sus reflexiones sobre la vida y la muerte.

También siguió rondando la mansión, algunas veces con suerte porque la veía salir en su carro rumbo a la ciudad y otras con muy mala porque se desvanecía en los bosques, entre las paredes de su casa y sólo oía unos ladridos de saludo y bienvenida.

Le envió flores, ramos del mejor gusto, sin tarjeta, con la misma leyenda: a la mujer más bella del mundo. En la floristería le informaron que sus atenciones resultaban vanas, porque sistemáticamente les devolvían los arreglos. ¿Qué hacer, Dios mío, ante lo imposible?

Su esposa decidió que abandonara la casa, ya no lo aguantaba, encerrado en su neurosis, con amores ajenos a la familia, quién sabe envuelto en qué enredos porque dejó de llevar dinero a la casa, se olvidó de pedir las notas a los niños y cuentas a ella sobre si había salido, qué hizo durante el día y cuándo le tocaba ir al salón de belleza.

Él se fue liviano, sintió que le levantaron las anclas y desataron las amarras, para irse libre de tanta carga y de tantas responsabilidades en busca de un sitio más cercano a su amada, quien le deparaba alegrías instantáneas, largas melancolías y punzantes dolores. No se atrevió a volver hacia el pasado, no valía la pena, era ese tiempo inútil en que se fueron sus mejores años y empeños, sin ilusiones, sin más esperanza que envejecer para que florecieran otros en su perdida memoria. Sólo estaba seguro de que jamás había estado enamorado como ahora, en esa lucha constante que sin querer le imponía esa mujer imposible.

VII

No se dio por vencido, un camino fácil para los que se acobardan ante la primera derrota o frente al último desdén. La vida a veces resulta una combinación de estados de ánimo en que se asoman por ratos la esperanza con su poder de iluminación, el frustrarse con sus nebulosas telarañas y el pesimismo con el cierre de puertas y ventanas. Siempre hay un lugar por donde se puede alcanzar la luz, es un juego del deseo y de saber esperar, pensó mientras escribía el nombre de Laura hasta llenar esa página que antes estuvo en blanco.

Leía con avidez los avisos económicos porque no había vuelto a ver al jardinero, quizás lo despidieron y se le podía presentar una oportunidad de trabajar con ella, lo que representaba para él la máxima felicidad.

No salió aviso alguno en la columna de ofertas de empleo que se pudiera identificar con las necesidades de Laura. Llamó por teléfono para ofrecer sus servicios, pero le dijeron que la señora estaba en el extranjero y esperaban su regreso para sustituir al trabajador, quien después de muchos años con ella se había acogido a su pensión. Nunca lo trataron con más amabilidad y amplitud, lo que le adelantaba un buen augurio para alcanzar así su sueño de estar cerca de su señora.

VIII

Se fue preparando para el empleo, leyó libros sobre jardines y bosques, se compró ropa adecuada para el oficio y empezó a soñar con su presencia entre los árboles, por las veredas del jardín y por anchos corredores que rodeaban la mansión. Supo que lo iba a tratar con dulzura y le daría instrucciones con su voz musical, inconfundible. En otras partes de sus sueños aparecían escenas íntimas, que le daba vergüenza recordar al despertarse porque Laura no era una mujer fácil que podía irse a la cama con un jardinero, menos había derecho de abrazarla con lujuria mientras ella se mantenía tan ajena a sus intenciones y caricias. En el inconsciente de su dormir podía salir toda clase de atrevimientos pero había que recobrar la fuerza de la decencia para mantener el equilibrio del respeto. Era un hombre que creía en la prudencia y la moderación, por lo que se

esforzaba en ordenar sus apetitos desenfrenados, aun de noche y dormido.

Llamó en enero y la señora no había regresado, volvió a llamar en febrero y le dieron una cita para el cinco de marzo a las dos de la tarde.

Ya antes había firmado los papeles del divorcio, en que admitió su infidelidad, su descuido con la familia y renunció a la patria potestad. Su esposa hablaba pestes de él, cosa que no le importaba pues en el camino hacia el encuentro con lo imposible, hay que aprender a despojarse de seres, bienes y cosas que estorben los pasos.

IX

Acudió a la cita con Laura con el pelo bien cortado, muy limpias sus ropas, embetunados los zapatos y con un ligero temblor en las manos le entregó cinco cartas de recomendación, falsas por supuesto, en que se enfatizaban sus habilidades como jardinero, su honradez, su responsabilidad y su espíritu de servicio. Ella las leyó en silencio, aunque varias veces levantó sus ojos, esos ojos tan relampagueantes, para ver si coincidía lo expuesto con la cara de aquel hombre pálido, silencioso, educado y aparentemente bueno. Cuando le entregó su expediente de referencias, ya más tranquilo y seguro, ella le comentó que era raro que un profesional universitario, graduado en economía, con experiencia en trabajos especializados, quisiera cuidar un jardín y un bosque, así como bañar una vez al mes a sus perros y cepi-

llarlos temprano en la mañana. Él le confió que siempre había soñado con encargarse de esas tareas, desilusionado como estaba de su profesión, sólo útil para complicarle la vida a ricos y a pobres, a países y regiones. A sus abreviadas explicaciones siguió una súplica: deme oportunidad de volver a la tierra, de convertirme en un ser completo para dejar de hacer cálculos y valorar la moneda.

Ella lo miró con curiosidad, después le dijo que terminaba la entrevista, lo iba a pensar y le avisaría, además le pidió su dirección para comunicarle su decisión. Él intuyó que era el punto final para aquel devoto amor a su belleza, su gracia, buen gusto y admirable guapura.

X

Después de dos semanas de espera en que se apuntó en la lista de los olvidos, llegó el chofer de la señora con el recado escueto de que se presentara el 16 a su trabajo de jardinero, que se llevara sus cosas, él lo esperaría, pues lo iban a alojar en el alto de las cocheras donde serían compañeros de un dormitorio dividido en dos por una liviana pared.

Encontró el cuarto muy cómodo, con amplios ventanales, una cama suave y generosa, ropa blanca de calidad, una cobija gruesa, mesa de noche, estante para libros, una mecedora y un escritorio antiguo de olorosa madera. La señora, además de muy señora y de mujer espléndida, no

regateaba facilidades a sus trabajadores. La única limitación era un baño compartido con el chofer, pero él lo resolvería levantándose muy temprano.

Se le acercó por detrás cuando estaba muy distraído en la poda, lo que lo asustó un poco. No se sobresalte, hombre, sólo vine a que recorramos el jardín y el bosque para darle instrucciones, enseñarle donde se quema la basura y algunas plantas que requieren cuidados especiales, le dijo con un tono de bondad que la hermoseaba aún más.

Caminando junto a ella, se sintió navegante en el mar iluminado de sus devaneos y de sus ilusiones. ¡Cómo había sido posible este acercamiento al paraíso! Más que realizado y triunfante, se creyó parte de un sueño que ella se había atrevido a soñar.

XI

Lo que no logra el tiempo, no lo logra nadie, el tiempo aporta confianza, acercamiento, aprecio, afecto, intercambio de consideraciones y respetos mutuos, como en una amistad íntima siempre ávida de encuentros y flujos de secretos y confidencias interminables.

Ella tomó la iniciativa, siempre esgrimen los inicios las mujeres que seguras de sí mismas olvidan su belleza y se visten de humildades en que subliman orgullos y vanidades, para volverse parte de la naturaleza. Laura podía ser una rosa, una camelia, un clavel, una cala, un azahar o un

perfume que retoma la fuerza de la humedad. Pronto le pidió que cuando estuvieran solos la llamara Laura, así de simple y así de magnífico, porque no era un jardinero más sino un profesional en ese oficio y en otros, por lo que creía que eran del mismo rango y clase social, tal vez él un poco más excéntrico que ella, incapaz de dejar altas ocupaciones para decidirse por otras más bajas en las escaleras que diseñan y construyen las sociedades, tan acostumbradas a los ascensos y descensos de las gradas sociales.

Luego se interesó en su vida, en sus experiencias, en su pasado, en sus amores, en sus amigos y en su familia. Él contó lo que era conveniente a su imagen de soñador, casi poeta, que con mucho empeño y arte logró incrustar en su recuerdo.

Cuando a Laura le tocó el turno de sus propias confidencias, le habló de su soledad tan estéril y viciosa, de su marido maniático, atrapado en inventos reales, imaginarios, imprácticos, cómodos, un hombre egoísta con la cabeza frígida para lo que fuera sexo o interés en los demás, un señor atrapado en la manía de un reloj que no sabe contar el tiempo. La quería a su estilo, mejor mantenerla lejos que cerca, pero era generoso y no escatimaba con ella lujos y extravagancias, aunque nunca pudo abusar de sus deseos para que se apasionara por los excesos. Siempre le gustó la medida y pasar inadvertida, como una paloma en el alto campanario de ser una mujer imposible para un hombre posible.

Al oír esto, él levantó la cabeza desde un montículo en que trataba de sembrar unas begonias rojas, pues comprendió que nunca fue una obsesión ni un definido designio, apenas el eco de alguien que quiso perderlo y lo llevó hasta las posibilidades de la superación y de la felicidad.

Laura le sonrió y lo besó con una concentración increíble. Ya estaba dicho, lo que no da el tiempo no lo da nada, la única técnica es soñar, tender redes de esperanza y confiar que en el momento menos pensado se realiza la metamorfosis de lo imposible en posible.

Doce partes para armar un rompecabezas

I

Le gusta ganar, eso lo confiesa con gran apertura y añade que nunca emprende un juego difícil por el temor de no entenderlo y el riesgo de una pérdida. Por esa debilidad tantas veces confesada, los amigos le dan muchas bromas y le proponen competencias escabrosas plagadas de dificultades. Algunas de ellas resultaron en la terminación de la amistad, como cuando le regalaron un naipe incompleto para armar un solitario que necesitaba la baraja entera. Estuvo durante muchas noches en pleno desvelo en el intento de organizar con orden y éxito las cartas, hasta que se dio cuenta de la ausencia de una jota, un nueve y un dos. No les volvió a hablar y los echó de su casa. En el apunte de ganar, para tener esa sensación de goce que le abría la luz en el camino oscuro que obstruye la capacidad mental, nunca admitió hacer jarana, porque el juego es el juego legítimo, sus reglas deben respetarse, sin evadir su más estricto cumplimiento. Además cree

que ganar tiene un valor especial en el equilibrio de conocer cómo se acomodan en lo incierto la buena y la mala suerte. Trataba el dilema con el equilibrio de lo decidido en alguna parte desconocida, fuera de su alcance y de sus posibilidades, porque las decisiones no las toma el jugador, más bien vienen de los que organizan desde arriba los juegos en que gastan su tiempo los humanos.

II

Sabe que hay muchos juegos en el mundo, unos de amor, otros de guerra, bastantes de desafíos y los más de engañarse a sí mismos, en ese supuesto de que se abre una puerta y se sale por otra sin haberse movido. Los amorosos no sólo se tienden en la cama, están presentes en los gestos, en las consideraciones, en el respeto, en la división igualatoria entre derechos y responsabilidades, especialmente no olvidar que el afecto requiere que se manifieste, se haga evidente en una costumbre sin fin. Los bélicos parecen pantomimas de pandillas, un bando contra otro, la opinión de que participan unos que son buenos y otros muy malos, la diferencia estriba en los trágicos y masivos costos humanos y materiales, así como de recursos naturales, que resultan de las guerras. Los de desafíos prueban habilidades y destrezas, el más popular y el que llueve alegrías y frustraciones a gran parte de las poblaciones, es el de fútbol. Los de engañarse a sí mismos poseen

un marco de teatro porque se admite el disfraz y el ser por un rato otro personaje que usa palabras prefabricadas, se mueve en una escenografía de disimulos y camina como se lo ha ordenado el director de la obra. Hay juegos solitarios y otros que necesitan compañía. En los primeros el alma se desdobra en un diálogo silencioso que pregunta y no responde, porque el desatino se pasea en el campo de los caprichos. Los que deben ser acompañados, se envalentonan con el intercambio de miradas que suben dudas sobre capacidades y fortunas. Hoy le regalaron un rompecabezas de cinco mil piezas, tamaño trabajo le va a dar, porque no tiene muchos colores y está poco dibujado, un mar sin orillas por el que navega un pequeño bote.

III

Empezó con su técnica de iniciar el relleno de un rompecabezas, porque para cada juego buscaba un método que le asegurara ganar la competencia. En el dominó procuraba bajar las mulas porque después podrían quedar ahogadas y ya era imposible salir de ellas, sacaba las cifras más altas para aliviar su carga y si perdía el número de su mano no fuera muy alto en su contra. Más tarde trataría de poner fichas con igual terminación para hacer pasar a uno de sus contrincantes, claro que antes contaba los números que habían salido y tener seguridad de que su reserva era suficiente. Siempre que los otros estuvieran bien cargados, se

animaba a cerrar la partida, para oír el conteo de puntos con abierta complacencia. En el ron tenía preferencia por las cartas bajas, pues le daban garantía de perder poco. En el póker, cuando se trataba de jugadores que no lo conocían, se aficionaba al bluf con el fin de triunfar en su engaño con el respaldo de una buena apuesta. Para el rompecabezas buscaba las cuatro esquinas y las partes con bordes rectos para ir formando el marco, que con algunos vacíos resultó más ancho que la mesa del comedor.

IV

Con una desbordada paciencia procuraba que las piezas calzaran en grupos de dos, tres y cuatro, mientras se recetaba cautela, no era cosa de forzar y precipitarse en el engaño.

Estuvo haciendo cálculos y decidió construir un mezanine en la sala, al que subiría por la escalera con que cambiaba los bombillos.

Ya construido empezó a trasladar las piezas unidas o separadas del rompecabezas. Juntó las rojas y las blancas para formar el bote y sus velas. Pronto lo consiguió y lo puso a la distancia que señalaba la fotografía de la caja.

V

En el mezanine hacía un calor sofocante por la cercanía con el techo. Pensó en dos soluciones:

comprar un ventilador de bajo alcance para que no fomentara el desorden o encontrar una esposa dispuesta a abanicarlo. Escogió la segunda y salió a la calle en busca de una mujer. Esa noche tuvo muy mala suerte, las que encontró estaban casadas o tenían compañeros. Avanzó poco en el rompecabezas, seguía con los vacíos en el marco y con pocas juntas de piezas que calzaban. Se hizo un itinerario para conseguir pareja: discotecas y bares, en que él creía se dispersaban los esfuerzos en procura de pasatiempos y aventuras. Tampoco tuvo suerte porque ellas andaban acompañadas de varones o en grupos de mujeres que asustaban con sus estruendosos parloteos. Caminó por las calles con muchas boutiques y nada, casi todas estaban vacías. Visitó los parques pero las mujeres estaban demasiado ocupadas para sentarse en sus bancas.

VI

Fue un domingo que se le ocurrió la brillante idea de ir a misa y buscar su pareja. En los ritos religiosos hay tiempo para observar a la gente, contemplar cómo se levantan y arrodillan, incluso recibir su abrazo de paz. Además se da la oportunidad de adivinar caras desde la espalda, lo que representa el mejor juego de adivinanzas, entonces la vio muy derecha, delgada, un tanto encogida de hombros, detalle que le encantaba porque le parecía un gesto de entrega y una buena disposición a la caricia. Le atrajo su pelo negro y lacio,

por lo que le imaginó una cara de virgen, la supo morena clara y recatada, con una seria alegría naciéndole en los ojos. Estaba dentro de esas imágenes, cuando la misa terminó, la muchacha se arrodilló y se persignó devotamente, para voltearse y desplomarle con precisión algunas de sus suposiciones porque era blanca, muy blanca, más de lo que le gustaba. Además su nariz era demasiado larga, un tanto torcida y caía en forma de gancho sobre una boca con labios de almohadas. Le resultó poco agraciada, pero el calor y las dificultades del rompecabezas lo animaron a abordarla. Empezó con el quisiera conocerla, deme una oportunidad, vengo con buenas intenciones. Ella lo miró con frialdad y siguió su camino.

VII

El saber insistir siempre produce buenos resultados y él era experto en la insistencia, como lo demostró su trabajo, no ya juego, ante el rompecabezas que hacía honor a su nombre. Necio y majadero recorrió su calle con la esperanza de verla, persistente dejó cartas de amor bajo su puerta y terco la llamaba por teléfono día y noche. Concedor de que los esfuerzos no siempre son en vano, buscó amigos comunes para enviarle recados y comunicarle su terrible enamoramiento. Ante ese verdadero acoso, ella aceptó recibirlo en su casa, siempre que supiera mantener las distancias y respetara la necesidad gradual de conocerse antes de dar un paso hacia el noviazgo. El llegó

bastante nervioso, pero feliz por su victoria. Le llevó un regalo, por supuesto un abanico.

VIII

Se fueron conociendo con relativa prontitud, ella lo encontró muy ingenuo, casi iluso, pero con una simpatía sonriente capaz de instalarse en cualquier corazón. Cuando le habló de sus juegos, de sus pasatiempos, de sus sanos entretenimientos y de sus estrategias para lograr la buena suerte y ganar casi siempre, ella se dio cuenta de que era un niño grande que despertaba la gracia de sus sentimientos maternales. A él le gusto su discreción, su austeridad y la forma grata en que lo atendía siempre con café y deliciosos pasteles hechos por ella. Además su familia era acogedora y lo trataba muy bien. Cuando vio que todo andaba perfecto, pidió hablar con sus padres para pedirles su mano, porque creía en las formalidades pasadas de moda. A estas alturas el rompecabezas permanecía paralizado, lleno de enormes vacíos, porque él ocupaba su tiempo en las visitas a la novia.

IX

Fijaron la fecha de la boda al azar, como si se tratara de un juego. Pusieron en una rueda los días y meses que faltaban de aquel año, le dieron varias vueltas, con un dedo de ella y otro de él,

ambos muy juntos, la pararon en seco. Resultó un domingo 7 de julio, lo que les pareció ideal y una señal de que debían jugar lotería con el número 77.

X

Poco antes de la boda le habló del rompecabezas y la invitó a su casa para que lo conociera. Se calló el hecho de que era el móvil de su matrimonio y del regalo que le hizo del abanico. No creyó prudente cargarla de obligaciones antes de casarse. La llevó a su casa y la subió al mezzanine. A ella le pareció una legítima extravagancia, pero no dijo nada porque ya vería más adelante cómo deshacerse de esa manía. Con una fe digna de una mejor causa, él creyó que muy rápido le había entusiasmado el juego.

XI

Ya casados, al regreso de la luna de miel, él se puso a cooperar con el aseo, a ayudar en la cocina y acariciarle los hombros con una asiduidad que la cansaba. Más tarde, con un tono de exagerado tinte meloso, le propuso subir con el abanico y jugar con el rompecabezas que era un desafío, una reunión apretada de dificultades y un dilema que requería lo más firme de su fina inteligencia. A pesar de que ella se opuso a ayu-

darle porque tenía otros oficios urgentes que hacer como ordenar los closets, sembrar algunas plantas, planchar la ropa que se pondrían mañana, él fue tan insistente, terco, majadero, persuasivo y tenaz, que acabó complaciéndolo y empezando aquellas jornadas que le robarían horas de la mañana, de la tarde y de la noche, para abanicar a su marido que apenas si lograba unir un trío de piezas.

XII

Ella llamó a sus padres, ya estaba agotada, no sabía cómo salir de las manías, su voluntad estaba tan lavada como las piedras de un río, no podía resistir más exhausta y con un cansancio enfermizo. Los llamó con urgencia porque su caso era grave. Llegaron enseguida con un aire de alarma y muy asustados. Ella les confesó que no aguantaba a su marido, ya no lo quería, más bien lo odiaba. Su oficio era abanicarlo en ese mezanine de mierda por esa escalera que le afeaba miserablemente la sala, mientras él componía despacio, casi a paso lento, un maldito rompecabezas. La trataron de calmar y de consolar con el hecho cierto de que había en este mundo casos peores de verdaderos malos esposos, pero ella no dejó de gritar, de llorar, hasta alcanzar las convulsiones. Decidieron llevársela a su casa, mientras hablaban con el yerno y convenir con él la salida de la escalera, del mezanine y del rompecabezas. Los argumentos que esgrimieron fueron vanos, estaba con-

vencido de que su misión era armar el juego y casi sin percibir su propia confesión les contó que se había casado con su hija con el único propósito de que le ayudara en la composición del cuadro: un mar azul sin orillas por el que iba inmóvil un bote rojo con velas blancas.

Ahora se está tramitando el divorcio y el juez no puede entender que el motivo sea un rompecabezas, por eso recomienda que se alegue el mutuo consentimiento. Él, verdaderamente furioso por la pérdida de su ayudanta, decide deshacer el mezanine, sacar de la sala la escalera y recoger las piezas del rompecabezas en una bolsa grande de basura. Con paso firme y apresurado llega hasta la casa de la que va a ser su ex esposa, toca la puerta y deja la bolsa cerrada con ese recado tan desafiante: a ver si sos capaz de armarlo.

Trece partes de un amaneramiento

I

No me vistieron de niña en mi infancia y tampoco me peinaron con bucles, pava y colochos, pero me enseñaron a decir no gracias con la delicadeza de una adolescente siempre pronta a encender sus mejillas con timideces tartamudas, bien alfabetas. Me gustaron las ropas de las mujeres, las que acariciaba en el silencio de una noche sin luna delatadora. Mi madre era parca en gestos y en palabras, sabía que no resultaba propicio ese ambiente de mujeres que hablaban de modas, de superficialidades sobre el cuidado del cutis y del cabello, de las manualidades que estaban por empezar y de esos padecimientos mensuales propios de las mujeres. El las conocía por las voces, tan manipuladoras a veces, tan al punto de las lágrimas cuando eran oportunas, tan secretas como el cristal que se quiebra ante los ojos de los curiosos que se aficianan a las suposiciones. Sin saber cómo y por qué empezó a decir está bien con un tono de absoluto femenino,

mientras un gesto quebrado de manos y brazos recordaba un ademán de ballet.

II

Creció angosto, amargo y violento como si desde muy temprano estuviera habituado al fracaso de sus esfuerzos, porque no siempre se le miraba de buena gana y por su espalda corría continuamente una sombra de desconfianza. Cuando terminó el colegio pensó en seguir estudiando una profesión que calzara con su aspecto, pensó en la biología pues le gustaban los animales, las flores y los injertos. Además prefería andar libre por los campos que recorrer las calles tan hacinadas de gente vulgar y grosera. Pero los estudios exigían hacer prácticas en campamentos con otros compañeros, lo que le daba terror porque tenderían a aglutinarse por miedo a estar cerca de él, seguros de que las desviaciones se contagian y para qué pasar un mal rato. No se decidió por el teatro ni la danza pues detestaba suponer los comentarios de los asistentes sobre sus maneras y andares. Rehusó la literatura porque a él con las miradas sospechosas y de burla que se hacían evidentes en las aceras, le bastaba para preparar una colección de libros sobre la miseria humana. Tampoco quiso hacerse profesor de nadie, quería rehuir cualquier contacto en que se confundiera con un degenerado.

Habló con su madre, le declaró que quería ser modisto, aprender diseño de estilos, corte de

ropa femenina y alta costura. Estuvo averiguando que Roma era una ciudad para ello, sólo necesitaba el pago de los pasajes porque él se defendería trabajando en algún taller. La madre le propuso darle sus ahorros, pero el padre se enojó mucho, dijo que ya lo habían educado como si fuera una mujer y ahora le iban a facilitar un oficio de maricón. Convencido de sus gustos y aficiones, empezó a diseñar en su casa, a visitar boutiques, a comprar telas que estaban de moda en París y en Nueva York. Cuando tuvo una colección completa la vendió a una boutique, la que pagó lo justo para el transporte a Ostia en un barco bananero.

III

Ya en Roma en una plaza de piedras y fuentes, vio a un joven tan hermoso, que lo deleitó enseguida. Era fino, espiritual, observador silencioso de árboles y flores. Con paso tenaz lo siguió por la ciudad y entraba en las tabernas en que él lo hacía. Pedía lo mismo: vino de la casa y fideos al ajillo. Una tarde en que notó que se sonreía con él, se animó a levantarse de su mesa para sentarse en su compañía. Me llamo Adolfo, vengo de Centroamérica y quiero ser modisto. Mi nombre es Camilo y soy poeta, creo que en el taller de mi tía hay una plaza libre, lo recomendaré, tome su tarjeta. Se encontraron en la taberna las tardes que siguieron, incluso las de los sábados y domingos. También visitaron museos, bosques vecinos y viejos edificios que recordaban a la antigua Roma

imperial. Hablaron de sus vidas, con tantas cosas comunes de incomprensión y de burlas. El italiano nació en Florencia y buscaba en Roma más libertad, un ambiente más amplio y esa luz tan clara de las ciudades próximas al Mediterráneo. Estaba viviendo con su tía en el alto del taller y ahí se podría poner otra cama, porque estaba encantada con su nuevo trabajador, tan mañanero, tan puntual, educado y servicial. Además, qué diseños buenos y originales, para aprovecharlo mejor lo iba a pasar al departamento creativo con la idea de presentar una nueva colección a principios de diciembre próximo, la mejor época para los desfiles y las ventas.

IV

Camilo se pasó a su cama con la mayor naturalidad del mundo y le enseñó antes de que llegara la medianoche lo que debía saber de los ajetreos que se dan cita en ciertos dormitorios. La sensación del placer se hizo presente cuando con más conocimiento, familiaridad y audacia, se atrevió a tomar sus propias iniciativas.

V

Con la colección ya diseñada, acompañó a la tía de compras, necesitaba encontrar las telas que se requerían para alegrar el invierno con vestidos gruesos de vistosos colores y adelantar el verano

con la gracia de lo suelto y corto. Tuvieron suerte, entonces Adolfo supervisó los cortes y las costuras, los ensamblajes y las modelos. Notó que Camilo cada noche entraba más tarde, de mal genio y muy cansado. Le hablaba poco y no se interesaba en la colección, eso era cosa de mujeres superficiales que se suben el ánimo con trapos nuevos. Le confesó que su oficio de modisto no le interesaba. Adolfo sufrió esa indiferencia y esos comentarios porque le quería profundamente, cualquier aliento de su parte lo estimulaba hasta la mayor felicidad. Compró para sus padres un cheque en dólares y les escribió que a su regreso a Costa Rica pondría una boutique, que podría ser una sucursal de la que una amiga suya tenía en Roma.

Habló con la patrona de sus proyectos y a ella no le pareció perder a su mejor modisto, él le prometió diseñar desde su país las nuevas modas, los patrones cortados, las explicaciones para su costura, la indicación de los colores y los tipos de las modelos. Ella le propuso un año en su país y otro en Italia; si aceptaba, ella pondría el dinero para la tienda. Ya convenidos con el trato, Adolfo firmó los papeles en la oficina de sus abogados.

Trató de convencer a Camilo para que lo acompañara, aunque aparentó interesarse y preguntó cómo era ese país, en dónde estaba, sólo lo hacía por distraerse con algunos datos que no le importaban. Un país pobre, agricultor, con una industria ineficiente y costosa, que compra más de lo que exporta, con un déficit fiscal enorme, con

un sistema de privilegios que agotan los recursos y un aparato burocrático capaz de agotar la paciencia propia y la ajena.

VI

Cuando ya tenía listo el viaje, Camilo se presentó con la sorpresa de que lo acompañaría porque le fascinaba visitar tierras extrañas, aunque fueran insignificantes y aburridas. Sintió en su voz un tono angosto, amargo y violento, ese tan común de fin de una aventura, de un amor que dice adiós y nunca más. Vio en sus ojos una necesidad de cambiar de panorama, de olvidar, de perderse en el horizonte.

VII

En la baranda del barco, Camilo lloró durante muchas noches y días, al fin decidió no ver para atrás sino para adelante. Estuvo amable con Adolfo, considerado, el joven sensible que había conocido y de vez en cuando escribía poesía. Sin embargo, le tenía desconfianza y resentimiento, lo sabía capaz de traicionar y dar una estacada por el más pequeño capricho egoísta. Se dio cuenta de que carecía de valores, salvo los del placer y los de hacer daño al abandonar compromisos y votos de lealtad.

Se preocupó cuando lo vio interesado en los detalles sobre la vida en el trópico porque a lo

mejor, como tantos otros europeos, tenía imágenes ignorantes acerca de un modo primitivo de ser por una parte tribus y de vivir por otra parte como salvajes semidesnudos en ranchos de paja. Pero se limitó a preguntar por ríos navegables, por los volcanes y su relación con los temblores, por temperaturas altas y bajas, por la humedad y las enfermedades más frecuentes, así como sobre la forma en que la juventud acostumbraba a divertirse, además de bares, cervezas y bailes. Adolfo respondió que no lo sabía, él acostumbraba pasar las tardes y las noches en su casa para aprender a diseñar y lo que pudiera sobre modas y tendencias.

VIII

Encontró la ciudad sucia y fea, sin amplios espacios libres, hacinada de gente con cara desesperada y de vehículos que no respetaban las reglas de tránsito, menos la vida de los peatones.

Una ciudad joven sin estilo, sin tradiciones, agotada en construcciones nuevas, con un crecimiento desordenado, casi caótico. Buscó en vano una perspectiva estética, porque en sus ojos estaba el reflejo de una Florencia rica en belleza y elegancia.

Adolfo lo llevó a un bar gay y en un instante lo perdió para siempre, se lo llevó un ganadero muy rico, dueño de una hacienda de arroz, banana y animales de pasto, que empieza en la montaña y terminaba en la playa. Le contaron que ya

montaba muy bien y había aprendido a arriar el ganado. Hizo una choza frente al mar y practicaba el buceo entre arrecifes y atolones.

Su ausencia lo envolvió en dolores, nostalgias, llantos en las noches cuando su familia no lo podía oír. Recordó cómo Camilo logró quitarle lo angosto, lo amargo y lo violento, lo había ampliado, lo hizo dulce y lo apaciguó por completo. Ahora se sentía casi un inválido sin su compañía y su aliento.

IX

Muy desanimado alquiló el local de la boutique, con una acentuada pereza diseñó el arreglo de ventanas, la decoración de la tienda y la distribución de los estantes. Cuando se recuperó de tan dolorosa pérdida, se dio cuenta de que casi todos sus esfuerzos y recursos no lograron originalidad ni tenían pistas de algo atractivo, bien hecho. Comenzó las modificaciones con un empeño constante que le robó el sueño y le hizo olvidar en gran parte a Camilo. Ya satisfecho con la obra, inició los diseños y comenzó la costura de los modelos por duplicado, unos para su tienda y los otros para Roma.

X

Logró muy pronto una clientela selecta y adinerada, a la que gustó su estilo europeo, cómodo

y original. En el bar de su preferencia, alguien le contó que Camilo estaba en peligro de que lo metieran a la cárcel, pues había dejado al finquero para seguir a un negociante de arte, también experto en falsificar pinturas coloniales, tanto que les daba la pátina del tiempo. Días después le pidieron una contribución para pagar su fianza. Adolfo se encargó personalmente de pagar todo su monto, pues se sentía un tanto culpable de no haberle contado que en su país la estafa, el robo y la trampa eran cosas cotidianas. Mientras tanto el negocio prosperaba, tenía fama de ser el mejor, se le consultaba para el diseño de ropa para la ópera y el teatro. Le llegaban encargos del extranjero y le llovían ofertas de trabajo. De Roma recibía cheques en dólares, quizás no tantos como los obtenidos por la venta de los vestidos, lo que no le preocupó porque era normal en ese negocio compartir las ganancias.

XI

Compró casa a sus padres, una residencia con jardines y piscina, en el barrio de moda, habitado por los nuevos ricos, esos llenos de privilegios y exenciones por la protección industrial o por el estímulo a las exportaciones de productos no tradicionales, unos también por estar engarzados en el lavado de dólares y otros que con pasaporte diplomático y paso libre por aeropuertos y aduanas se dedicaban al tráfico de drogas. Sus padres se sentían encantados y seguros, quién

les hubiera dicho que aquel amanerado hijo con un oficio tan femenino, les iba a deparar tantos lujos y comodidades.

XII

Al contado compró la propiedad donde instaló la boutique y había otros negocios, por lo que se convirtió en recolector de jugosos ingresos. Quién le hubiera vaticinado que su destino era el progreso y la ganancia fácil, cuando se sintió por mucho tiempo derrotado por dentro y de antemano. Por ese tiempo olvidó su precavido carácter de evitar encuentros innecesarios y molestos, que traían recuerdos de un pasado ya no válido en el presente. Supo que Camilo, llamado ahora Camila, había puesto una peluquería con su actual amigo, un francés de nombre Michel. Tenían fama de ser diestros en su oficio por lo que al poco tiempo emergieron como los peluqueros de moda. El alto precio de sus servicios, pues se consideraban especialistas, atraía especialmente a las familias del jet set. Adolfo le pidió a su secretaria que le consiguiera una cita al caer la tarde del sábado, cuando ya hubieran cerrado la boutique.

XIII

La noticia se la llevó la policía, Camilo y Michel habían sido brutalmente asesinados en la noche del sábado. Ambos con las tijeras enterra-

das cerca del corazón, tenían otras mutilaciones en su cuerpo, especialmente en sus órganos genitales, que el asesino cortó y dejó al lado de cada cuerpo. Alguien que sabía manejar muy bien ese instrumento tan peligroso, lo debe haber hecho, alguien así como un modisto. Además, él fue el último con cita ese sábado del crimen. También había entrado al país con Camilo, ambos unos cochinos homosexuales, que habitualmente son seres de terribles apegos, sed de venganza, celos horripilantes y tendencias a los crímenes pasionales. Ya sabían que pagó su fianza cuando pescaron a Camilo en el tráfico de cuadros falsos, que vivieron juntos en Roma, que viajaron en el mismo barco y que visitaban con frecuencia el bar gay para practicar sus lances de malas costumbres. Para qué más pruebas, era obvia su participación en el asesinato y en la orgía que lo antecedió, pues encontraron botellas de vino y rastros de marihuana.

Adolfo se sintió condenado con cierta lógica innegable, él que decidió con rígida voluntad faltar a la cita en la peluquería y se fue caminando despacio a su casa sin que algún conocido lo viera.

En la acusación que le cayó encima fue perdiendo prestigio, ahorros, inversiones, propiedades y familia, la que no quería saber nada de él. Fue condenado a treinta años de cárcel y ahí lo llaman con desprecio la pobre Adolfa.

Catorce partes de un abuso

I

Le anunciaron que vendrían a las siete y ella los esperó con impaciencia. A las 12 decidió acostarse y estuvo desvelada pues la acompañaron imágenes de accidentes y catástrofes, ya que de otra manera hubieran tenido la cortesía de llamar y avisar que se habían atrasado. Tocaron su puerta a las tres de la mañana y corrió a abrirla para encontrarse que no eran los cinco esperados sino diez. Debía improvisar camas y habilitar sitios para dormir, mientras ellos estirados en los sillones con los pies en alto confesaban su cansancio. Cuando terminó su labor completamente exhausta, le confesaron que tenían mucha hambre y le pidieron comida. Revisó la refrigeradora con la esperanza de encontrar alimentos rápidos de hacer y que llenaran. Preparó veinte huevos fritos y abrió una caja de galletas de soda. Cuando terminaron rápidamente, la miraron con esa exigencia de no hay más. Ella les dijo que estaba muy cansada y se iba directo a la cama, si alguien

quería otra cosa la cocina estaba libre para que prepararan lo que les apeteciera.

II

Cuando se levantó a eso de las nueve, con el silencio y la consideración de no despertarlos, encontró la cocina hecha un desastre de platos y ollas sucias, con basura regada por todas partes y la refrigeradora absolutamente vacía. En los baños tuvo la sensación de que un ejército había pasado por ellos, pues los pozos, los paños en el suelo, los retretes sucios y el papel higiénico rodando por el suelo, le anunciaron que requerían por lo menos dos días de extrema limpieza. No supo cuál trabajo tenía prioridad, pero instintivamente se apresuró a vestirse para comprar el desayuno necesario de aquella tropa incontrolada. Al regreso encontró a dos de ellos sentados en la sala, fumando tranquilamente y dejando caer las cenizas en el piso alfombrado. Dio un vistazo breve y notó dos sillones quemados, ella que nunca fumó y era tan cuidadosa con esos muebles heredados de sus padres, tan finos y de buen gusto. No le dijeron buenos días, se hicieron los locos, con los ojos fijos en el programa de televisión. Pensó en silencio que eran unos groseros, unos redomados patanes.

III

Al acabar el desayuno, ya los diez estaban despiertos. Preparó diez pancakes, diez jugos de naranja, diez huevos revueltos con jamón y diez tazas de café. Los llamó para servirles platos y jugos, pero al llegar al comedor uno dijo que lo preparado no se le antojaba hoy, él quería huevos pasados por agua, jugo de toronja y waffles. Ella, fuera de sí, le gritó que su casa no era un hotel, por lo tanto no había menú, si quería otra cosa lo mejor era que desayunara en otro sitio. El muchacho se levantó visiblemente indignado, arregló sus cosas y se fue pero primero comentó que nunca antes lo habían tratado tan mal.

IV

A pesar del silencio que rodeó la mesa, casi filoso como los rencores, ella se atrevió a proponer que se encargaran de limpiar los baños, mientras ella asearía y ordenaría la cocina. Se quedaron indiferentes como si no la hubieran oído. Entonces llamó a sus hijos para que hablaran en su dormitorio, ahí les reclamó la falta de aviso, la absoluta desinformación y detalló los daños que ya había observado: los sillones quemados, dos vasos y cuatro platos quebrados, además del desaseo y de las groserías que estaba recibiendo. Le dijeron que se calmara un poco, lo sucedido no era para alterarse tanto porque ellos se habían portado igual en las casas de ellos. ¿Y la

educación que les di qué se hizo? El mayor contestó: ahora son tiempos diferentes, en que reina la dureza y la desconsideración, saludar y dar las gracias son maneras pasadas de moda. No salía de su asombro, cuando le pidieron dinero para almorzar afuera al tiempo que le advertían que de ninguna forma limpiarían los baños, estaban acostumbrados al desorden y desaseo, les gustaba vivir a su antojo.

V

Se prescribió un almuerzo ligero, una ensalada y un yogurt, para no congestionar más su estómago que sufría su furia, el cambio de sus hijos, los hechos que pasaron y los desastres de su casa. Limpió la cocina lo mejor que pudo, aseó y ordenó los baños, aspiró la alfombra y notó que eran cuatro los sillones quemados por brasas y cigarrillos que apagaron contra sus asientos. La indignación le corrió venas adentro hasta que le dolió la boca del estómago. Pensó que tal vez los cambios, tan hondos y rápidos, producían esas nuevas actitudes para ella desconocidas, excepto por asaltos que presenció en las calles, intentos de robo que le habían hecho, tropiezos y empujones en esas calles repletas de maleantes. Le costaba concebir un mundo sin buenas maneras, pero la realidad es que eso está pasando, a lo mejor era conveniente acostumbrarse al trajín insolente de la calle, mientras en su casa y con sus amigos ella conservara la medida y modales con que la habían

educado. Los encontraba finos y apropiados, aunque alguna vez fueran un tanto hipócritas. Empezó a tejer los tapetes con los que cubriría las quemaduras.

VI

Al atardecer la llamó el hijo menor para avisarle que no llegarían a comer ni a dormir, encontraron a unas muchachas muy amplias que los habían invitado, eran cinco, el número exacto que necesitaban. Cerró el teléfono y pensó que por lo menos eran buenos hermanos y sabían compartir lo que por ahí se les deparaba. Por eso al día siguiente, cuando leyó la noticia de que una joven menor de edad había sido violada en un motel por cinco estudiantes universitarios no lo relacionó con sus hijos, a los que creyó incapaces.

VII

El estudiante que se enojó porque no le sirvió el desayuno a su antojo, tocó su puerta temprano. Venía a disculparse, había hablado con su madre por teléfono y le aconsejó que lo hiciera pues aquella señora debía ignorar que los entendidos como invitados no lo eran en realidad pues habían pagado a sus hijos, a quienes apenas conocían, diez días de pensión con tres comidas. Le agradeció las explicaciones y le ofreció devolverle lo que sus hijos le habían estafado. Ella

ignoraba lo sucedido, su madre tenía razón, lo invitó a desayunar y mientras hacía los preparativos, el muchacho subió a su dormitorio, recogió las joyas y se fue con la destreza que tienen los pasos silenciosos de los gatos. Cuando notó la desaparición del estudiante, instintivamente era muy tarde para aprender las lecciones que los diez estudiantes se habían propuesto enseñarle para que se modernizara, y así cambiarle maneras y modales de educación y tolerancia por los de suspicacia, desconfianza y una dosis bien grande de incredulidad.

VIII

Cuando la visitaron sus cinco hijos dos días después del robo, ni siquiera movió la cadena que aleja el paso por la puerta, les dijo que se olvidaran de ella, que no los quería como hijos, nunca más los ayudaría económicamente con sus estudios universitarios y se avergonzaba de sus estafas, trampas y de sus infames estrategias para engañarla y abusar de ella en forma despiadada y cruel. Cerró la puerta con violencia y puso las diferentes trabas que le garantizaban su seguridad. No les valieron sus gritos, sus gemidos, sus ruegos, sus argumentos de que no eran tan malos como creía. Cuando le confesaron que necesitaban dinero para huir porque los estaba persiguiendo la policía con el pretexto de que eran culpables de una violación, le temblaron las manos y logró mantenerse quieta, inmovible,

insensible y totalmente indiferente a mentiras, peticiones y confesiones, aun cuando lágrimas involuntarias le recorrieran las mejillas.

IX

Los policías tocaron a su puerta y les informó que ella no tenía hijos porque estaba convencida de que cuando una madre comprobaba que sus vástagos eran unos malhechores los debía abandonar a su mala suerte, no podía ni encubrirlos ni alcahuetearlos, menos convertirse en una de tantas otras víctimas. ¿Estaría dispuesta a atestiguar en el juicio? Ella contestó que sí.

X

Empezó a dormir muy mal, a tener pesadillas en que ella misma asesinaba a sus hijos. Durante el día la atormentaban los remordimientos, el repaso de su vida, el recuerdo de su viudez cuando más necesitaba a su esposo para una buena formación de los muchachos, la constatación de que se hicieron una mafia para defenderse en la calle y en la escuela, para engañarla y burlarse de ella en la casa. Desde muy temprano se organizaron para realizar pequeños y grandes robos, a pesar de las quejas y de las denuncias no quiso creer que fueran capaces de tales desatinos y malos hábitos, mis pobres hijos tan serviciales y obedientes en el hogar.

En la noche surgían las preguntas: ¿En qué me equivoqué en su crianza si traté siempre de darles lo mejor? ¿Les faltaría cariño, tiempo de mi parte, para arraigarlos en las buenas costumbres, si me vi obligada a trabajar fuera de la casa para mantenerlos con un mínimo de digno bienestar? ¿Por qué perdí su confianza, fue por aquella aventura amorosa que me llevó a dormir fuera de la casa varios días a la semana? ¿Por qué perdí la comunicación con ellos, sería porque permanecía callada durante varias horas metida en la solución de mis problemas y los domingos siempre estuve de muy mal genio? Definitivamente concluía que la culpable era ella, la única y absoluta culpable. Para olvidar y descansar un poco, recurría a las pastillas y al alcohol, en una combinación altamente peligrosa.

XI

La llamaron de la cárcel para decirle que sus hijos la querían ver y los días de visita son los jueves, de doce a tres, no lo olvide. Ella colgó el teléfono resuelta a no ir, pero le entraron después muchas dudas porque podían ser inocentes, tal vez eran los otros cinco estudiantes, con caras duras de maleantes, sin escrúpulos, sumergidos en el desdén, en el a mí qué me importa, decididos a ejecutar la crueldad en ese juego de si no lo hago yo, otro me lo hará a mí. Martes fue el día de la llamada, le quedaban muchas horas para pensar en esa posibilidad. En la madrugada

recordó la conversación telefónica de su hijo menor, mencionó cinco muchachas dispuestas a alojarlos, ¿sería eso verdad? Necesito saber más del caso, concluyó antes de caer en el más contundente desvelo.

XII

A la mañana siguiente, completamente sobria y sin empastillarse la noche anterior, pidió hablar con los detectives encargados del asunto de sus hijos porque quería conocer algunos detalles contradictorios en la violación, pues estaba bastante confundida. La atendieron con gentileza, ya que notaron que la desesperación no la dejaba dormir como lo hacía toda la gente. Le ofrecieron una copia del expediente pues el caso no era secreto sino de dominio público. Después de pagar la reproducción ya que el Poder Judicial carecía de fondos para esos fines, regresó a sus habitaciones para leer detenidamente los resultados de la investigación. Fue de sorpresa en sorpresa, hasta que no pudo leer más porque las lágrimas desesperadas le nublaron los ojos.

XIII

Las dudas se le desabrigaron, eran culpables sin apelación alguna ni defensa. Los habían visto en la calle con la adolescente, el mayor alquiló el cuarto y entró en él con ella, los otros cuatro se

quedaron en la sala de espera, pero se fueron reemplazando para visitar el cuarto alquilado, después de algunas horas salieron los cinco muy sonrientes y con un hálito de satisfacción. En el estacionamiento se robaron un auto aprovechando que el guarda se había dormido. Lo abandonaron en la ruta hacia el puerto, porque decidieron asaltar una gasolinera y el golpe les salió perfecto, arriaron con lo que había en la caja, no se preocuparon de cubrir sus rostros por lo que no fue muy difícil identificarlos y pronto empezó la persecución hasta que los agarraron tratando de robar unos insignificantes artículos en un supermercado muy bien vigilado. Había una cita que la sorprendió porque era como la imagen sintética de los cinco: perro que come huevos lo seguirá haciendo aunque le quemem el hocico.

XIV

Llegó el jueves y no fue a la cita, en realidad ni siquiera pensó en hacerlo, había bebido toda la noche licor y pastillas. Empezó la mañana así, sin comer absolutamente nada, ni una migaja de pan.

Era una mujer fuerte y de recia voluntad, por lo que el tratamiento sólo tuvo que aplicárselo durante cinco días seguidos en que se olvidó de su nombre y de sus hijos, para encauzarse en ese sueño eterno en que no le importaba ser una inocente culpable.

Quince partes de una alfombra persa

I

Los oficios que se aprenden con la familia y forman parte de sus tradiciones artesanales, son los más gratos que he conocido, lo que pude comprobar después de andar tras la oferta y la demanda. Casi se juega con ellos si uno se pone a pensar cómo en un banquillo frente al telar, oyó tantas historias de bisabuelos y abuelos, de tíos y tías, de parientes y amigos, sumidos ya en la fatiga del tiempo, pero sin dejar de asomar ojos, caras y palabras por el recinto en que unidos y fraternales nos transmitíamos los secretos del aprendizaje y la hechura: es mejor sostener con la mano izquierda porque se sueltan tus movimientos y hay que cambiar la posición de los pies para que no se te duerman los músculos. Una fascinación de experiencias vividas tal vez en la penumbra de la ignorancia, que para mi gusto rodeaba a las recetas caseras y a las supersticiones comunes y cotidianas. Ese menjurje de miel de palo con ron que alivia la garganta, esa purga para las pegas de

coyol con jugo de papa, ese recomendar esconderse debajo de la cama si se cruza en tu camino un gato negro o de no bañarse en año nuevo porque te podés volver pura agua, me sembraban en las eras con brotes enraizados en los conocimientos que se ceden gratuitamente, sin pago de matrícula y mensualidades porque el mando de aportar una ayuda es generoso y no tiene dueño.

II

Mi madre me enseñó a tejer en una edad muy temprana, al tiempo que me confió el secreto de las habilidades: un buen diseño en mente o en un papel, con acertado balance y armonía. ¿Los colores? Los que ves sobre la tierra y en el cielo, Dios es un infatigable creador, por eso es mentira que creara al mundo en seis días y después descansara el sétimo, todavía anda afanado con inventos, imaginaciones y novedades. No creás nunca en las historias fáciles, en las intuiciones ni en las inspiraciones, hay que trabajar duro para ver algo realizado con el poder creativo que reside en tus ojos observadores y en tus manos hábiles en encontrar luces y sombras. La jornada es larga, tediosa como las leyendas que se repiten en moralejas ya sin sentido ni significado, en mensajes de advertencia que llegan tarde al tren del olvido. La paciencia resulta buena compañera, lo mismo que la obsesión y la persistencia. No te rodeés de necios que halagan tu destreza inicial ni de miopes que no saben de tu intento grande, de

tu proyecto largo y de tu viaje al infinito. Ellos sólo detendrán tus pasos, intentarán que perdás el rumbo y te inundarán de confusiones porque con sus perturbaciones tienden a desorientar, quizás por esa inclinación que los posee en pro de la decadencia y de la inercia. Trabajá con la constancia de los obreros que construyeron las pirámides, la esfinge y Machu Pichu.

III

Tejí la primera parte de mi alfombra con una extraña tendencia al estilo persa, pero mis manos indígenas transforman los arcos, triángulos y laberintos con rasgos malhumorados sobre la conquista, la colonia y el abandono actual. Destejí lo que no enseñé a nadie, entonces entendí eso tan simple que desandar el camino es aprender y crecer. Busqué otros tintes, morados, verdes y negros, que no acariciaran los rosados, los grises, los amarillos, los esmeraldas y los celestes, tan escrupulosamente desteñidos y encontré la guía que descubrió mi eterno disfraz sin color y sin rumbo, uno más que pretendía ser ladino en un ambiente que se regocijaba en el blanco y el azul. En todas partes es lo mismo, me dije sin ansia de consuelo, los diferentes son perfectos para el tiro al blanco. Pregunté a mi madre por qué y ella me señaló el horizonte siempre asombroso y cambiante. Además dijo, el día menos pensado te ponés de moda y te sientan a la mesa de los grandes, así es la vida. Un rato para unos, unos

momentos para otros, por eso detesto los desfiles militares, las pantomimas campesinas de los escolares, los discursos que cierran y abren épocas, las peticiones de nuevos sacrificios y especialmente las conmemoraciones que se precipitan en el vacío de los absurdos. Usted me pregunta si mi madre era sabia. Creo que sí, tenía una opinión propia y original sobre lo que pasaba y acontecería, por eso la mataron una madrugada muy fría en que la lloré desde el amanecer hasta muchos días después de su humilde entierro sin ceremonias, ni réquiem, sin flores y pésames, sin lamentos salvo mis lágrimas silenciosas, y ese decir tan lugar común de polvo sos y al polvo volverás. Le hice una cruz con seis cruces dispersas: la del oficio, la del saber, la del trabajo, la de la esperanza un tanto desolada, la del amor un poco negada, la del porvenir un tanto incrédula. No me atreví a poner la cruz de la madre inconclusa, que me grabé en lo más hondo de mi alma con muchas espinas y no pocas espuelas.

IV

Aunque nunca desperté curiosidades ajenas, salvo las privadas, por qué ambicionaba hacer una alfombra, mi propia alfombra. En este mundo de alquileres no hay necesidad de lo propio, de lo íntimo, de lo que te albergue como un individuo que no se atreve a romper con sus circunstancias y se acomoda en cualquier parte. Un infeliz sumergido en la indiferencia, pero no era mi caso,

ambicioso de un lugar propio, realmente íntimo, en que pudiera hacer mis meditaciones y mis plegarias, que a veces calificué de innecesarias. Mi alfombra, la vital, cabe en cualquier parte, no estorba a nadie, anda conmigo y se puede instalar incluso en una acera en que rehúso la oferta de venta.

V

El diseño lo hice en un dos por tres, una ciudad antigua con callejones y una iglesia arqueológica que se debatía entre pecados mortales e incidentes leves, que se podían catalogar como manías de asesinar y de violar derechos de otros, no dignos de ellos por el color de su piel, por la forma de sus ojos, por sus fervientes creencias y por resignarse a desempeñar los oficios sucios que los refinados rehusaban para ellos porque eran contaminantes y peligrosos. De por sí la vida estaba expuesta al instante del escalofrío que paraliza y también invalida.

Buscó el consejo de su madre, quien con un acierto de calavera en proceso de oxidación sólo pudo tartamudear que se le habían olvidado las plegarias que le debía y su única alternativa era recuperar el espacio que le pertenecía, era de su propiedad exclusiva y habitaba en el ancho y largo de su alfombra.

VI

Con una tenacidad ejemplar, como de hormiga o de abeja, comenzó el planteamiento de su refugio, de su cuarto íntimo, de su propio laberinto, en que el hacer es una ridícula metáfora del empeño, tendió hilos de colores y sacrificó conversaciones silenciosas con el más allá y el poder oculto de las reencarnaciones. Estaba enrumbado hacia los descubrimientos de las novedades en materia de matices y asombrosas coloraciones, pero su mano, lerda y retardía se detiene en esa ceremonia de preguntas y respuestas.

VII

Su madre a veces era nefasta en sus consejos y advertencias, eso de decirle que el telar había que tensarlo como una guitarra de melodías inconclusas que dieran más y más de sí mismas, le sonaba a vértigos musicales que se bailan con unos tobillos quebrados, próximos al desmayo y al desequilibrio, endebles ante un cuerpo altivo, hecho figura de ciprés que crece libre entre las rocas. Entonces, ve a su madre tejer un río, en el que las aguas cantan sus increíbles aventuras, en donde aparece el coro de minerales codiciados que en lo remoto de la existencia pudieron ser desnudas vegetaciones. Así de simple y complicada puede ser la presencia de diversas atmósferas en la contingencia de la casualidad.

Mira un viento que se enfrenta a otro para derribar ramas con oficios de poda, una lluvia tras otra para inundar tus tranquilidades, tus bienes, sin previo aviso, y despierta tus alarmas tardíamente, inútiles ya con sus advertencias. Hay campanadas de alerta que nunca se oyen a pesar de la cercanía del peligro. Su madre siempre se lo dijo: no te confiés en las precauciones con timbres o con gritos, siempre agudos y desentonados, como los crujidos que hacen en el horno el pan y las cebollas que se queman, porque con los propios ojos se debe encontrar la verdad, la tuya.

Después supo que hay cosas envueltas en el dolor de alguien o de algo, cuya llave es la ternura de lo que se ignora por no saberlo ni haber tenido oportunidad de aprenderlo.

No pudo tensar el telar con la gracia de su madre ni tampoco encontrar las pautas musicales que le recomendó.

VIII

Convocó su voz interior, esa tan rica en acentos imperativos. Lo hizo por iniciativa propia con el empeño de toda su energía, no por invocación o ruego. Le ordenó hacer su alfombra, no comprarla, alquilarla o encargarse a otro artesano que la hiciera.

Obediente empezó de nuevo la faena, ahora con hilos de diferentes tonos de rojo. Antes se preparó espiritualmente, pues la tradición lo exigía. Se bañó con sumo cuidado, se puso ropa

limpia, encendió el fogón sobre el que esparció hojas secas de eucalipto. Era necesario que su rancho se perfumara.

Despacio, como si se tratara de una ceremonia con muchas plegarias, sacó el telar al corredor. Una vez afuera concentró su mirada en el horizonte, quería encontrar el equilibrio que dan los lugares distantes, en que se camina despacio sin volver a ver atrás. Tensó los hilos y acarició la lana. Pasó los primeros rojos en un juego que puso arriba cuatro filas de un mismo color, con otro tono hizo un igual número de líneas. Se distanció para contemplar lo hecho y la satisfacción le iluminó la cara.

IX

Cuando terminó la obra, la puso en el piso de su cuarto y empezó un ritual de bienvenida, en el que utilizó pétalos de rosa, humedecidos en agua bendita. Durante los primeros ocho días de la introducción de la alfombra, durmió a su lado, con el propósito de que hubiera oportunidad de conocerse mutuamente. Al anochecer se hincaba frente a ella, orando plegarias para que se llevaran bien y le trajera buena suerte.

X

La primera noche que durmió sobre ella, disfrutó de su suavidad y de su agradable olor a

verano. Cerró sus ojos para que el cuerpo se identificara con la obra que había hecho con esmero y con amor, con el propósito de dejarla perfecta. No pensaba como los árabes en eso de que se debe dejar un defecto en cada producto, porque sólo Alá ha alcanzado la completa perfección.

Esa noche soñó que su madre entraba en su cuarto, con una sonrisa muy amplia, para expresar su felicitación por la alfombra pues tenía un diseño excelente, que reúne armonía y balance como ella recomendó siempre. Además, el colorido le pareció muy acertado, aunque tenía el criterio de que los rojos eran riesgosos por la carga que conllevan. Has aprendido y crecido con tu obra, le comentó, porque has tomado ese largo camino de la depuración en que se pierden vanidades, improvisaciones, intentos de sobresalir, trucos y engaños.

A la mañana siguiente recordó cada una de las palabras y en el piso se encontró unas palmas que ahuyentan el fuego y el relámpago. Pensó, de veras me visitó mi madre, lo que indicaba que podía enseñar la alfombra a los parientes, amigos y vecinos.

XI

Así lo hizo, preparó un almuerzo para el sábado, a viva voz de puerta en puerta comunicó la invitación. Se le llenó la casa de voces que elogiaron la obra por su buen gusto y originalidad. Señalaron que había superado los logros

aprendidos en la tradición familiar, con su alfombra invitaba a realizar nuevos diseños para que el arte siguiera creciendo en esa forma maravillosa que había logrado.

Sólo respondió expresando un deseo que se le fue subiendo por dentro: cuando muera quiero que me envuelvan con ella, para evitarme la nostalgia de dejarla solitaria.

XII

Su rancho se volvió un lugar de peregrinaje, pues venían adultos y niños para admirar su alfombra, copiar su diseño, preguntarle por la selección de los colores, por los tintes que utilizó y por la forma en que logró el balance de los volúmenes. Sus respuestas eran claras y verdaderas, hasta les reveló detalles interesantes que les podía ayudar a mejorar sus creaciones. Además, les dio consejos: aprender a observar, las personas deben utilizar los colores que están sobre la tierra y en el cielo, hay que buscar por dentro lo que se quiere, pensar mucho, prepararse para estar listo, caminar despacio, tener noción de las distancias, depurarse de toda tontería, limpiarse muy cuidadosamente, perfumar el ambiente y contemplar el horizonte sin perderse en él. No todos lo entendieron, especialmente cuando recomendó tensar el telar para oír la música que sale de él. Algunos creyeron que su fama se le había subido a la cabeza, por lo que estaba padeciendo de

ínfulas de sabiduría. Percibió aquellos oscuros pensamientos y se sonrió con humildad.

XIII

Alguien le aconsejó que viajara a la capital con su alfombra, que visitara el museo de artesanía, para que la registraran como una obra de arte y la fotografiaran, así no se perdería su testimonio de perfección. Al principio le pareció un buen consejo, pero más tarde tuvo la evidencia de que despertaría ambiciones, envidias, incluso codicias de posesión, sin respetar su deseo de que fuera su propia sepultura. Por esas razones no hizo el viaje y muchos pensaron que se había vuelto egoísta, aunque su generosidad no tenía fin.

XIV

Se encontró con su muerte un amanecer muy frío, había venido sintiéndose mal, débil, con poca fuerza y supo que se iba apagando igual a una vela que se acaba. Ya no tenía más ganas que tenderse sobre su alfombra.

Acudieron al rancho sus parientes, vecinos y amigos, quienes decidieron envolver su cuerpo en una sábana blanca, para no ocupar su obra pues merecía un lugar mejor que un cementerio, un sitio donde se pudiera ver y admirarse. Su entierro fue rápido como el de su madre, sin iglesia ni ceremonia religiosa, sin réquiem ni lamentos.

Todos iban muy apurados, parecía que temieran que resucitara y volviera por su alfombra. Regresaron al rancho pensando en dónde la pondrían, cómo les podía ser útil, qué ventajas obtendrían. Decidieron celebrar una junta esa misma noche, para pensar posibilidades y votar una de ellas.

XV

Se reunieron efectivamente y propusieron entre otras cosas las siguientes: hacerle un museo con una sala especial para ella y el resto lleno con artesanía sobresaliente, cobrarían entrada a los visitantes, dinero que pensaban emplear en mejoras para la comunidad; otros sugirieron que lo más apropiado era dejarla en el rancho, junto al telar que la creó para conservar el ambiente en que se concibió y el espíritu austero y empeñoso de la persona que hizo la obra, también se pagaría entrada para los mismos fines. Otras propuestas de menor orden, fueron rápidamente desechadas. Al quedar las posibilidades citadas, alguien pidió que se votaran. Lo hicieron al amanecer, después de los empates, al final ganó la del rancho por sus razones de peso.

La fama de la alfombra creció y creció para atraer gente de otros pueblos y de la capital, quienes daban muestras de su asombro y admiración. Su belleza se hizo leyenda que llegó a otros países, en donde se organizaron excursiones para verla, recordarla y fotografiarla. Se trató de imitarla, pero los esfuerzos resultaron vanos, se

buscó a los mejores tejedores para que hicieran réplicas, pero no lo lograron. Cuando se convencieron que era un ejemplar único la empezaron a venerar como si fuera una diosa, plena de sortilegios, poderosa, capaz de hacer milagros y favorecer las causas perdidas.

Alguien soñó que la alfombra extrañaba a la persona que la diseñó y tejió. Al contar su sueño a los otros, entre todos decidieron sacar el cuerpo del cementerio y enterrarlo debajo de su obra para que se cumplieran sus deseos, que olvidaron por ambición y avaricia. No encontraron el cadáver, aquella tumba era sólo tierra y tierra, en tan poco tiempo no se pudo convertir en polvo. Otro soñó que había un esqueleto debajo de la obra maestra. Excavaron y ahí estaba, intacto, envuelto en la sábana blanca, con la piel fresca y los ojos abiertos. Se preguntaron quién hizo el traslado, ¿la alfombra que ejercía el poder del milagro?, ¿la madre de la persona que la tejía, quien se aparecía de tarde en tarde a acariciarla?, o ¿el propio cadáver que no quería separarse de su creación? Nunca lo sabrían, pero ya para ellos, vecinos, amigos y parientes, no tenía importancia, el pueblo había crecido con devotos, fieles, romeros y peregrinos que no se cansaban de alabar su belleza y honrar su mágica forma de conceder favores.

Dieciséis partes de una abreviatura

I

No me hable usted en siglas, que no las entiendo, ni me gustan, la vida es demasiado breve para abreviarla más, no economice en lo necesario porque se hace propenso a perder el volumen significativo de la vida. No me diga seño porque me disgusta, menos me mencione que el boce está incomple, porque me dan náuseas.

II

Soy exigen y nervio, pero me calmo de pronto con una palabra completa, sonora y entera, me hace falta un tex íntegro en que no se escon las intencio ni las bue ni las ma.

III

Es cierto que me encan los entusias y por tal razón escribo poe que dedico a las muje boni, un

poe con muchas abrevia. No admito en el traba litera poner un etc. ni un ud., me valgo de todas las letras para que las pala aparezcan vestidas y compues. Por eso escribo etcétera y usted.

IV

No como sila aunque a veces son muy exquisi, como ensala, arroz con frijo, lasa y paste. Claro soy muy majade porque tiendo a enamorar para mortifi a alguien. Aho ando con una rubia gor y fe, a la que no canso de llamar lin y bella. Le he prometido matri pero me pienso largar antes de la ceremo. Hay perso que sien que soy algo pachu, se equivo porque más bien trato de ser un caballe que se deleita con la originali. Ahora que trabajo en la publi, ando de vesti ente y en mi famili he encontra apre y afecto. Acostum dormi sies después de almuer, no sueño sueñ comple, más bien los hago abreviatu.

V

La publi me exige imagina, especial ahora que estamos en la campa políti, en que se deben vender imáge para que los mediocres aparezcan brillan, los corrup sumamente honra, los indecisos capaces de transfor el porve, los egoís como los mejores altruis, los cuida sus propios bolsi con los más genero señor. Entre estos cuen que se repiten cada cua años uno aprende a verse en el espe con

cara de inocen, una blanca palo. Alguien me comenta que las compañ distraen, hacen breves los períodos presidencia y acortan los discu sobre disimu, menti y verdades a medias. ¡Qué tupé usan algu!

VI

Me di cuenta bastan tar que era vigilado y persegui. No me había enfrenta nunca al peli y a la poli. No me inmu, no había hecho algo malo, era completamen inocen. Cuando los detec tocaron la puerta de mi ca, mis familia se sobresaltaron porque no les gusta mezclarse en asun policia ni en enre ni en intri de ninguna espe. Me acusaron de desfal en la publi, cuando sólo tomé lo necesaria de la campa, pues me daba asco el desperdi que imperaba. Me juzgaron con rapi y me condena a sólo cinco años, en que me acostumbraría a las circunstancias de la cár.

VII

La fami no le habló nunca ja, ni lo visitó en la peni. El primer día fue espanto la sensa de encierro, las barras, las pregun de los otros prisione y la falta de espa en su celda. Se prometió sobrevi, valía la pena lo goza con la apropiada de aquel dine. Los días se le hicieron largos y lentos. Enton inició el repa de su vida, tan llena de olvi y de mu desperdi de tiempo. Confesó a un compa

que era muy tris sólo tener una oportunidad de cambiar el rum de la vida, no había forma de empe de nuevo ni puerta algu que permitiera devolverse en el curso de los días y las no. Le hubiera gusta ser diferen, otra persona más responsa. Ya tenía ami en la cár que le parecía un lugar de infortu. Cada vez que le contaban par de su desti, tenía la sensa de que la fatali andaba muy pegada a su espal. Hay gen sin otra alternati que el mal.

VIII

Para ma el aburrimiento y lograr un sueño, conforta, fumó mari y le gustó aunque le era difí conseguirla. Más adelante pidió un cuader y un lá. Estaba decidido a volver a dejar testimo de su odio a las abreviatu, porque no las entendía y lo alejaban del lengua correc. Cuando los cuidado lo vieron escribien, recomendaron su trasla a la Refor, en donde podría partici en un taller litera, imparti por volunta de la U. La recomienda pegó y fue pasado a un lugar que le ofre más libertad y más oportunidad de estimu, como sembrar o traba en los talle de aprendiza para oficios de ebanis y de electricis.

IX

En el ta literario le preguntaron por su fobia con las abreviatu y contestó que le llegaban al

oído sin poder apreciar su soni. Era una cuestión de audición que castigaba su entendimien. Lo comprendie y lo felicita, era una lucha válida, justa y necesaria, como casi reza el catecis.

X

Supo que la campa politi había termina y un nuevo presiden ya estaba en el poder, el mismo para el que trabajó su publi y él en lo personal. Le escribió una lar carta a la ca presidencial, sin usar una abreviatu, para pedirle que apuntara su robo a la deuda política, pues pensaba que era fruto de un asalto descarado y en público. Se le olvidó que los gobernantes no leen misivas ni las contestan, salvo que se inserten en campos pagados en los periódicos de mayor circulación, las que siempre contienen una promesa de investigar la denuncia, lo que se convierte en un lugar común en que se dibuja una mentira.

XI

Un ami suyo, ayudan de aboga, interpuso en favor de él, un recur para obte su liber condicional, lo que le permiti pasar las noches y los fines de semana en su ca y con su fami, siempre que se presentara muy temprana en la cár. Tuvo que llamarlo al día siguiente al que recibió la noticia porque no era necesa el recur, no tenía casa ni familia, su celda era su único espa en que se sentía

seguro y acompaña, se había acostumbrado a su cordial estrechez, a su limitado campo que sólo le permitía dos pasos cor y a la intimidad solita que le ofrecía el refugio de las rejas.

XII

Un día se sintió mal, cansado y viejo, como le pasa a cada quien en ese momento progresivo en que se inicia la enfermedad. Después de verlo el médico, lo trasladaron al hospital, bien vigilado. Allí mejoró al poco tiempo y se pudo asomar a la ventana para observar la evolución de la ciudad. Los automóviles formaban largas hileras como hormigas paralizadas en su lenta velocidad. Más allá pudo leer Marylind's boutique, Charly's bar, Manolo's supermarket, Greta's movie, Alfred's hair cut, Michael's discoteca, Pavarotti's restaurant, renta a car, tourism's services. Oyó también a los pregoneros ofreciendo vender y comprar dólares. ¿Qué había pasado? ¿Había desaparecido su país, con su idioma y sus tradiciones? No pudo contestarse.

XIII

Con esa fiebre violenta que dan las ausencias queridas y que se extrañan por robar parte de lo que identifica con algo, preguntó al chofer qué sucedió para tantos cambios no esperados. El conductor, que a punta de sirenazos se abría campo en las colas, le contestó I don't know, today the

clue is the change. Lo miró extrañado y pudo observar el herpes que se desbordaba en su lampiño cutis.

XIV

Decidió afirmar su español, pidió permiso para visitar la biblioteca, muy escuálida en sus estantes y libros, se lo concedieron por ser un prisionero callado, discreto y sereno, que siempre abogó por el diálogo y el consenso ante cualquier conflicto entre los presos. Se lo concedieron y en sus lecturas se dedicó a leer diccionarios para averiguar el origen y significado de diferentes palabras que escogía al azar con su técnica de abrirlas al principio, al medio y al final. Nunca se cansó de sus hallazgos y del enriquecimiento que le prolongó su lenguaje hacia nuevos giros, interminables monólogos y sentencias profundas que facilitaron su poder de expresar pensamientos, incluso pasiones de indescifrables orígenes.

XV

Lo que le disgustó y le disgustó terriblemente, es que algunas palabras aparecían con sus abreviaturas al principio, entre un escandaloso paréntesis, una especie de vergüenza al desnudo forzado o voluntario. Así es que hasta ahí llegaba la influencia extranjera, la que domina el dinero y pone condiciones limitantes a las compras que

hacen a los países pobres, a los préstamos, a las financiaciones que siempre resultan la mejor fotografía de la mula amarrada y el tigre suelto. Con indignada emoción cerró los diccionarios y tuvo unas ganas tremendas de quemarlos.

XVI

Un día le abrieron la puerta, lo invitaron a dejar las rejas que formaban parte de su pasado con su enseñanza de mejorar su conducta para no caer en los mismos errores y favorecer actitudes más positivas ante una sociedad idealista, acogedora y piadosa. Él no respondió hasta sobrepasar el portón que le abriría el camino hacia la libertad, que la invalidez de su falta estaba escrita hasta la eternidad de su existencia en el registro de los delincuentes y que más allá permanecería con un papel importante en la historia de la criminalidad nacional. No le importó mucho su destino tan fijamente diseñado desde el principio, le importó su decisión de escribir con temblorosa letra ese nuevo diccionario en que no figuraran las abreviaturas para liberarse de los esfuerzos breves, constantes y de las influencias extranjeras que compran culturas, almas y cuerpos, dignidades y productos cada vez más baratos, identidades más difusas y confundidas en que la marca le gana a lo cómodo y lo sencillo, el vértigo a la estabilidad, lo sucio a lo limpio, para ganar nuevas negaciones a lo afirmativo y asumir derechos hacia un futuro mejor, más abierto, más pacífico,

armonioso y edificante. Se le ocurrió verse en un espejo y notó que le faltaba un ojo, la nariz se le encogió un tanto, una de sus orejas se ensordecía con una protuberancia totalmente inútil, un cierre de labios le impedía pronunciar las abreviaturas y lo angostaron en el ancho de su amplio espejo. Al final de su mirada enfocada hacia el inventario, notó que ya no estaba en el vidrio, no figuraba en la reproducción, se había fugado entre sus vanos intentos de una voz completa, vacía de abreviaciones y de palabras ente.

Diecisiete partes de una arbitrariedad

I

He elaborado mis propias intenciones en la penumbra de las persecuciones que no alcanzan a iluminar mis constantes cegueras. Sueño con invadir las casas de los otros, esos que no me saludan porque no me conocen. Aspiro saber lo que pasa a los demás, porque tengo una vida pobre y limitada, el único poder que ostento es el de mi lengua ágil y atrevida, que no respeta la honra ajena. No sé cómo me he hecho vieja, se me vinieron los años encima en un parpadeo. Ahora pienso que mi pasado fue un laberinto de infortunios, a pesar de mi disposición a soportar lo bueno y lo malo con buena cara porque no se improvisa la perfección ni se logra la derrota del dolor con un gesto de rechazo, lo que lastima no viene cuando se está fuerte, valiente y con ánimo para seguir adelante. Llega en el momento difícil, ése en que la debilidad te acosa y se siente que no hay salida, sólo estabiliza el cansancio y la duermevela. Me ha perseguido, hasta donde me

alcanza la memoria, una tendencia a despertar y mantener la lástima, por eso me quejo con una constancia que debí invertir en tener un oficio bien pagado. Le interesan mucho los amigos, especialmente cuando están tristes, enfermos o frustrados, porque representan el único laboratorio en que puede hacer suposiciones o adivinanzas, para luego lanzar certeras preguntas, no exentas de orgullo porque está acumulando confidencias que compartirá con quien se cruce en mi camino.

II

No soy chismosa, ojalá lo fuera, me divertiría muchísimo inventando desatinos a diestra y siniestra. Soy más bien intuitiva, psicóloga por los trances que se me atraviesan con frecuencia, supersticiosa por aquello de lo que se piensa puede ser cierto, también creyente en todo, por supuesto en lo oculto y en lo evidente. Siento un deleite extremo en hacer favores, siempre que antes se me haga una confidencia sobre las circunstancias en que surgió la necesidad. Mi espíritu de servicio está alerta el día entero como una trampa de telaraña, ya que cuando menos se piensa es posible cazar algo. Creo que me he hecho un poco leyenda entre mis conocidos y aquellos que me tratan de vez en cuando. Unos dicen que padezco de arbitrariedad, cosa que no niego porque es cierto con la salvedad de que la ejerzo en forma objetiva, seria y justa, porque

detesto atropellar a los demás, imponer mi criterio y abonar las injusticias que abundan en este rincón que es mi país. Otros opinan que soy camotera porque a veces me gusta la compañía de varios y después los rehúyo. Eso es verdad, reconozco imparcialmente mis defectos, lo que no saben es que me rijo por el vaivén de ilusión-desilusión o por ese capricho personal de gana-desgana. En materia de entusiasmo vuelo en el jet set, que aterrizo en suelo firme cuando por la ventanilla se asoma el desencanto, porque se hizo a un lado mi consejo o mi advertencia. Mientras se viva a mi antojo, admito a cada quien que desee compartir mi amistad, pero sin reserva alguna, sin esconder secretos o intimidades. Requiero las cartas sobre la mesa, pues detesto las sorpresas o las cosas inesperadas. Hay también gente que duda de mi buen gusto y ese titubeo me cae gordo porque es una solemne barbaridad. Siempre escojo lo mejor para mis amigos y para mí, con esa exigencia que demandan las normas estéticas. ¿Cómo, siendo una autoridad en arte, me voy a pelar el rabo en media calle? Claro, comprendo que la envidia enturbia los ojos y así es fácil emitir opiniones falsas, harto peligrosas. No saben que mi prestigio se sostiene por sí mismo, por lo que sobra cualquier andamiaje.

III

Hoy me contaron que en una mesa de la cafetería central, se estaba comentando una

historia que alguien me atribuyó de manera arbitraria, porque del asunto y de sus protagonistas no sabía absolutamente nada. Además alguien en esa mesa opinó lo que esa tipa no logra averiguar lo inventa. El cuento me dio una rabia que todavía me dura. Eso de llamarme tipa me cayó remal. Soy una señora por derecho propio y por venir de un hogar ejemplar. Me he ganado la estimación de muchos por mi conducta siempre recta, honesta y digna, así es, quien quiera puede examinar mis antecedentes, los que gracias a Dios se pueden exponer a la prueba de lupa. El hecho de lo que no sé lo invento, no me produjo cólera porque se me reconocía imaginación y capacidad intuitiva. Además, en este instante pienso que se trata de una gran exageración.

IV

La gente tiene actitudes que sorprenden y también asustan. Con una sola pregunta se llega al punto de irritación de la amiga, sin intención de hacerlo y eso me ha conmovido y asombrado. Le pregunté con inocencia y buena voluntad: ¿Por qué te dejó tu marido? Se paró de inmediato, taconeó hasta la puerta y luego la tiró con violencia. Creo que si hubiera podido me abofetea.

V

Ahora estoy averiguando por qué la dejó. Le pregunté por teléfono a su mejor amiga, quien me

confió únicamente que era una historia muy triste que no deseaba repetir. El asunto me parece bastante misterioso, por lo que ando detrás de pistas.

VI

Me sorprendo de la velocidad con que circulan las noticias por acá. Fue tan fácil saberlo, ella entrada seguramente en los cincuenta perdió hace años su atractivo de mujer rubia y vital, él un poco mayor se encontró una jovencita que lo enloqueció. La prosaica historia cotidiana que han vivido tantas esposas abandonadas, lo mismo me sucedió así es que estaba capacitada para aconsejarla y embarcarla en esa faena terrible del olvido.

VII

Hago un recuento de los amigos que no veo desde hace bastante tiempo, debo conseguir sus teléfonos para preguntarles cómo les va y qué han hecho. No se puede vivir sin información, es como andar a ciegas, por algo se dice que estar informado es tener poder. Me apasiona el poderío.

VIII

¿Cómo estás? Me alegro mucho porque tuve gripe y me sentí muy mal. ¿Qué has hecho? Dichosa porque en estos días he estado muy árida, no se me ocurre nada, cierro los ojos y sólo veo el vacío. ¿Qué sabes de Irene? Ignoraba que la pobre ya está en las últimas, nos va a hacer mucha falta.

IX

Me siento sola, no sé por qué tanta gente se resiente conmigo, tal vez porque soy demasiado respetuosa y no me gusta dar opiniones ligeras sobre las vidas ajenas, ni meterme donde no quepo. Con esta discreción que me gasto sólo debo cavilar en qué andarán los demás.

X

Tropecé con un amigo y noté muy rápido que me rehuyó. ¿Qué le habrán dicho? Si mal no recuerdo sólo comenté que últimamente lo veía pálido y acabado, me daba la impresión que le pesaban mucho los cuernos que le ponía su pizpereta esposa.

XI

¡Qué vaina! Un anónimo es un mal presagio que brota desde el misterio y el silencio. Francamente no creo que llegue a dar con mi autoría porque sabe que soy incapaz de esa infamia. Me resulta sabroso decir la verdad a la gente, para que ordene su vida, ilumine su oscuridad tan escondida y sepa que más de uno desconfía de su súbito enriquecimiento.

XII

Si tuviera un acompañante me largaría al cine, porque ya me leí los chismes que se produjeron alrededor de la película que dan hoy. No es que me atraigan las anécdotas mal entendidas, es la necesidad de informarme y tener un amplio espectro sobre los temas que empleo en las conversaciones con otros. ¡Qué sola me estoy quedando! Pareciera que la intriga y la maledicencia se ensañaran en mí. Nadie preguntó por mi salud cuando estuve hospitalizada y el teléfono en esta casa es un aparato inexistente, nunca suena, a lo mejor me lo han cortado por estar entrometiéndome en las vidas ajenas y adquirir el fuerte poder de la información.

XIII

Me enorgullezco del esmero con que cuido la reserva de lo que acontece, pues desde muy

pequeña aprendí el dicho de quien cría cuervos le sacarán los ojos. Hay tantos malagradecidos en esta promiscua ciudad. Todos esos que archivan en la desmemoria favores y ayudas, elogios y críticas constructivas. A mí nadie me ha devuelto los gestos de aliento y de estímulo, no he recibido reconocimiento ni premios. Me han ignorado como si fuera invisible o me hubiera desvanecido como pedazo de hielo en un vaso de agua.

XIV

Anoche soñé con mi madre, vino al cuarto en que duermo y me cantó una canción de cuna con esa bella voz que aún recuerdo. Ya a esta casa no viene persona alguna, ni siquiera la mujer que limpia porque cometí la imprudencia de señalarle que se estaba dejando los vueltos y cobrando más caros los materiales de limpieza. Se puso furiosa, me gritó vieja mentirosa, chismosa de mierda, por supuesto que tiró la puerta lo más duro que pudo. No puedo entender por qué la gente furiosa se desquita con las puertas. Pues si anoche vino mi madre y me acompañó con su dulzura de persona buena. Sé que le apena mi soledad y este abandono en que me han confinado parientes y amigos.

XV

Ahora tengo suficiente tiempo libre para meditar sobre hechos y sucesos ocurridos

mientras sentí afición a meterme en asuntos poco importantes, que no eran de mi incumbencia ni me pertenecían. Una forma de perder en el vacío los mejores años en que estuve activa y tenía un espíritu revolucionario al que oponía mi búsqueda de conflictos y de intrigas. Me decía a mí misma: no podrás crecer si no sentís odios, envidia y te hacés de enemigos inútiles que traten de petrificarte en una estatura de enana. El enanismo en este país es la medida ideal para los que quieren mirarte sobre el hombro para disminuirte aún más.

XVI

Ya no me siento sola, he comprado un aparato de televisión, me paso desde muy temprano frente a él, no me pierdo un noticiero para estar informada de lo que se dice y siente, lo que sucede y pasa en el ámbito político, en el campo económico y en esa enorme precipitación de la violencia por todas partes hasta sembrar el miedo en cualquier lugar. Sin embargo, a pesar de que presentan imágenes reales, existe cierta distancia que aleja la realidad, siempre veo un intermediario que me obliga a pensar como él, me niega el derecho de analizar y de ejercer la crítica como lo acostumbraba antes. Me están dejando de interesar las transmisiones porque repiten noticias y hacen preguntas tontas. Me gustaría tener oportunidad de enseñarles a preguntar, ante un buen cuestionamiento se obtienen respuestas que revelan lo oculto, lo escondido, lo que se quería

tapar con generalidades, casi siempre inventadas para ganar adhesiones y simpatías a su causa.

XVII

Soy el resultado de una vida que se dedicó a dejar que se esfumara en una espiral de estupideces. Nunca supe capitalizar amores, amistades, afectos y aprecio porque no respeté la intimidad y divulgué masivamente la confidencia, a la que agregué suposiciones y alguna que otra mentira. Recuerdo ahora ese refrán que viene de una larga experiencia humana y dice: quien siembra vientos recogerá tempestades. No sembré macetas, jardines, ni siquiera un árbol menos un bosque. Carecía de la paciencia para ello porque el cultivo requiere el riego, la oportuna poda, el abono y la vigilancia. No servía ni para cuidar un gato, que es un animal experto en cuidarse solo. Pero desde muy temprano, una niña de berrinches y caprichos, afiné el arte de intrigar para desacreditar a hermanos y parientes, luego mentí descaradamente sobre empujones, jaranas, para terminar como una acusete casi profesional, pues creaba los ambientes y las circunstancias. Es cierto, me dediqué a sembrar vientos y ahora me azotan las tempestades en este marco de soledad, de abandono y de absoluta indiferencia. Se preguntará usted, que ha seguido este lacónico diario, cómo viviría si se me concede una nueva oportunidad. Creo que haría lo mismo porque es realmente un deleite tener el poder en las manos y ejercerlo con la mayor arbitrariedad posible.

Infinitas partes de un temperamento

A ella nunca le importó que la creyeran tonta, estaba conforme con la extensión de su pensamiento y con lo que podía escribir en su inseparable libreta. La vida le parecía una interminable reflexión sobre sí misma y lo que se topaba por ahí. Le iba bien, no se quejaba. Sin embargo hubo una ocasión que le dio por el exceso de velocidad y no contemos eso tan triste. Limitémonos a leer todos juntos las últimas páginas que no se quemaron de sus apuntes diarios.

18 cosas para hacer mañana

1. Levantarme temprano para tempranear el día. El tiempo se mide, a veces, por las horas en que se logra estar despierto.
2. No leer los periódicos, dicen tan poco de tanto y tanto de tan poco.
3. Desayunar con un poema de Tagore y meditar sobre el parecido del sol con el huevo. Especular un minuto y medio acerca

de la relación de semejanzas entre los micro y los macro mundos y organismos.

4. Cultivar mi avance en el dominio del lenguaje que emplean las hormigas en su diálogo de encuentro, para ver si logro ser bilingüe.
5. Empezar el largo viaje del día con esa timidez lenta que me adorna, para no presagiar la pesadilla nocturna.
6. No verme en el espejo para descontinuar el inventario de mi ruina.
7. Pensar que en 1.715 nació don Cirineo de la Cruz Pérez, quien murió en 1.765 de una hernia pasiva que se activó. Milagro histórico de los esfuerzos extremos.
8. Eructar el huevo, el micro y la macro, el sol y la luna, y por supuesto disculparme ante el espectador de uno mismo.
9. Dividir matemática y crecientemente los mil pesos disponibles para la semana.
10. Programar un sueño agradable para las evasiones en sí mayor de los bostezos.
11. Tropezar con mis deudores olvidadizos y preguntarles con osadía cómo andan sus billeteras.
12. Callarme ilustrada y discreta cuando me pregunten qué pienso de la política nacional.
13. Ocultar mi ignorancia internacional cuando me interroguen si las Malvinas están al oriente o poniente del último gesto imperialista.
14. Expresar solemne y ceremoniosa que me aburren las conferencias, las mesas redon-

- das, los recitales, la página editorial. Son formas de decirnos que no sabemos pensar por nosotros mismos.
15. Hartarme del calor, de la lluvia, del temblor y de la angustia, y decir francamente que soy víctima tropical de mis circunstancias.
 16. Confesar en privado y en público que no he leído a los modernos, porque todavía estoy con los clásicos. Ambos escribieron tanto para el todo está dicho, no hay nada nuevo y lo demás basta.
 17. Dibujar en mi frente el buen augurio para manejarme bien en el mapa de los accidentes.
 18. Hacer una lista de las 18 cosas para el otro mañana, lleno de luz y de suerte.

18 cosas que hice hoy

1. Oriné en cuanto desperté y no oriné suficiente. Lo suficiente exige un aparato de extracción que está por inventarse.
2. Dije buenos días, buenas tardes, buenas noches, que le vaya bien a cuanto oyente encontré, y nunca he estado consciente de lo bueno que deseaba.
3. Me perdí en el por hacer y no hice nada. Todavía carezco del instinto que nos manda a emigrar de un sitio vacío a otro ocupado.
4. Desperté a cuantos encontré con la preocupación de cómo va su salud, está tan pálido, su estado necesita un chequeo general.

- Aplico el morbo que otras veces me recetan a mí.
5. Como no soy tan mala, para conformar afirmé: ¿no será que trabaja demasiado? A la gente le encanta el demasiado porque da una imagen de abundancia.
 6. Colmé mi curiosidad con mi imaginar el qué dirán de mí con estos pantalones tan tallados, pero siempre me quedo renca con las adivinanzas.
 7. Crucé la avenida con una miopía bienvenida para no alternar con el aburrido qué ha hecho. La respuesta de nada especial hiere mi vocabulario y mi conciencia.
 8. Me enfermé de aburrimiento en el correo ya que no llegó la sorpresa y sí el discretísimo recordatorio de por favor no olvide que mañana usted debe... Me encanta que me traten de usted, me parece que me dan importancia.
 9. Recordé que mi horóscopo me indicó que debía olvidar las presiones y buscar mi propia libertad.
 10. Estuve libre de las 12 a la 1 y de puro coraje diseñé torpemente un fluxograma de mis obligaciones pendientes. Manejo con destreza el masoquismo.
 11. Me escondí en mi propio escritorio y ante una página en blanco procuré escribir poesía. Después de muchos sudores, miedos y casi vahídos logré esto: el tiempo es un escaparate de escarabajos.

12. Dibujé en mi discurso sobre la jerarquía insólita de mis caprichos y resultó un dibujo de Paul Klee.
13. Solté el sermón desde el escritorio y convencí a mi jefe sobre la necesidad de que cambiara su desodorante.
14. Me peiné de raya por medio para hacer geométrico mi perfil y abandonar la anarquía de los dobles diferentes y rebeldes.
15. Comí menos de lo que come un gordo pero más de lo que come un flaco. Quizás sea éste mi balance permanente en todo, aunque hay excesos que me gustan.
16. Caminé por la calle como quien va a un lugar seguro, ¡qué ilusiones en estos tiempos! Sólo para distraerme conté los pasos, las gradas, los semáforos y los segundos que se salvan antes del suceso.
17. Tanto de mí quedó hoy en los archivos que ya tengo cara de carpeta y huesos de cajón, con labios de abre huecos y prensa documentos. Algún día alguien archivará mi nombre en el expediente de se fue al más allá.
18. Estoy segura de haber perdido las llaves de una casa en que se me espera con impaciencia para darme un golpe bajo. Definitivamente no llegué con esta cara de ilusa que me gasto.

18 cosas de testimonio

1. La vida de días es fácil, se vive como si fuera una rutina eterna, pero la vida de instantes es agónica y se oye cómo pasa el tiempo con péndulo de fuego y temor de asfixia.
2. Siempre hay una espiral de fugas, que se evaden con tenazas de disciplina y se cumplen con tenacidad de olvidos.
3. La música interna tiene tonos mayores y tonos menores. Los mayores llegan al grito y al silencio. Los menores están siempre cabizbajos y tintinean contra las ventanas.
4. En el juego de las decisiones hay un tablero de fondo que engrosa las indecisiones y sin embargo no existe verbo que conjugue el acto indeciso.
5. Se dice que cuando una puerta se cierra, muchas se abren. La esperanza y la amargura son las escritoras mentirosas de las lápidas. Cuando las puertas se cierran ninguna se abre. Eso es cierto, pero no hay que decirlo. Las verdades obvias no han alcanzado credibilidad.
6. El discurso es una faja de montaje en que se enredan las telarañas, con un agudo olor de salto mortal al vacío del que habla y del que escucha.
7. Generalizar parece ser la síntesis de quien ya andando, debe aprender a gatear.
8. Presumir es un arte de virtudes escondidas en la suspicacia del pecado.

9. Las despedidas reseñan una triste obra de teatro con prólogo y epílogo, carentes de sustantivos intermedios y actos.
10. La promiscuidad del sofá fue inventada por la propaganda proselitista de los flacos. Los gordos saben por volumen que no caben, que son incómodos y que se pueden caer.
11. Las llaves que prometen el futuro, todavía tratan de abrir los candados de los cinturones de seguridad que produjeron cáncer de vagina en el siglo once.
12. El apetito de más y más rara vez usa tabla de cálculo, salvo en las bodas, en los funerales y en las campañas electorales.
13. Dibujar es arañar el escrúpulo de calcar lo que se ve.
14. Contar una historia de amor apergamina la vida y aniquila cualquier capacidad de amar lo eterno en fuga del beso entero.
15. En la abundancia se recurre al recuento de las felicidades ajenas y en la pobreza se receta el análisis de los más desposeídos.
16. En cada juramento se está absolutamente consciente de que no hay regla sin excepción.
17. Arrieros somos y en el camino vamos, pero unos van en carro y otros a pie. Los veloces se apropian de las altas ventanas, son dueños de las terrazas y desde la atalaya de la usura cantan arrieros somos y en el camino vamos.
18. La riqueza de simplicidades estimula la imaginación que monta el caballo de hojalata en la densidad de nubes malhumoradas.

18 simplicidades

1. Una mirada larga con un tímido gesto de propiedad poética aspira realizar un recorrido cinematográfico.
2. La imaginación puede llegar a creer que una palabra propia que se graba en la memoria de otro, es una violación a los derechos de autor.
3. El amor representa la más digna expresión de irrespeto a la propiedad ajena.
4. Químicamente el baile disuelve los huesos y oxida las caderas.
5. Las manos de los videntes tropiezan con la luz de los rincones cuando pierden la brújula de las nuevas audacias.
6. No hay posición fija, salvo la de caer muerto en la gracia concreta del tiempo.
7. Cada vez que se construye una trinchera, crece todo tipo de prejuicios y se alienta el odio.
8. La organización que denota el acto de vestirse y desvestirse cada día, merece medidas de eficacias y eficiencias.
9. La declaración más gustosa se formula en el he entendido, la más insatisfactoria en el no he entendido. Sea verdad o mentira lo anterior, lo cierto es que así se archiva la fotografía sin revelar de la realidad con sus limitaciones.
10. El desperdicio de recursos se nota en los altos ejecutivos que tienen un cuerpo de asesores y un equipo de computadoras, y

acaban por consultar las grandes decisiones con la almohada.

11. En el flujo del monólogo hay una escolta de potenciales transmisores.
12. La vigilia que espera el amanecer es una vieja mezquina enamorada de la noche.
13. La vida de ahora es una colección de sueños sobre el uso, el abuso y el desuso.
14. Una pizarra vacía borra el refinado lenguaje de la abstracción.
15. Crisis equivale a conocimiento pleno y plano de la realidad.
16. Se conversa por teléfono para actualizar el noticiero personal y familiar.
17. En la ruta del día se puede olvidar el sabor de lo insoportable con una sonata de arpa que aliente el ritmo de un tambor en la selva. Ya sé manejar y me encanta la velocidad que me pone alerta y segura.
18. Los temas de conversación (tiempo, familia, precios, política, crisis, accidentes, muertes) llueven con cierta esterilidad en largas y breves sobremesas de agasajos, encuentros, filas y antesalas. Algún día alguien mencionará mi nombre y otro comentará vio lo que le pasó.

Vimos todos juntos que su letra era redonda, refinada y morosa, por lo que nos extrañamos mucho de su encanto con la velocidad.

Diecinueve partes de un descanso

I

Tengo dificultades para conciliar el sueño, seguro porque me voy a la cama demasiado cansado, padezco de exceso en el trabajo, acumulo lo pendiente que se me presenta en el desvelo con la urgencia de que lo atienda de inmediato y con la amenaza de que se complicará para que no lo pueda resolver nunca. Declaro que me cuesta una barbaridad dormirme, más si se trata de hacerlo profundamente, porque hasta el vuelo de una mosca necia me despierta y me deja con los ojos abiertos, rojos y despabilados, así me encuentro con el amanecer azotado por el cansancio.

II

Los fines de semana no me sirven para nada, aguanto el ruido que produce la radio de mi vecino, quien acostumbra ponerlo a todo dar. Si salgo a la calle los bocinazos de los conductores

poco pacientes y la contaminación asfixiante, intentan liquidarme por los enredos que me hacen en el engranaje nervioso. No leo los periódicos porque me desquician con su rosario de noticias negativas, tampoco veo la televisión porque me agobia el exceso que enseña del subdesarrollo.

III

Un amigo, al que conté mi padecimiento, me recomendó un curso de yoga, que según él logra conectar con el nivel del relajamiento, cosa necesaria para dormir a pierna suelta. Lo tomé y encontré las posiciones tan incómodas que no las pude seguir al pie de la letra. Tal vez por eso no conseguí relajarme y después dormirme. Estoy tomando las pastillas que me recetó el farmacéutico, ando como un sonámbulo pero con los ojos alertas.

IV

Por las noches cuento ovejas, me abrigo con recuerdos gratos, hago y deshago cuentas, sumas y restas, con el reloj muy a mano para constatar qué moroso es a veces el tiempo. Me engaño con disimulos de dormitar cuando en realidad estoy despierto con la esperanza de que el amanecer venga pronto. Qué medido está todo en este mundo, una estación tras la otra, al sol dorado lo siguen los nublados, a las lluvias la sequía, a la

terminación de un trabajo el inicio de otro. Repetir tareas es una constante invariable que parece no tener fin. Multiplico, divido, saco porcentajes, introduzco en mi cabeza las últimas estadísticas y le doy vuelta a la almohada para encontrar su lado fresco. Sé de una verdad terrible: la fatiga no se rinde, empieza a crecer con el desvelo. Recorro mentalmente las orillas de la carretera que me lleva hasta la casa de mis padres, con sus curvas y puentes, el intento de construir urbanizaciones en los potreros, resultan esfuerzos vanos. A lo mejor estoy desandando mal el camino que termina en el sueño.

V

Hoy es viernes lo que me permitirá repasar la historia de esos días, los más sagrados, los más tristes y los más solitarios porque en ellos terminan las ilusiones y se encienden los empeños sin sentido. Viernes de calvario, viernes de penitencia y ayuno, viernes de muertes accidentales, viernes de verdades y mentiras, viernes de albures, de asombros y de dudas, en que me despertaré sin estar dormido, sobresaltado y con miedo frente al recuento de mis precarias condiciones ante esta necesidad de descansar como lo hacen los otros.

VI

A veces pienso que alguien me ha robado el sueño y duerme por mí en un lugar desconocido, sin horario, tal vez en un confortable sillón, en una hamaca o en una mecedora. Si uno en ocasiones trae a su misma cama a una persona y la pone a actuar al capricho de sus antojos y desatinos, es posible que otro me robe mi sueño y se lo duerma por entero, sin recato alguno, sin reserva, menos vergüenza. Cuando pienso estas cosas me levanto con energía como si alguien bondadoso me hubiera quitado diez años de encima. Lo voy a buscar para que me cuente el secreto de su rapiña.

VII

Me recomendaron que antes de acostarme, tome un trago de ron y luego haga el sexo. La invité a comer en mi casa, preparé unos estimulantes mariscos, que serví junto a una copa de vino blanco y la botella nos alcanzó hasta el postre de frambuesas al coñac. Cuando observé que estaba de a tiro, la abracé mientras le acariciaba la espalda y la delantera, siempre he sido hábil con las manos. Beso a beso, ya bastante húmeda y lubricada, me la lleve a la cama. Muy despacio la desnudé con el fin de que se acostumbra a mis virilidades. Luego, desnudos ambos, le demostré que hay ríos que saben encontrar mares profundos. Después de tantos ejercicios en que hubo

intercambio de promesas, declaraciones de amor, explosiones de suspiros y quejidos, ella se durmió entre mi hombro y brazo, ese nido donde se acunan las terminaciones. Despierto, más despierto que nunca, mientras se me dormían hombro y brazo, me pregunté infinitamente qué consecuencias me traería aquel juego sexual tan exageradamente cumplido.

VIII

Hoy hizo un calor infernal entre las doce y la una del mediodía, en que almorcé pan integral, untado de pepino y yogurt. Bostecé como un descosido y me entró uno de esos sueños que alargan y acortan distancias y cercanías. Cerré los ojos, reposé la cabeza en mi escritorio y me dormí profundamente sintiendo esas dulces caídas por precipicios que no terminan nunca. Me despertó mi jefe a las dos de la tarde con un gesto hosco y severo, propio de la persona que se enoja, pero sólo afirmó: a usted, Esquivel, le pasa algo extraño, esa cara de cansancio no es natural, claro que se debe a sus parrandas, supe que está saliendo con mi secretaria y la ha iniciado en sus orgías, o le pone freno a eso o lo echo patitas para afuera. El temor al despido me heló el cuerpo entero, en esa época de recesión no había plaza vacante ni esperanza de un negocito, salvo para los parientes de un político influyente. Como si fuera mi padre, le conté mis agonías con el desvelo, mi calvario con el insomnio y mi tragedia

ante la imposibilidad de dormir como los demás. Me recetó la visita a un psiquiatra, cuyo nombre apunté con muy buena letra.

IX

En la primera visita me recomendó hacerme un encefalograma y un examen de sangre, para ir descartando problemas orgánicos. Lo intuí labioso y farsante, frío como ese diván rojo en que seguramente me acostaría. Cumplí sus órdenes y llegué con los resultados. Ajá, masculló, no hay daño cerebral y su hemoglobina enseña que es usted un toro completo. Acuéstese ahí y recuerde hechos de su infancia, cuénteme desde lo más elemental hasta lo trascendente, dónde nació, cómo son sus padres, conoció a sus abuelos, qué tipo de juegos prefería de niño. Revelé, como si fueran slides que pasaban por mi mente, las mismas imágenes que se reproducían en las noches de agudo insomnio sobre costumbres, relaciones y conflictos familiares, también detallé lo que mi memoria retuvo de mi infancia. Me prescribió un conjunto de pastillas calmantes, que según él me harían dormir las noches de cabo a rabo.

X

Las pastillas las ordenaba en mi mesa de noche, para írmelas tomando de una a una. Su efecto me deparó algunas horas de descanso,

pero me despertaron con una torpeza que se acentuó conforme el día avanzaba. Un hablar lento y con dificultades de expresión, una tardía respuesta a las decisiones que me pedían con apuro, una desordenada coordinación de movimientos, me hacían aparecer más como drogado que una persona necesitada de sueño en cualquier lugar oscuro y cordial.

XI

El psiquiatra me llamó a la oficina para solicitarme que fuera a su consulta, pues ya tenía mi diagnóstico. Con desgano acudí pues apenas me venía librando de los estragos de sus píldoras, me entorpecieron tanto que hasta me cortaba al afeitarme la cara y me temblaban las manos al sentir el menor ruido. Con un ya sé lo que le pasa, me recibió con gesto de farmacéutico que atiende una receta y cobra su injustificado y excesivo precio. Ya sé, usted tiene un miedo vinculante a la muerte, vio morir a su abuelo que por exceso de años y desvaríos no conmovió a sus padres que lo trataban como un estorbo. Eso lo vinculó a sus asma tempranas que lo asfixiaban y lo precipitaban en el laberinto de lo indetenible para hacerlo respirar en la profundidad de la muerte. Desconfiado como siempre me dije: eso era todo, así de fácil, no deseo cerrar los ojos, descansar, sumirme en la mayor clase de olvidos porque temo quedarme ahí para siempre como en un pozo sin fondo, muerto pero vigilando el insom-

nio que me sacaría liberándome de los encierros. Sólo respondí: gracias doctor y ahora qué hago con ese miedo. Olvídelo lo más pronto posible y aprenda a gozar de la vida, que tiene muchos ratos buenos, si no que lo digan los platos exquisitos, los vinos generosos, las espléndidas mujeres y el dormir a rienda suelta. Me recetó unas vitaminas y unas gotas que según él reconfortaban internamente.

XII

No logré dormir, los temores me ataban al desvelo, pero me sentía mejor, con más ánimo y con una cara optimista. Con una paciencia increíble me fui reconstruyendo por fuera y por dentro, pero los males no tardan en hacerse presentes. En un pasillo de las oficinas me encontré con la secretaria del jefe, la de la juerga del vino blanco y el postre de frambuesas al coñac, quien en voz baja y penetrante me avisó que estaba esperando y debía cumplir mis promesas con responsabilidad y hombría, cuando yo recordaba perfectamente que en aquella ocasión usé el preservativo más seguro.

XIII

Me quedé muy pálido, como pasmado, las piernas me temblaron como en pleno terremoto y sus inciertas réplicas, por lo que sólo me animé a

decirle que hablaríamos de eso en un momento oportuno y muy despacio porque debía compaginar algunos hechos desperdigados en mi memoria. Fijamos un día de mutuo acuerdo y el día llegó como llegan todos, unos adelante de los otros, los demás atrás, para cumplir con las órdenes dictatoriales de los calendarios organizados en meses, en semanas y en días, con sus horarios y sus insomnios, que por supuesto recrudecieron de manera violenta. Sabía que me estaban metiendo cinco con hueco, gato por liebre, pero qué hacer si amarrado y con ancla en mis pies me estaban invitando al festín del naufragio.

XIV

Oí en la oficina que el jefe había alquilado una garçonnière para verse con su secretaria, entonces ahí supe dónde estaba la clave del enredo en que se quería complicarme: el responsable, el padre de lo porvenir era la víctima de los desvelos, un simple cobarde ante la muerte tan natural y humana, un pobre cansado sin otro destino que correr las cortinas para adivinar por dónde podría aparecer esa mañana maga que desvanecía las oscuridades y sembraba con actitud lenta las múltiples sombras.

XV

El día concertado llegó y nos reunimos en un café con reservados. Ella no negó sus relaciones

con el jefe de ambos, pero con una voz de caracol oxidado me confi6 que el pobre se6or de los mandos era impotente y 6nicamente se enrolaba en juegos de pocas veces logradas masturbaciones. Me defend6 con el uso del preservativo, pero ella aleg6 que en presencia de una ginec6loga se lo extrajo por los malos olores que emanaban de sus genitales, hecho que la profesional estaba dispuesta a certificar, cuando se me ven6 clara la imagen de haberlo lavado escrupulosamente despu6s de los actos que el jefe de manera exagerada llamaba orgiacos. No quise llegar a la pol6mica porque ella estaba muy alterada cuando asegur6 que el tiempo del aborto se hab6a agotado y ten6a ante s6 el riesgo de que la acusaran por contravenir las leyes. La calm6 diciendo que pensar6a muy bien, entre desvelos, insomnios y otros achaques, cu6l deb6a ser mi conducta.

XVI

Me llam6 el jefe a su oficina de alto ejecutivo, para dictarme muy claro las reglas del juego: o me responsabilizaba por la p6rdida de la inocencia de la virtuosa criatura, m6s trillada que un campo de ca6a, o ser6a despedido por actos deshonestos con la p6rdida de mis prestaciones. Me dieron ganas de abofetearlo y de retarlo a duelo, como en las pel6culas de caballeros, pero las circunstancias a veces humillan y ocultan las puertas dignas de una salida airosa. Le promet6 cumplir con mis responsabilidades, por supuesto consciente de que eran ajenas.

XVII

Vivimos juntos, en cuartos separados, no compartimos mesas ni cama, nos hemos confinado en un lenguaje de saluciones: buenos días, buenos, buenas noches, buenas. Sigo durmiendo pequeños ratos, me mortifica el paquete enviado por certificado. Me molesta la forma lambiscona en que trata al jefe y los ojos de los compañeros que no cesan de mirarme con mucha lástima.

XVIII

Al fin llegó el niño, quien tiene cara de jefe despótico y mandón. No le he prestado mucha atención, porque estoy seguro que no me pertenece y no es nada mío. Le he dado mi apellido al reconocerlo como propio y me atreví a rechazar la sugerencia del jefe sobre que se llamara como él. Le puse el nombre de mi abuelo, simplemente Alfredo, para que me recordara su muerte y mis problemas de desvelo. A ella le regalé como gesto de hombre bueno, un vestido que le disimulara sus abulteces. Ya no visito al psiquiatra que casi me arruina con sus honorarios, los que con muchos esfuerzos y dineros que deja el jefe en los rincones de ella, he ido pagando a plazos largos y duros. Sigo con mis desvelos, pero de rato en rato me doy una privadita.

XIX

El niño llora de noche que es un contento, no se cansa de sus lloriqueos y pucheros. La madre le canta canciones de cuna y lo arrulla paseándolo en su cuarto de un lado a otro. Es una madre amorosa, preocupada por su crío, sacrificada por su salud y bienestar. Es una buena mujer que pienso merecía una maternidad legítima, plena de sanas ilusiones. El llanto del niño, el canturreo de ella, sus paseos de un lado para otro, me han traído el milagro de un sueño completo y reconfortante. Al fin pude robarle a alguien ese dormir agradable y holgado que por tanto tiempo me sustrajo.

Cuento en 20 partes

I

¿Nos hacemos el amor? No, ahora no, ¿Te pasa algo? Hoy quiero yo misma recorrer mi cuerpo y explorarme entera. ¿Podés hacerlo frente a mí? No, quiero recuperar mi silencio y mi soledad.

II

El silencio es silencio. Está cargado de palabras, acentos que se te vienen en juegos de memoria. También traen olores de pan, de infancia, de vergüenzas y de miedos. He sudado siempre copiosamente. Sé que huelo a cigarros y a sudor. Nunca logré superar el mal aliento. Vivo y me desespera no encontrar fácilmente la ilusión del otro día.

III

¿Te gustaría bajar hasta el mar y caminar un rato por la playa? No, el mar me asusta, tiene un rugir que me recuerda el terremoto. Pero si el mar calma y hace próximo el más allá. A mí me exalta, me cansa con su violencia, no me deja ver más que mar y mar con su constante movimiento. ¿Te apetece algo? Doblarme dentro de mí, ver qué anda mal y curarme lentamente.

IV

¡Qué azul claro es la soledad! Noto que algo canta dentro de mí y siento una paz de ausencias que me reconforta. Escribo tibio, luego me rebaso, más allá me hago ventana, definición de lo finito, paisaje concreto donde cabe una hormiga que perdió su rebaño. Hoy le diré a todo que no, en expresión de rebeldía, de independencia, de intolerancia. Soy muy aficionada a negarme. Me gusta mi propio misterio, estoy enamorada de mi hermetismo. No importa que me odien por eso.

V

¿Tenés planes para hoy? No, sólo hago planes para destrozarlos. A veces te ponés muy difícil. Soy difícil y lo que más amo es la adversidad. ¿Me contás algo nuevo? Ahora lo que prefiero son las palabras tristes: lástima, pobreza,

incapacidad, discrepancia, pleito, malicia, lasitud, infamia, desgano, dejadez, abandono, rutina. Rutina no es triste. Dejáme un momento sola, necesito un poco más de aire.

VI

Fue al anochecer que se rompió algo por dentro, una especie de llamarada de muerte. Me decía que sobraba en el mundo, me anunciaba las horas contadas. Entonces se me vino encima un repaso de lo vivido, un lúcido resumen de na-derías con unos cuantos dolores profundos. ¡Qué inventario tan desabrido! Con los ojos adentro y las manos cerradas, hecha un ovillo, percibí que la muerte es una voz sin timbre, no habla ni oye. Sin embargo, una transparencia iluminada llena de gracia mi cuerpo y la inocencia me devuelve al deseo de correr por los prados, a recuperar todos los tiempos empleados en vanas ilusiones. Ahora ¿cómo encontrar lo esencial si ya no se puede? Realmente estoy vacía de una memoria que reconstruya alguna felicidad significativa en mi vida. Sólo recuerdo lo intrascendente y algunos golpes muy duros.

VII

¡Qué larga se me ha hecho esta semana! Claro, si no salís, si a todo le decís que no, y la verdad es que se siente como te baja y sube la

amargura. Quiero estar en paz y sólo oigo reproches y acusaciones. Ya sé que cada uno hace de la vida lo que se le viene en gana, pero vos te empeñas en el derrumbe total. Hoy mi palabra preferida es protervia.

VIII

Me economizo de gestos inútiles y de énfasis en asuntos de poca o de mucha importancia. Ya no me asombro porque el asombro dejó de ser una ley de relieve, es apenas la confirmación de las sospechas sobre un intercambio de comunicaciones egoístas, interesadas y en el fondo inútiles. La pura verdad es que me ven como me quieren ver, esté en la penumbra o bajo el gran farol de la luna llena. No es el intento de engaño lo que retrata a los demás, sino el desengaño que se va dibujando en los rostros. Hoy me he paseado por mi vida y me resultó un callejón polvoriento y deshabitado.

IX

Te compré este ramo de flores, ¿no te parece bonito? Ponélo en el florero de la oficina, hoy no tengo ganas de flores alrededor. A veces me pregunto si sabés olvidar. Ya casi no me acuerdo de nada, pienso que quizás mis problemas, si es que los tengo, son mi falta absoluta de memoria. ¡Has olvidado mis engaños! Por supuesto, lo que

no puedo olvidar es que nunca te he querido y eso me sume en una gran tristeza por lo lisa, lavada, insípida que resulta la vida sin amor.

X

¡Qué horrible es volver la vista atrás! ¡Qué ejercicio tan cruel y oscuro! El laberinto claro de la nada, el olímpico trofeo de la derrota, los millonarios ceros a la izquierda. Ahora venís y me decís que te vas, ya no aguantás más y te doy la razón, te aplaudo y casi te empujo hacia la puerta. Es el último borrón que necesitaba para apagarme totalmente, sin un solo recuerdo y también sin lugar en la memoria de otro.

XI

Volví, ¿no te alegrás? No, ni siquiera sé lo que es la alegría, no diferencio lo alegre de lo triste, estoy acabándome y no te quiero ver más, andáte para siempre. No pienso dejarte sola, necesitás asistencia profesional, alguien que te saque de ese hueco. De hueco en hueco he vivido, soy una experta en oscuridades, ahora me he enamorado de la palabra luz y la busco infinitamente.

XII

Claridad, transparencia, color, alba, amanecer, crepúsculo, iluminación, lámpara, espejo,

día, mañana. Ya se me olvidó el olvido. Apareció de repente la intensidad de la esperanza. ¿Cómo no lo entendí antes? Muy torpe he sido y totalmente aficionada a los tropiezos.

XIII

No se necesita una vida larga. Basta una mañana para despejar el misterio y entenderlo todo. Nadie nos ha engañado, las reglas del juego estaban dadas y sin duda alguna empezamos a jugar.

XIV

Sí, hagamos el amor. Muy despacio, despaciosamente. En cámara lenta como en el cine. Eso es ficción. Hagamos el amor como podamos y punto. No hemos sido nada perfectos en lo del amor, apenas chapuceros. Eso no importa porque yo te he querido hasta rodear el borde de la locura, por eso siempre intenté destruirte.

XV

¿Qué es lo que evidencia el acierto? La seguridad. Pero la seguridad es un centro nervioso cuyo péndulo viaja de un extremo a otro.

XVI

Odio todos los fanatismos y los dogmas. Me duelen los que se escudan en pequeñas y reducidas perspectivas de lo que es más importante en la vida, los que están pendientes de lo que dicen los otros, los que tienen por brújula la opinión de los demás. Me he equivocado mucho, casi soy una experta en errores y me los voy perdonando porque los hice en ejercicios de amor y de bondad. A lo mejor también se me coló un poco de odio por ahí.

XVII

He hecho tantas tonterías, verdaderas locuras. Anulé mis mejores años en procura de la felicidad de los míos y ellos se lo tomaron como un derecho, cosa tan poco importante, ni siquiera digna de reconocimiento. ¿Inventé altares de sacrificio o me los impusieron? Claro que hubo contribución de parte mía, al fin y al cabo los acepté y se convirtieron en metas de realizaciones: un hogar, un marido, unos hijos y yo en la parte escondida, en el rincón de dar, dar y dar sin la esperanza de un gesto cálido que me enseñara el camino hacia la luz. Me sigue gustando la palabra luz.

XVIII

En verdad nunca me preguntaste si nos hacíamos el amor, abrías mis piernas con brutalidad y te me echabas encima con bastante grosería. Nunca me trajiste flores ni me invitaste al mar, jamás te importé en lo más mínimo y nunca hubo diálogo entre nosotros, exigías, ordenabas con tu evidente dominio de amo y señor. Hiciste exhibición de tus engaños y de mis humillaciones. Lo único cierto es que no te pude nunca amar.

XIX

La luz, especialmente la que me nace adentro, me ha ayudado mucho. Ya no necesito inventarle detalles buenos y desesperarme por amarlo.

XX

La claridad y con ella la congruencia, son dolores terribles, agonizantes, pero nos hacen desear apasionadamente la muerte para al fin encontrar la soledad, el derecho a ser libres, sin miedos, sin órdenes humillantes, sin reclamos, en un espacio definitivamente propio.

Contenido

Una mujer llamada palabra.....	3
Ficha de autora.....	6
Bibliografía.....	8
En partes.....	13
En cero.....	16
Una parte.....	18
En dos.....	22
Tres partes sobre la quiebra de una idea.....	27
Cuatro partes sobre el designio del mal genio.....	30
Cuento en cinco.....	35
En seis.....	42
Siete partes de la mala suerte.....	54
Ocho partes de un recuerdo.....	59
Nueve partes de un olvido.....	66
En diez (Apuntes para una biografía inconclusa).....	75
Once partes de una obsesión.....	96
Doce partes para armar un rompecabezas....	110
Trece partes de un amaneramiento.....	120
Catorce partes de un abuso.....	131

Quince partes de una alfombra persa.....	141
Dieciséis partes de una abreviatura.....	154
Diecisiete partes de una arbitrariedad.....	163
Infinitas partes de un temperamento.....	173
Diecinueve partes de un descanso.....	182
Cuento en veinte partes.....	194

02 MAR. 1995

Carmen Naranjo es una de las figuras más importantes de las letras contemporáneas de Costa Rica y Centroamérica, una de las voces más expresivas, siempre dispuesta a interpretar la realidad y a encontrar la esencia del ser humano que se pierde entre sus rutinas, convencionalismos y superficialidad. Pone el dedo en la pura llaga, desmascara la apatía y provoca un llamado de atención al lector, instándole a vivir la vida con autenticidad, único sendero que conduce a la esperanza.

Leyendo **En partes** Carmen nos enfrenta a un análisis de la existencia. Hay introspección, soledad, angustias, rutina, tristeza. Pero también, esperanzas y alegrías. Desde cero hasta veinte partes, pasan ante nuestros ojos seres humanos dentro del tictaqueo del tiempo, a través de sus sueños y pesadillas. "Con el sueño se calla la vida. La vida tan cercana a la muerte", dice Carmen. Pero optimista y vital también nos aconseja: "Caminá más rápido de lo que la gente piensa que podés, y no te parés nunca para contemplar el camino recorrido".

Maritza Castro

FARBEN
GRUPO
EDITORIAL
norma

ISBN 9977-986-54-1



9 789977 986548

FAR1113